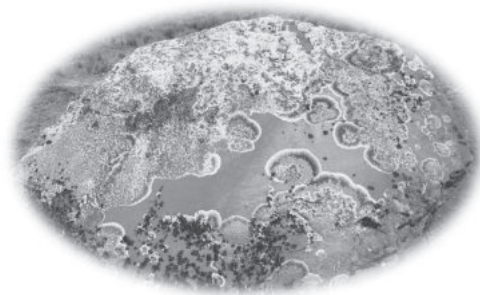




SER MUDABLE

NOVELA



Juan Arias Bermeo

Contenido

Han transcurrido jornadas...	7
¿Qué fue esto?...	19
Camaleónicas intensidades de luz solar...	29
Arribó la primera exploración nocturnal...	39
Acá no estoy para jugar a Robinson Crusoe...	51
Desayuné tortillas de yuca...	63
Desprendiéndome del lecho...	73
En la consola de mando de FN...	81
Aunque la isla tiene sendas playitas...	89
Caminé relajado...	95
Será que estoy transitando más allá...	101
La vida de afuera...	107
El sendero vino perpendicular...	111
Regresando de Galeones Fantasma...	115
He manifestado...	117
Descendí por la senda sesgada...	121
No voy especulando...	127
Iba a contar en extenso...	129
Los verdes de manglares...	131
Desde afuera...	133
En los días corrientes...	137
Se me dio el despertar nocturnal...	141
La puesta del sol...	145
Antes del viaje...	149
El punto culminante...	155
Tuve una mañana nítida...	165
Dejé mi hogar de Villa Juárez...	173
Me he preguntado...	185

1

HAN transcurrido jornadas desde mi arribo a Floreana Salvaje, y no tengo forma de medirlas en el espectro temporal, y ni de lejos es prioridad de esta bitácora encerrar el paso del tiempo astronómico de la civilización que para mí se quedó parqueada en el Antropoceno. Sé que animaré de repente al cazador de palabras, cuando tenga apetito por reunir líneas que harán el lenguaje de este cuaderno de Floreana Salvaje. Seré el sujeto de la tarea narrativa intermitente, el sujeto del pensamiento anarquista–utopista que acá es una realidad palpable, no es una ilusión de escape ciudadano. Para qué voy a diferenciar con fechas que no vienen a cuento en la dimensión que me hallo respirando y que es la patria de mi soledad, las distintas entradas que haga al cuaderno de Floreana Salvaje; gozo porque será una recopilación arbitraria de acontecimientos en lo extraño e íntimo a la vez de mi cotidianidad o mejor expresado de mi tiempo continuado. Prefiero a partir de esta suerte de presentación intercalar números entre unas y otras entradas, que van a estar supeditadas al antojo de relatar instantes del remitente o sujeto de la experiencia. No se trata de un diario apócrifo, por el contrario, tendrá algún significado por sí solo el contenido de una entrada que podrá ser corta o larga –en párrafos, cuartillas o páginas–, dependiendo de cuanta continuidad le dé en el lapso creado para su principio y fin.

Me viene a la memoria el año del retiro de H. D. Thoreau al bosque y laguna de Walden, 1845, y me digo que si se tratase de ponerle una fecha que resuma el tiempo astronómico de este cua-

dermo debería ser ésa. Hubiese sido lógico que inicie con la revista de mi aterrizaje en Floreana Salvaje, pero no ha arribado aún el recuerdo con la suficiente fuerza siendo la jornada de la explosión cósmica que hizo que renazca como el jefe de la nave astral FN. Fue la jornada de despegar en el tiempo–espacio de la dimensión que no es la otra cara de la convencional Isla Santa María. La isla mía no pertenece en calidad de parroquia a la jurisdicción de Isla San Cristóbal, que a su vez es la sede del gobierno autónomo provincial de las Islas Encantadas bajo el dominio Homo sapiens en su era Antropoceno. Ni bien me posesioné en Floreana Salvaje me fascinó verme como el capitán de la nave astral FN, y fue aullar a voz en cuello, ¡aquí me quedo!

En mi época citadina no faltaba la persona que atrapada en una oficina o quehacer rutinario relacionaba que el tiempo vuela, que no tenía idea qué hizo de nuevo de una semana acá, y si le sugiero que tal fenómeno es un vacío saludable que genera angustia para volver al ser profundo olvidado se mosquea, frunce el seño, como diciendo por dónde a esa plaga horrible hay que darle la bienvenida. No sé puede convencer del provecho de la angustia a la persona que la relaciona con la gripe porcina o epidemia semejante, no quiere ni oír que es la oportunidad de aprovecharse de ella para revivir, cuando desea a toda costa que desaparezca ipsofacto, tal cual la semana que transcurrió sin huella en su taller de fatuidades.

Si uno aprovecha la angustia se convierte en el vacío perfecto para crear conciencia con el dolor de parto debido, es pasar de estar en nada a quedarse con el instante. El aludido me dirá: Es que no se ha enterado que estar en nada es andar sin un teléfono inteligente que sea más inteligente que uno, que le presta el mundo que usted desea sin desatender sus obligaciones con la sociedad, ¿qué opina? Y yo insistiendo: Sí, en su calidad de engranaje social cumple sus obligaciones de cosa porque está cosificado, por eso no es capaz de activar por usted mismo la endiosada inteligencia –menos todavía la sabiduría– Homo sapiens, huye del perfecto vacío desperdiciando la oportunidad de exprimir a tope la vida–muerte fuera de la insensibilidad que le inyecta la matrix.

El asombrado por las semanas que no suman más que tiempo perdido en la matrix consumista tecnolátrica, especula que si más bien no sería de agradecer el amortiguamiento que le produce el no sufrir el paso de la vida, aunque no estaría mejor que el enfermo terminal sedado por la heroína o el fabuloso químico que proveen los sapos amazónicos. El desahuciado se libra del dolor de mal-existir en su lecho de muerte con dosis regulares de insensibilidad temporal, al punto de no darse cuenta que han pasado siete días sin acontecimientos de a pie, no obstante podría ser bendito con alucinaciones deliciosas de paseos por fragante bosque primaveral que lo acoge cual hijo predilecto en su despertar luminoso de fanerógamas, hongos silvestres y orquídeas caprichosas; mientras que el dormido en la plenitud de su mala-vida en el taller de fatuidades tendría pesadillas, laberintos siniestros de topo humano. El tiempo perdido del asombrado en el nihilismo maquinista no es semejante a una estrella fugaz, si así hubiese sido tendría al menos un instante, un recuerdo, digno de congelarlo en el pasar semanero cual suceso espontáneo memorable.

Marcel Proust fue rescatado por la estrella fugaz proyectada en una taza de té acompañada de una magdalena, y con eso tuvo para escribir los siete tomos de *A la recherche du temps perdu*, recobrando el tiempo perdido con su novela monstruo que concluye con el tomo *El tiempo recobrado*. Tal como reza el título del último tomo concluido fatigosamente antes de entregar su espíritu a la posteridad en medio de rimeros de hojas escritas a mano y pegadas con goma barata, cerró su tiempo terrenal recuperándolo hasta el postrero suspiro. El genio creador de su propio tiempo, en su lecho de desahuciado, no cejó en saciar su sed de aventuras al aire libre, se multiplicaba en ellas como nunca su delicada salud permitió. Qué suerte tuve de haber heredado los siete tomos de *A la recherche du temps perdu*, cayeron en mis manos por un derecho adquirido impensado, para ser un trofeo que exhibo como lector, son la prueba de la creación que surge de la Angustia –con mayúscula–. Las tres mil quinientas páginas de la novela total de Proust son el testimonio de que no estuvo orbitando sin ton ni son en holograma prestado por la matrix, pues, a su manera, fue un vividor de excepción.

Desperté con el eco delicioso del reclamo existencial de lobos marinos, proveniente de la invisibilidad de su morada en la orilla rocosa. Cuando me llega temprano, aún adormilado, el eco de sus aullidos me regalo la imagen de la manada retozando en playita dorada por el sol naciente, y me digo cuán gracioso es abrir los ojos del cuerpo-mente entre cánticos edénicos de aves cercanas y el tono bajo salvaje de distantes lobos de mar. Conforme el calor se dirige al infiernillo del mediodía, ellos no tienen más que dar unos aletazos en la arena para hundirse en la frescura acuática, es suya la piscina de aguas someras transparentes que tiene fondo metálico de arenas estriadas, como un campo arado presto a recibir semillas que reventarán en plantas de cosecha fructífera, son surcos tortuosos que han esculpido el oleaje y brisa tropical, caprichosos surcos que me recuerdan los sinuosos y gélidos arenales de las lomas contiguas al cerro Morurco, soberbio apéndice molar del volcán Cotopaxi.

Cuando tengo la suerte de que las corrientes de aire me traen el amanecer de la manada de lobos peleteros cantores, el efecto renovador de su fado proyecta en simbiosis el reclamo existencial de la jauría de Villa Juárez; percibo así desde la mañana siguiente a mi primera noche en la isla. Insisto, esta proyección lobuna-perruna del amanecer viene a ser una simbiosis del espectáculo sonoro de los perros de Villa Juárez con el de los lobos peleteros de Floreana Salvaje.

Durante mi última etapa temporal en Villa Juárez, he abierto los ojos al templado aire andino mañanero con los melódicos ladridos y aullidos de Los perros cantores de San Pedro del Tingo, como los denomina con gracia no exenta de solemnidad Antonia, mi vecina, que rescató y mantiene a cuatro perros de la calle recogidos de un refugio animal. Ha sido un goce verlos y oírlos, me he contagiado a gusto de la sensibilidad de Antonia. Le he dicho a ella —que no se tomó a chanza esto porque también ha hecho relaciones con sus propios gustos musicales— que el recital de Los perros cantores de San Pedro del Tingo, no es una novelería sino que hace honor a los dignos vocalistas que habitan su residencia, no es chiste haber confesado que el escucharlos me traen frases sublimes de

los Beatles y más allá aún: relámpagos del rock sinfónico de Pink Floyd, de cuando el conjunto estaba completo, antes de la ruptura entre Waters y Gilmour. El cuarteto, Los perros cantores de San Pedro del Tingo, está conformado por canes de distintos mestizajes, portes y colores, rescatados de la calle por un centro de protección animal (PAE) ubicado cerca del balneario termal de aguas volcánicas del Ilaló, Ushimana, fueron adoptados al azar, y siendo adultos, por Antonia. Cuál sería su contento cuando los sorprendió reunidos, ensayando una suerte de aullidos y ladridos combinados entre ellos, en la sala perruna que diseñé para que pernocten dentro de la mansión ecológica que levanté a imagen y semejanza de la personalidad de Antonia. Recuerdo que ella me comentó al respecto, ahí sí en son de broma total, no podía ser de otra manera, “sospecho que estos sujetos quieren formar una banda canina, algo así como los Perros Callejeros, a la zaga de Tarantino producciones, ¿Qué me dices?”. Cómo me he reído de lo que me reí cuando fui testigo del ensayo instintivo con toda clase de ruidos vocales caninos, como corrigiendo sus notas, afinando aullidos y ladridos acorde a sus diferentes voces y cualidades musicales. “¿Qué clase de bestias cósmicas melódicas son tus Perros Callejeros?, dije contribuyendo a la chanza de Antonia en referencia a la película iniciática de Tarantino, sin imaginar que una esplendorosa mañana iba a abrir los ojos con un concierto perruno de quilates. Vaya esplendido bofetón que nos propinaron a mí y a Antonia.

Al lejano llamado de los lobos marinos plegó el canto mañanero, íntimo, de jilgueros provenientes del bosque seco que envuelve a Cerdita Comunista, la colina que preside al Cerro Pajas (los accidentes geográficos que tienen denominación en la memoria del sujeto que descubre, pueden ser los mismos o aumentados de los nombres originales tomados de Isla Santa María –la otra isla, la que bulle en la dimensión de los parroquianos de Puerto Velasco Ibarra, a la que no arribé–). Cuando abrí los ojos a la mañana tibia sentí el descanso integral, regenerativo, de mi cuerpo–mente. Aspiré el aire limpio y temperado gracias al dispositivo eólico que aprovecha las corrientes del exterior para crear este medioambiente fresco y cálido a la vez. Por techo falso se me dio el holograma de entramado de hojas de palma de cera con tiras de bambú que

12 *Ser mudable*

combinaba con la profundidad claroscuro del amanecer. La generosa perspectiva del despertar me invitaba a dejar las sábanas, por decirlo así puesto que el lecho no viste ropa de cama alguna, no hay necesidad de cobijarse debido a que la temperatura ambiente se regula en función de mantener equilibrado el calor corporal. Es como estrenar en cada siesta vespertina y sueño prolongado nocturno, la cama ergonómica anti-ácaros, anti-alergias, que se auto-limpia cotidianamente y se amolda a la contextura anatómica del durmiente acorde a su estado psicobiológico. La resistencia del lecho es versátil sin asomos de un colchón de esos que venden en mercado con la marca *Galáctico* o algo así, y cargando el calificativo de “inteligente” pero que requieren de recambios de sábanas limpias, y al cabo de su “inteligencia” se convierten en otra porquería más del basurero planetario *Homo sapiens*. Por más que un colchón *Galáctico* venga con la tecnología de punta para el descanso reparador, acumulará microscópicas putrefacciones si no se hace manualmente la parte inteligente, sacar la cama entera al sol ecuatorial que se ofrece año corrido para que se airee, se limpie y regenere a fondo, tal cual hacía Thoreau quien, gracias a su cabaña minimalista en el bosque de Walden (1845 – 1847), se daba el tiempo y espacio para que todos sus muebles hogareños se purifiquen con baños directos de sol.

Acá no tengo mueble alguno que sacar afuera, si acaso algo podría proyectarse en un útil permanente sería la cama que brota del piso más o menos cuarenta y cinco centímetros, ubicándose en el centro de la gran sala minimalista, y se vuelve visible apenas uno se invita a caer redondo en ella, luego desaparece, supongo que esparce sus moléculas en el suelo pétreo sometándose a su constante transformación. De los otros muebles a mano como la mecedora o la hamaca puedo afirmar que son ubicuos, es decir, surgen en el sitio que uno los requiere y asimismo se esfuman pasado el servicio que prestaron. Cosa parecida sucede con los utensilios: jarros, recipientes, cubiertos, etcétera.

Antes del reposo completo bajo el influjo de la luna (sí, luz escarlata de luna tierna por cortesía de FN, intercalando sombras cual pozos oscuros en medio de la noche que ha desterrando el

uso de iluminación eléctrica en lo que la vista alcanza en la isla mía), si estoy con el apuro ineludible de escribir bajo la modalidad ancestral del “duro oficio” como en este instante, tengo a disposición el rayo de luz focalizado en el teclado y pantalla virtual que se despliegan al tenor de mis movimientos en el lecho ergonómico que varía de posición y forma al tenor de mi cuerpo–mente. Estoy sentado en la cosa que bien podría ser una poltrona, pinchando estas letras en el teclado suspendido en el aire pero firme y sensible al tacto dactilar, mientras la pantalla holográfica sigue a mis ojos. Podría hacerlo de voz interna pero el resultado sería un desbocado texto surrealista que no soportaría sobre la marcha con la vista y peor releer lo escrito automáticamente en la pantalla, para ser involuntariamente surrealista tengo todo el tiempo del mundo en el inagotable monólogo del ser bifronte: el de puertas adentro de FN es relajado y el de las caminatas exteriores viene con tracción cósmica. Tuve un instante horizontal con el teclado y la pantalla sobre mis ojos, para sentir que soy el piloto de la nave astral FN, ascendiendo por el haz de luna a las estrellas, sin el menor cosquilleo estomacal. Me acoplé naturalmente a este dispositivo de escritura ancestral en lo que toca a lapsos de predisposición para cazar y juntar palabras, libre del poseso ansioso de que su trabajo literario sea gigantesco, por ejemplo, a la zaga de Don Quijote. Me podría en el acto, no tengo la paciencia monumental y el genio del Manco de Lepanto, si intentara algo así vendría a ser tormento digno de las zahúrdas del infierno quevediano, mi república de células contemplativas clamarían: “¡suicidio, suicidio, exigimos suicidio o dispersión de la demente unidad de carbono que busca la etiqueta de novelista–monstruo!”.

Cuánto agradezco haberme alimentado de escritores de aliento multiverso, por ejemplo, de la catadura de CCC. Cuánto celebro a los creadores fenomenales que lo antecedieron con su legado de novelas–monstruos, las obras descomunales me han liberado de toda gana de emprender en tarea que no soy apto por genética, que Floreana Salvaje me proteja de levantar párrafos kilométricos, sucumbiría en el intento sin llegar ni a las pisadas de Crónicas de Islas Encantadas. Me provocó mucha gracia enterarme que Borges detestaba “las comilonas o comiditas” desparra-

madas en miles de páginas ficcionales, imagino al maestro manteniéndose alejado por la gravedad de su respectivas galaxias de Marcel Proust, allá en la eternidad kunderiana, allá conversando con su colega Foncho: “Amigo Foncho, se nos está aproximando peligrosamente el novelista-monstruo, el diletante de los mil nombres completos, vamos antes de que nos invite a sus agotadoras tertulias cortesananas, querrá inferirnos sus interminables banquetes bailables, querrá martirizarnos con su atroz soledad rumiante que explotó en fajos y fajos de gloriosos papeles manuscritos que no me enorgullezco de no haberlos leído”.

En este escritorio aéreo, me solazo siendo cazador de palabras sin pretensiones de fungir de autor-editor, ni padecer la ansiosa premura de publicar para dejar de corregir lo incorregible. Saciar la sed de escribir está siendo muy cómodo para mí, con poco voy a contentarme, cosa similar al hidratante casero imperceptible que cumple a cabalidad con el organismo. Esta peculiar oscuridad viene a ser la cortina entre FN y la noche de Floreana Salvaje que no responde al dispositivo nocturnal –por llamarlo así– que ha desterrado la iluminación eléctrica y que separa con pulcritud la noche de la jornada solar de la isla mía. Todavía no puedo dar fe de la noche casa afuera, ni siquiera para curiosar he salido a la plataforma pétreo que antecede escalonado barranco de conglomerado volcánico cubierto por bosque seco descendiendo a la línea costanera, no es que tenga repulsión a la noche de Floreana Salvaje, por el contrario, me atrae mucho el reto de iniciarme en la expedición nocturnal, tanto que no quiero irme en banda cayendo en la tentación de apurarme a la manera de un turista que pagó por experimentar sí o sí tal crepúsculo y noche el despertar del Petrel pata-pegada. Vendrá, no me quepa duda, el encuentro cercano con el Petrel del Pajas, y otros pájaros trompetas de las tinieblas.

Desde que no me atraían más los patrimonios culturales de la Unesco enclavados en ciudades preparadas para recibir a millones de turistas ansiosos de darse un baño de cultura globalizada, me especialicé en viajar a parques nacionales que son reservas biológicas del planeta devastado por la humanidad. Viagé en plan aventura controlada y a salvo de experimentos que me hagan ex-

trañar –cual poseso demente– mi nido de pequeños placeres cotidianos al pie del volcán Ilaló. Abandonar mi mansión ecológica de Villa Juárez, por eso de tomar extra–vacaciones en latitudes remotas, obligaba a prepararme psicológicamente, predisponerme a tolerar de buen grado cambios –a veces radicales– en las higiénicas costumbres del pequeño–burgués, esto en aras de que mi tiempo y plata invertidas en querer ser feliz con moderación en hosterías silvestres no se vaya al traste. No me he encandilado por la etiqueta de “fabuloso” de un lugar exótico, que por ser tal hace que suba la tarifa del tour–exótico correspondiente, he investigado por cuenta propia en la red del ciberespacio para no irme en banda por perezoso y cándido. Estaba consciente que visitar puntos exóticos, no exime de estar inmerso en cierta vulgaridad, por más escondido que este un paraje casi-prístino viene a ser un sitio común en el catálogo del turismo especializado.

Me viene a colación del anterior párrafo el viaje que hice a la selva amazónica que sufre el embate del bípedo depredador por la maldición del extractivismo mineral, el petróleo y otras pestes han sido manjar de engorde de la cleptocracia mientras a las masas les remiten la propaganda subliminal de estar progresando cuando en realidad son presa del hedor cancerígeno del eructo del averno. Pagué bien para salvaguardar los sentidos de la putrefacta extracción mineral del subsuelo amazónico, viajé junto a un grupo pequeño de bípedos implumes en pos de la laguna de pluviselva que nos subyugó navegando en piraguas, donde la sinfónica soledad exuberante del bosque se detiene ante la barrera de yutzos que, cual muralla de manglares enraizados en fondo fangoso, dan paso a las aguas turbias en las que medran pirañas, anguilas eléctricas y sobre todo los tres delfines rosados que provocaron exclamaciones a discreción en medio de la aventura mejor pagada de mis circuitos a través de la operadora turística que tiene el lema: “activa al intrépido expedicionario”. En todo caso, la oferta de “activa al intrépido expedicionario”, no quedó en emblema ilusorio sino que me preparó para serlo a fuerza en la dimensión en la que habito bajo el influjo de Floreana Salvaje.

Acá me he desprendido de un tajo del vicio que ultimadamente por lapsos intermitentes de una semana o algo así acudía a

la gran corriente de los tuiteros, navegaba ansioso en pos de tuits contundentes, buscando memes con mensaje tragicómico y recién paridos del candente circo político ecuatoriano; la cleptocracia de este pedazo de planeta no descansa, pues, es la viva imagen de la cleptocracia globalizada, no se quiere quedar atrás del orden mundial que condena a la esclavitud moderna al pueblo “soberano” inerme, estupidizado. Fue un acto compulsivo el atracón de tuits, lapsos de atragantamiento de novedades a propósito de la coyuntura del maremágnum político ecuatoriano. Es curioso que también viniera a ser una psicoterapia ser invisible en el torrente noticioso de los tuiteros para vaciarme íntegramente y viajar expurgado a Galápagos, cuando intempestivamente me tocó hacerlo. Qué fácil resulta desde la comodidad del hogar ser un ente observador del mundo tuitero sin participar en él –o sea pasando de registrarse y adquirir una cuenta tuitera–, y montar nuestra mini-central de inteligencia invisible entre individuos de todas las banderas políticas, siendo los más visitados los afines a ciertas ideas de vida del espía inocuo en el que uno se convierte. Los hay, tuiteros, que son contumaces e infatigables aportando a diario a la gran corriente que los arrastra en su fiebre por capturar la realidad, superando con creces a cualquier realismo mágico. No faltaron los mensajes poéticos que en medio del fuego político ensayaron sentencias filosóficas inspirados por un Heráclito posmoderno tuitero, o ensayando haikus inspirados en un Basho posmoderno urbanícola. A punta de tuits ajenos llené el ínterin que se creó entre la lectura de Crónicas de Islas Encantadas y la ausencia de Clara que tomó proporciones de amor platónico ineludible.

La última semana sumergido en la gran corriente del mensaje ajeno incesante, antes de abandonar la égida de Los Pichinchas, me regalé un punto y aparte con el grupo de tuiteros luchadores nunca igualados entre sí pero adscritos al MUA (Movimiento Utopista Anarquista), insisto en que ayudó el no tener que registrarme como usuario para poder entrar invisible a mi casero servicio de inteligencia que son las redes sociales que dejan espiar en sus entrañas laberínticas sin exigir registro. Registrarme, eso nunca jamás dije yo, y sin que por mi parte envíe nada a las personas que seleccioné con o sin seudónimo para que conformen a mi

medida la corriente de ánimos a la cual engancharme, los usé cual eco de la “caja de ánimos” de la novela de Philip K. Dick, *Sueñan los androides con ovejas eléctricas*.

Espiarse a los tuiteros del MUA, fue más que un juego, portaba el letrero visionario de “algo te va a sacudir de raíz pronto”, y ese algo puso fin rápido al mirar y revisar con tenacidad noctámbula en la corriente de ánimos recogiendo emociones ajenas sin emitir lo propio en la red, en eso consiste la gracia del testigo que no suma tuits al mundo trepidante y de desnudes pública que provee el portal del mensaje corto que abarca todas las formas de expresión del lenguaje joyceano. Nunca he tuiteado y así me voy a quedar una vez que sacié la curiosidad de cómo es la cosa con los elegidos mensajeros del MUA, a la verdad no voy a volver a ser presa de red social alguna, fui miembro media hora de FB, ¿o fue una década que estuve sin darme cuenta encarcelado ahí? No creo porque algún adicto FB me hubiese hecho acuerdo, “oiga, usted y yo somos o fuimos amigos en FB, ¿no es cierto?”. En todo caso habría sido recompensado con una saludable amnesia. Pero no, a la verdad es que huí a galope y dichoso de no tener “amigos” que jamás he querido tener, menos en tal cantidad ofensiva alrededor del orbe cuando paradójicamente no he recuperado a los amigos verídicos que había hecho en mi época de trotamundos. En la realidad alterna de los “amigos FB”, con los amigos de carne y hueso de mi heroica primera juventud, no hubiésemos podido ser más extraños pretendiendo ser los camaradas de antes de la compleja virtualidad de las redes sociales. La media hora de mi estancia en la nación hiperpoblada FB, donde el estar consigo mismo ha sido desterrado de su inmenso territorio virtual, no me hizo ni cosquillas, salí impoluto de FB, no me di el tiempo para que me suceda como le sucedió a Claudio Cordero Crispin, que FB se constituyó sin él proponérselo en la terapia de manada virtual más intensiva y larga que haya experimentado. Aquí parafraseo algo que CCC asentó en algún párrafo de *Crónicas de Islas Encantadas: La terapia de refuerzo negativo que en sí fue mi estancia de cuatro largos años en FB, es la única de ese tipo que he realizado y que por añadidura surtió un efecto vitalista permanente en el sujeto de la experiencia, fuera pronóstico no devine en engranaje de la estupidez mundial, sí señor, fui inmu-*

nizado contra la pesadilla de tener un millón de amigos nada platónicos, pues, a la verdad son amigos todo plutónicos.

Qué regio purgante ha venido siendo defenestrar paulatinamente la estupidización que inyectan los medios de in-comunicación para que el individuo yazca anegado en la propaganda y publicidad de su religión consumista-nihilista pegado a los píxeles de la pantalla televisiva y/o a la del celular que pronto será injertado en la palma de una o de las dos manos del usuario. El sujeto de la estupidización se embute de lo que le gusta –megustero–, contrastando a control remoto con eso que no le debe gustar para ser también nomegustero. Primero defenestré la televisión, el gran embudo que hace tragar órdenes subliminales que enferman hasta el desahucio, incorporándote a la miseria terminal de las masas que transitan en la desbordada oferta televisiva. El resto, hurgar en las redes sociales, fue más nutrirse que desperdiciar, fue más receptar los ánimos del prójimo–ajeno, sobre todo los ánimos de la modalidad visual que reina con los memes que superan con creces la capacidad noticiosa de los telediarios tradicionales. Los telediarios tradicionales están atados a sus dueños privados o mandantes del aparato burocrático, ovillados no sueltan el carrete, y se autocensuran apocando cualquier espontaneidad de las momias que recitan novedades que con antelación han sido aireadas en las redes sociales.

2

QUÉ fue esto? Un holograma tridimensional perfecto o una creación al tenor y cortesía de FN, o quizá potentísima alucinación gracias a las sustancias psicotrópicas que es capaz de generar para sí mismo el cuerpo-mente y así abrir sus propias puertas de la percepción. Las cuestiones sobran, los efectos permanecen y es lo que en definitiva importa. No voy a fundir millones de neuronas por no resolver cuestiones de un hecho que me ha surtido de ese tipo de felicidad que es factible embodegar para uno beneficiarse a futuro con los efectos rumiantes del fenómeno original. Las consecuencias secundarias del hallazgo de mi Clara es la motivación para entrar de nuevo a este Cuaderno de Floreana Salvaje, saborear el placer atenuado, como un recalentado de menestrón o de mote con verduras, pasa a ser más o menos divino vía reorganización retrospectiva del momento de haber recibido sin amortiguadores el peso femenino que me embebió a las tantas horas de noche pasada. ¿Qué aconteció? Me fundí con Clara en metempsicosis (qué bien se siente utilizar con propiedad la acepción de metempsicosis, palabra maldita para doña Molly Bloom y su frenético monólogo de insomnio metido en el ojo de huracán boreal de máxima intensidad). Esto mío es otra cosa, es mi Clara en metempsicosis de madrugada lunática, no me llegó como Irma o María -huracanes del Caribe de picos devastadores-, sino que fue la gata negra aterciopelada, de grandes ojos magnéticos verdes amarillos, agasajándome con goce integral del cuerpo-mente. Lo fundamental es que noches después estoy reconociendo que se trató de un goce regenerativo porque admite ser rumiado intempestivamente.

Al desprenderme de Clara, en el breve vacío de la caída a profundidades oníricas, me sugestioné con estar habitando una sucursal chiquita del planeta lemniano Solaris, siendo que acá Floreana Salvaje es la mente creadora. Siendo así, Mente Floreana Salvaje, materializó al ente bello sacado del deseo consciente del único residente de FN. No falta una ambición latente que dentro de la suma de posibles se manifieste como un imposible, propiciando que del ente del deseo surjan fetiches. Supongamos que Clara ha sido el arquetipo del deseo del anarquista de Villa Juárez, entonces sería una bendición que de fetiche pase a materializar mi ambición de yacer con ella. Caso contrario, como sí sucedió en el planeta Solaris, podría haber sido sujeto de tormento de un ente indeseable, de un arquetipo monstruoso acechando y ansioso de ser materializado por la mente creadora que se halla en fase formativa, que recién está madurando en su capacidad de materializar bellos arquetipos y/o abominaciones del espíritu. En todo caso, ambos arquetipos hermosos o teratológicos, brotan del sujeto que los sufre, existen en su interior, y de esto se aprovechó la mente creadora de Solaris, y es experimentar a su antojo con los recuerdos que aleatoriamente asomaron para construir arquetipos que en su mayor parte sirvieron para torturar con su propia alienación a los intrusos terrícolas. La mente de Solaris en proceso de perfeccionamiento creador, no inventó beldades o monstruos de sí misma, sino que recogió los arquetipos del sujeto en que residen para incorporarlos a imagen y semejanza del mismo sujeto que les dio cabida para que sean extensiones de su existencia, existentes de su existencia.

De un tiempo acá las profundidades oníricas me han sido terrenalmente airosas, digo esto porque cuando me pierdo en ciénagas habiendo tenido a la vista y al alcance del olfato los campos del Edén, no desespero más, me digo a mí mismo “no caigas en la trampa, cuanto antes da por concluido eso que degenerará en la pesadilla recurrente de estar desorientado, no busques el objetivo o cosa esfumada porque no vas a encontrarla, mientras más lo hagas más confusa y precaria será tu situación onírica. El remedio está a la mano, solamente con reconocer que no puedes capturar al ser de la felicidad, ¡abre los ojos!”. Esto de sentirme desorientado

o que ha desaparecido el objetopreciado de mi sueño, me sucede en un medio ambiente que de entrada juega a mi favor y no hay seña que se vaya a desviar de los árboles frutales que perfuman las cercanías del Nirvana. Una noche, en un instante de claridad antes de caer rendido al mundo onírico, me vino cual relámpago la conversación que tuve en las jaulas adolescentes del Normal Tecnológico Fernán Sánchez, con el hoy recobrado amigo de banca y hologramas de alienación secundaria, *Siluro*, quien refiriéndose al terror cósmico de nuestras pesadillas, me dijo que él tenía la fórmula para defenderse de las criaturas horripilantes que lo asediaban, “convertirme en dragón y echarles fuego precámbrico desde el aire”. No es que me transformé en dragón como el joven *Siluro*, pero me propuse intervenir desde afuera, me di a mí mismo el comando de cortarle las alas a la pesadilla recurrente cuando se presente con los primeros síntomas de ansiedad ante la sensación de estar hundiéndome en la cloaca del incrédulo extraviado o en los prolegómenos de mi infierno intentando en vano recuperar la ruta al jardín de las delicias. ¡Detente!, no seas pendejo, avídate y repite conmigo: estoy desorientado, no voy a seguir más el juego macabro del paraíso irrecuperable. Recobrar la metempsicosis onírica de *Siluro*, me ha servido como conjuro, pues, he aprendido a intervenir en sueños que empiezan eufóricos y acaban desembocando en pesadillas.

La certidumbre de que fui afortunado por la criatura de Mente Floreana Salvaje, la puso el rumiar posterior del abrazo felino con Clara. Ella no fue la anaconda constrictora que medra en los pantanos del inconsciente y surge en pesadillas para recordarte que es inherente al existente onírico. No descarto que habrá influido en la metempsicosis de mi Clara (la Clara de FN siendo yo el capitán de navío), la lectura que no hace mucho hice de la fábula terrorífica *Mashka en el estudio*, del macareño Clemente Simancas Castillo, alias *Siluro*, de quien previamente mencioné que tuve el gusto de ser amigo y compañero de banca y hologramas en la secundaria del Normal Tecnológico Fernán Sánchez. Por esos gajes del oficio de vivir de cada cual, desde nuestra graduación de Bachiller de la República, no he vuelto a toparme cara a cara con el gran *Siluro*; no estuvimos de amigos virtuales en la hiperpoblada y

grotesca nación FB, no anduve por sus laberintos y casi con seguridad puedo decir que él tampoco anidó ahí. En todo caso ese dato es irrelevante porque no hubo de por medio el estúpido pedido virtual de amistad a un personaje entrañable de la adolescencia, ni viceversa que hubiese sido igual de vergonzoso y, algo que es peor, habría hecho añicos nuestra amistad juvenil con un fracaso rotundo en la comunicación interpersonal. Vaya remedo de reencontro que hubiésemos fingido ambos, pues, no se habría dado la re-conexión con la amistad de la adolescencia. En vez de un hallazgo mutuo, refrescante y fluido con el gran *Siluro*, hubiésemos fabricado acartonamiento y distancia de perfectos extraños, y hasta imagino dirigiéndonos el uno al otro anteponiendo nuestros títulos universitarios, (es un gusto chatear contigo doctor magister en Ciencias del Espíritu... el gusto es mío arquitecto magister en Viviendas Ecológicas). Sabia decisión fue averiguar de su vida y milagros en el ciberespacio, donde sí existía a plenitud por sí mismo; no asomó su nombre ligado a una cuenta de FB ni a TW, sino en especial a una página personal decente -pongamos que respetable en el ancho o tal vez largo y estrecho mundo de los loqueros-, que mantenía bien engrasada y por inercia había muchas otras referencias a su acontecer académico en el buscador. Los títulos de *Siluro* me sorprendieron, incluido un doctorado o PHD en la meca del psicoanálisis argentino, creí que iba para astronauta tal como fue anunciado en el último año de la secundaria, desde mi ingenuidad me convencí que así sería. Me late que de haberse dado un fallido chateó es que nos habríamos ofrecido un pronto encuentro de carne y hueso, que al cabo resulta una suerte de conjuro para no hacerlo a conciencia. No hubo ocasión para eso de ¡tenemos que vernos cuanto antes para ponernos al día sobre nuestras vidas!, que es la más eficaz invitación a desterrar la espontaneidad entre amigos que exprimieron a tope la adolescencia. Fue sorprendente que la oportunidad natural de encontrar a *Siluro* sí arribó para mí. Yo fui el que halló al escritor Clemente Simancas Castillo, alias *Siluro*, y no al doctor loquero mayor que me otorgaría el favor de una cita para contarme que le va muy bien en la explotación de su profesión de aliviar la enfermedad del espíritu del prójimo-ajeno.

Aunque me salí de FB -apenas entrando a esa red socia como alguien que tuvo media hora para cometer el crimen perfec-

to al no dejar huella alguna en su precipitada pero certera huida-, digo yo por inmunidad adquirida en el vientre materno contra la no-comunicación entre amigos virtuales, no abandoné el gogleo y desde la invisibilidad de los motores de búsqueda me dije cierto día: “veamos, al cabo de meses, en qué anda metido el doctor *Siluro* en su página personal homónima” y, ¡albricias!, no se había contentado con ser el loquero idealista y académico, saltó a la acción literaria, es decir, dio un brinco regenerativo a la ficción del espíritu creativo y a la verdad de las mentiras con una novela o cuento largo de noventa y pico de páginas densas a su medida, *Mashka en el estudio*. Había tenido lecturas anteriores de artículos del loquero *Siluro*, valiéndose de la jerga atroz de los suyos, aunque no me contentó que en vez de astronauta sea un loquero, me dije que al menos era un intelectual con ganas de aliviar en algo al ser humano de su innato desquiciamiento. Dije que dejé de rastrearlo un buen rato en el ciberespacio y, a la fecha que abandoné el tormento de leer su artículos de loquero avezado, secretamente abrigué la esperanza de que a futuro el portal de las ciencias del espíritu SILURO, con mayúsculas, aporte aunque sea pisca del adolescente inquieto que fue *Siluro* por “los libros con personajes que dinamitan la psiquis del lector”, como nos recitaba *Cazador de palabras* (profesor de Ética -poco mayor que nosotros en el año de bachillerato del Normal Tecnológico Fernán Sánchez, un maestro salido de otra época, sea de otros renacimientos o futuros regenerativos). Y cómo no reventar en pensadores si *Cazador de palabras* nos propuso que leamos, por ejemplo, Crimen y castigo o El antropófago, no para tomarnos las lecciones absurdas comunes a los centros de estudios borreguiles sino con el afán de entablar conversaciones deliciosas sobre la problemática del anarquista Raskólnikov o la problemática del antropófago Nico Tiberio.

SILURO, Página de Clemente Simancas Castillo, tuvo un vuelco radical en lapso ínfimo de tiempo, el lapso que me tomó volver a su sitio del ciberespacio. En cosa de cuatro meses o menos *Siluro* echó al tacho de basura virtual los fajos de palabras escritas que generan las Ciencias del Espíritu, abandonó la horrible manía de llenar su página con artículos que no aportaban al ser propio, al ser suyo, su actividad se resumía a sesudas críticas del

doctor Clemente Simancas Castillo a las críticas de otros eminentes loqueros, y esto redundaba en enlaces a más críticas de críticas, porque en el ámbito de los doctores academistas nada “nuevo” puede ser lanzado sin que cargue consigo etiquetas repletas de enlaces a las fuentes originales que en sí no son tales. De los primeros contactos con la página SILURO me había quedado con la idea fúnebre de que el compañero de banca y hologramas del Normal Tecnológico Fernán Sánchez, de tanto sumergirse en las críticas de loqueros freudianos de fuste para los altos centros de las Ciencias del Espíritu, había perdido su apetito por la poesía y sus derivados o extensiones en prosa narrativa y ensayística, cuando la literatura digna de prenderse en ella es suscitadora del pensamiento recreando al sujeto leído, rumiando al ser de la lectura, mismamente así habíamos hecho con los libros que nos recomendó el *Cazador de palabras*. Pero no, Clemente Simancas Castillo, en un instante explosivo durante los meses que dejé de rastrear su huella en el ciberespacio, había despegado rumbo a su propia galaxia, dando el salto que decapitó la idea de ver a un antiguo camarada en una dimensión del pasado para hallarlo en una dimensión del futuro. Esto al refundar su página personal manteniendo el nombre del dominio y el de su blog homónimos, con el añadido del subtítulo descriptivo de Página de Clemente Simancas Castillo, donde hace gala de versatilidad de intelecto con artículos que sin dejar de ser psicológicos y filosóficos están libres de la fijación del académico desquiciado por las formas como incluir una bibliografía que sugiere ha formado un centón gracias a que, por ejemplo, para lograr su texto de sesenta páginas echó mano a cuarenta obras que suman miles de páginas. En los flamantes artículos de SILURO, se desarrollan temas ficcionales también inspirados en sus lecturas de obras señeras de loqueros y filósofos universales, que no son críticas de las críticas. Con alivio no hallé al académico obsesionado por demostrar su erudición, sino al pensador que rinde homenaje personal a sus maestros, apoyándose en la poesía y la prosa de ficción. *Siluro*, Montando tu taller de espectador fabricas textos vivos, ficciones del sujeto de la experiencia, nada rigurosos ni aleccionadores, imponiendo tu sello al volar con los pensamientos capturados de tus queridos maestros, no eres más el sujeto aplicado en las Ciencias del Espíritu, eres el sujeto participándonos de tu gozosa

contemplación en la creación, trabajo y perseverancia de lo tuyo que ha pasado a ser mío. Por fin reinas en tus propias creaciones, en tu perseverar poético, filosófico y ficcional que datan –tal cual tú mismo señalabas– desde que hiciste uso de razón. Eso eres en tu primer libro de ficciones, *Mashka en el estudio*.

En los recreos del Normal Tecnológico Fernán Sánchez, *Siluro*, convenció a sus condiscípulos que iba a ser un Astronauta, así con mayúscula. El futuro Astronauta aseguraba que mínimo iría a hollar, en su calidad de Homo sapiens solar, por vez primera a Europa –la sexta luna de Júpiter– a cargo de la institución que llamó CELA (Centro Espacial Latino Americano), y esto iba a suceder con bienaventuranza, contrapuesto al largometraje que aún no habíamos visionado: la obra cinematográfica Europa Report, dirigida por el cineasta Cordero, película que acaba mal para el antropocentrismo, de las gélidas profundidades del océano de Europa surge la criatura endémica que neutraliza el arribo de la humanidad. Qué suerte para los que sintonizamos con la página de *Siluro*, no te contentaste con ser un astronauta de nuestro sistema planetario solar, leyendo a *Mashka en el estudio* supe que te fuiste a explorar en los confines de tu galaxia.

Todo comienza cuando una gentil y hermosa gata negra, tipo pantera de Bombay, ronda el estudio del conspicuo psicoanalista tardo-freudiano residente de una de las mansiones de las colinas de la ciudadela *Valhalla*, donde nada podía ir mal por tratarse de una urbanización que alberga a pudientes amantes de las Ciencias del Espíritu, cero delincuencia merced a sofisticados dispositivos de vigilancia preventiva y seguridad robótica animalista terrestre y alada, que además coadyuvan a la belleza inherente a los parques y jardines de *Valhalla*, con réplicas zoológicas perfectas. La visita cotidiana de la felina de esplendorosa figura azabache era una exhibición en pleno de su portentosa belleza en movimiento, cubriendo el largo del alféizar hecho como a medida para su porte y garbo, merced al amplio ventanal que da al bosque de ciruelos y duraznos, que a propósito del hallazgo de *Mashka* festonaban el escenario con florecimientos dignos de los versos del juglar medieval japonés Basho.

La primera visita de *Mashka* al doctor Aquiles Caupolicán Mendosa, a pesar de la atención que captó de él, en cierto modo fue opacada por el sentimiento de que se trataba de un miembro extraviado, o fuera de control, del selecto cuerpo de seguridad robótica faunística de *Valhalla*, esto porque no había razón alguna para que él sea vigilado en la inviolable intimidad de sus aposentos. “Voy a presentar mi queja, pues no hay excusa alguna que valga para que un residente de *Valhalla* sea espiado en su hogar...”, se dijo para sí de viva voz. Pero al mismo tiempo no dejó de reconocer que su acabado era digno de admiración, en las réplicas de gatos que ha observado en los parques y jardines de *Valhalla*, los delata su perfección de formas mecánicas asexuadas, no así la desenvoltura y magnetismo animal sexuado que despedía el ente que patrulló tan de cerca de él que se estremeció cuando creyó tener contacto visual interespecies con ella. Sí ella, la gata que resumía poder femenino de una máquina animal original, “poder femenino del planeta Tierra o Gaia”, musitó como solía decir de algo que en él surtía el efecto de sacudón telúrico.

El hecho real es que nuestro doctor prefirió no hacer ninguna denuncia al respecto a la administración de *Valhalla*, es más, deseando desde el fondo de su ser que el fenómeno se repita a día seguido, si era posible. Y fue posible porque se sucedieron los días de puntual aparición a las cinco de la tarde de *Mashka*, y con el añadido de hacerlo en una seguidilla de atardeceres que se regalaron con el sol de los venados de valle interandino. Nuestro doctor, de manera racional no podía sostener su admiración abismal por una réplica de una máquina animal, él no estaba para rendirle culto a cosas que eran fruto de la inteligencia artificial de la época, él era de los que únicamente podía admitir que todo lo que provenga de la tecnología futurista de *Valhalla* son instrumentos de su provecho vital, pero nunca para que el Homo sapiens se convierta en un instrumento de la tecnolatría. Su hechizo por *Mashka* dio paso a la determinación de saber a ciencia cierta si se trataba de una maravilla de la robótica, pues, la sospecha de que podría no ser así por el mismo hecho de considerarse hechizado por ella, se acentuaba a pasos de panóptico.

Se ilusionó con la obsesión -vaya paradoja, el doctor racionalista a ultranza ilusionado por una fijación que él mismo catalogaba como el colmo de la irracionalidad- de que la gata quería entrar al estudio que jamás abría las ventanas porque el sistema automático de ventilación y reciclaje del aire higiénico de valle interandino mantenía el ambiente natural y con la temperatura apetecida por el cuerpo-mente, a este benéfico ambientalismo se sumaba el dispositivo que permitía la invariable claridad de los cristales panorámicos, con vista a los ciruelos y duraznos en flor del mismísimo *Valhalla*. “¿Cómo una gata que no es guardiana del orden y la discreción se trepa en el alféizar de mi estudio y soba su magnífica piel negra aterciopelada en los cristales dirigiéndome maullidos lastimeros y miradas voluptuosas con sus ojazos verde amarillos?”, se inquiere fascinado el doctor Aquiles Caupolicán Mendosa, cada nueva tardecita más tentado que la anterior a abrir la ventana que no se le ha ocurrido abrir desde que arribó a los predios de *Valhalla*, y con el añadido irracional a flor de piel, consciente, de acariciar a la gata en cuanto esté a la mano y sobre todo que ella incite a consumir el contacto con sus ronroneos y retozos inconfundibles de fémina planetaria. Cómo no iba a ceder al deseo que él mismo creó, amamantó y fortaleció al punto de darle un carácter categórico de irreversible, podríamos decir que al contrario del dicho de “la curiosidad mató al gato”, aquí la gata mató a la necesidad elaborada minuciosamente por el propio doctor Aquiles Caupolicán Mendosa. Bastó que abra una vez la ventana para que entre por primera y última ocasión al estudio el cuerpo del deseo, y no era una gatita, era el cuerpo maduro de una pantera de Bombay esplendida, la *Mashka* que subyugó al doctor hasta el suspiro final en sus fauces. *Mashka en el estudio*, me hace rumiar felicidad apenas acordándome del fatal desenlace carnívoro del racionalista irracional, esto relacionando que mi Clara no fue ni será la fémina gatoserpentosa sabatiana planetaria -una variedad devoradora de eruditos- que acabó ahogando en sus potentes fauces de pantera al doctor Aquiles Caupolicán Mendosa, precipitándose con su víctima a las zahúrdas del averno quevediano.

Magnífico, se me dio el *Siluro* evolucionado, toda una entrada en Cuaderno de Floreana Salvaje -con sus raptos de tiempo

separados en FN- dedicada a tu memoria. He ido más allá de recobrar instantes forzados por el tema de nuestra mutua estancia en la secundaria del Normal Tecnológico Fernán Sánchez. He usufructuado de la coyuntura para recontarme a mí mismo *Mashka en el estudio*. Y no tengo que esperar se dé una sesión aguardentosa contigo para aprovechar a decirte, digamos que algo intrascendente: Te acuerdas amigo *Siluro* cuando entramos colocados a la clase de matemáticas dictada por el temible *Espagueti* y de pronto Ojeda, a propósito para que reventemos de risa, nos pasó una caricatura que abrías en la nariz prominente de *Espagueti* y salía una zanahoria que iluminaba, más que eso, animaba el dibujo y cogernos la risa hasta el llanto apenas nos regresamos a ver. Ojeda, no tuvo que disculparse por su broma adolescente de impredecibles consecuencias, ahí nos dimos cuenta que *Espagueti* era un tipo de calidad, no nos armó relajo ni nos expulsó de clase con la amenaza inmediata de un castigo ejemplar, su reacción tajante e impercedera: ¡A lavarse la cara muchachos!

3

CAMALEÓNICAS intensidades de luz solar festonaron el despertar mañanero mientras FN se despojaba del cortinaje nocturnal. No hay resquicios para extrañar las bondades de mis despertares en la mansión al pie del Ilaló, y me digo que fue haberme mandado a mudar de un haz de luz cantarina en medio de pozos de excreciones citadinas que copan un horizonte enmohecido por los mixomicetos de la producción para la entropía máxima. “¡Oh, Señor de la nube de vapor pestilente, recréame con tus toxinas de cada día!”, canta en la ducha cotidiana el extrativista puro y duro. “Dios de mis cielos de azul lavado, vengo a tu luz con la oración en los labios, Muerto de hambre”, aúlla deseando incorporarse al beber y tragar del fruto y el zumo podrido de sus desafueros. “Altísimo del positivismo irracional, del banquero optimista, del político dadivoso, antes de que se acabe mi explotación terrenal, dame aquí y ahora ese todo que me corresponde del *pueblo soberano* por derecho adquirido”, susurra soñando embolsicarse la suma financiera del retiro anticipado, y apropiarse de los bienes públicos a cuenta del jubilado voluntario del mañana. “Hacedor de las selvas, ríos y montañas que destruimos con el argumento sólido de la lógica lineal que consume el pueblo idiotizado: tú quieres que el petróleo y las piedras preciosas o vil metal nos hagan ricos y que, por nuestro intermedio o reflejo, las masas inermes de bípedos consumidores, también sean como buenos seguidores nuestros que son, fieles sustentadores de la oración al Fantasma hambriento, del que soy su imagen y semejanza...”. Podría quedarme hasta el vomito levantando la oración surrealista

del Fantasma hambriento o del Muerto de hambre, pero esta cantaleta fenece para entregarme al goce del amanecer en FN.

Decía que mudarme a FN fue un mandato a renacer en la mata de haces de luz de fresca claridad que se alternan con figuras sombreadas sin que haya espacio para el deslumbramiento o la penumbra generalizada, dando la impresión de una variedad de pisos geológicos en la transición de la sala multiuso a la sala de baño. La sala multiuso incorpora al dormitorio, mejor dicho al lecho que brota de la nada, aunque yo insista con el automático puesto que se hunde en el piso el momento que el usuario no pide reposo horizontal y salta del suelo ni bien uno insinúa descanso horizontal, esta explicación simplista es incontestable, no hay señas del dispositivo que empotre la cama, no hay huella en la plataforma de piedra cuando ésta desaparece ni la he visto aparecer del subsuelo, se hace y deshace al son de mis necesidades, y otro tanto sucede con la sala de baño, que es el segundo ambiente principal del todo hogareño, marcado por la luminosidad acuática que atrapa al buzo de profilaxis.

La apariencia de un recodo que conduce a portal magnético separa el versátil ambiente de la sala multiuso y el cuarto claro de la limpieza a fondo del jefe de la nave astral, que soy haciendo pleno uso de los servicios de FN. La sala de baño, es el otro ambiente idóneo para darte la vuelta por el gusto de hacerlo en su entorno, que junto a la sala multiuso forman el conjunto físico de FN, que sería un circuito muy agradable para repetir una y otra vez en caso de verme impedido de hacerlo en exteriores, suponiendo que la nave astral que me aloja, durante mi tiempo onírico, se haya por sí misma proyectado a un viaje intergaláctico; o suponiendo de que llanamente arriben jornadas donde no me apetezca husmear allá afuera. La sala de baño viene a ser la mitad de la sala multiuso, y aún así tiene un tamaño inimaginable para el común mortal pero en sí es la aspiración del buzo de profilaxis, es lo justo y necesario en función del sujeto minimalista que anima la sala de baño. Los dos ambientes de FN, aunque diferentes e independientes también son dependientes e interactivos entre sí, factor que aúpa el equilibrio del ser que los habita. Si como he di-

cho en la sala multiuso no hay obstáculos visibles, no hay muebles ni cocina, ni cosa semejante que se compare con la normalidad de una cueva humana moderna o de esas pocas edificaciones llamadas “futuristas”, tampoco los veo aparecer en la sala de baño al menos que sean útiles para el instante de usarlos, servicios que se materializan en función de las evacuaciones biológicas de la unidad de carbono, pues, aunque mínimas –me gusta creer que están en franco proceso de extinción porque apenas se presentan en la mañana temprana como si fuesen más un reflejo que una perentoriedad de la máquina animal–. Podría decir que todavía me place ser la singularidad cuerpo–mente que a cada paso se arroja al presente e inmediato futuro, trascendiendo gracias al recuerdo del instante transcurrido

El urinario parado y el retrete se montan al ritmo de las micciones y deposiciones de la funda de carbono oxidable que me contiene, y una vez cumplido su servicio se esfuman sin dejar huella, asumo que los desechos del mamífero se dispersan allá fuera, en el bosque seco de palo–santo, gracias al desintegrador molecular que entra en acción ni bien la utilidad de estos artefactos cesa. A propósito de las deposiciones de la máquina animal, escatológicamente hablando, no exagero al decir que son desechos aromáticos de chivo montuno saludable alimentándose de chumberas y algarrobos. Acá no hay chivos invasivos depredadores, mejor sería comparar esto mío con la especie de pelotillas oblongas de bagazo de las tortugas gigantes –que al momento no he encontrado, pero intuyo que el rato menos pensado se dará el hallazgo–. En todo caso esto vendría a ser como diría CCC, la distancia ambientalista de las deposiciones de la saludable tortuga gigante en estado salvaje, es eónica comparando con los excrementos del enfermo bicho–monstruo–cadaverófilo–furioso uncido a su comida chatarra. No me engañe que esta cortesía para el cuerpo–mente se debe a la dieta vegetariana que ofrece el dispositivo creador de alimentos por integración molecular, los únicos menús disponibles son los que la “cocina” de FN provee, y en concreto son los que me satisfacen como si se tratasen de antojos gastronómicos que se han materializado por halagar a un nuevo y educado paladar.

Si tuviese capacidad de desdoblamiento aéreo observaría vacío minimalista que va incorporando útiles cuando estos me son necesarios, y mientras no los reivindico están embodegados en la mente de Floreana Salvaje. No hay cosa servicial que no se esfume cumplido su propósito, acabo de darme una vuelta completa por la sala de baño y fue estar en una caleta de suave arena blanca teniendo de techo luminoso a las Pléyades, era el ambiente nocturnal de limpieza profunda del cuerpo-mente, disponiéndote al relajamiento con un mínimo de tensión para no caer redondo en el mundo onírico y aguantar la vigilia que permite asentar estas letras desde el lecho ergonómico. Participé en pasada entrada que el equipo del escritor cobra vida o se anima ante sus ojos cuando de la nada está predispuerto a juntar palabras sin que promedie la voluntad de catarsis, siendo más bien un ritual en aras de que respire letras el sujeto de la experiencia, soltando toxinas por los poros abiertos, dispuesto a esculpir en su cuaderno. No es la tediosa abertura de la página en blanco, es la musicalidad del silencio de la isla que enmarca el vacío para llenarlo con los símbolos de un teclado que hace tándem flexible, acompasado, con el lecho ergonómico convertido en silla monacal, en banco de baterista, en poltrona de filósofo... Recalco que el teclado que viene suspendido en el aire al igual que la pantalla holográfica, para placer del escritor es sensible al tacto dactilar, y ambos dispositivos se mueven atentos a mis ojos y en función de mis manos cuando cambio de posición corporal.

La profilaxis mañanera en un ambiente primaveral que invita a levantarse –he manifestado que acá abro los ojos con el canto de los jilgueros del bosque de palo-santo y sumándose intermitente el lejano aullido de los lobos peleteros, y me pica el cuerpo-mente por ir a bucear en la sala de baño contigua al dormitorio-, poner los pies en la roca calentita, incorporarse y andar en ella de por sí es el preámbulo delicioso de la expurgación en seco a la que me someto devotamente. El baño seco integral, se llama así porque es una suerte de vibración que limpia o regenera a cada una de las células que conforman la unidad de carbono, la sensación acuática viene con el juego de luces y cierta resistencia al movimiento que dan la impresión de estar sumergido en un acuario

natural. No floto, se está bien con los pies algo pesados para sostenerse vertical en las formas acuáticas. Estuve de buzo en piscina de aguas cristalinas rodeada de una barrera de raíces rojas de mangle. Concluyendo la ablución a nivel molecular –incluida la limpieza profunda de uñas y dientes–, abandoné la sala de baño sin rastro del sujeto somnoliento que entró en ella, un buen sabor de boca me invitó a desayunar con la ensalada de frutas de temporada, por decirlo así puesto que devoro con gratitud la dieta mañanera, cualesquiera que brota del dispensador molecular de alimentos, sin añoranza por otra cosa de comer.

La sesión de baño expulsó de sí al sujeto onírico que despedía pereza por los poros. Antes de ser buzo de profilaxis uno se pregunta si será capaz de despegarse de las delicias del lecho ergonómico, de ese retozar al alba que me susurra con el trinar de los canarios “qué bien dormiste”. Saliendo de la sala de baño se activa el caminante solar como si nunca hubiese sido urgente el reposo sublunar, y desayunando saborea su próxima salida. En cuanto me eché a andar despacio, con el paso tranquilo del caminante que tiene la mañana por delante para cambios de ritmo en función de la marcha hacia ningún lugar predeterminado, agradecí el estar despejado de mollera, ágil de huesos y elástico de músculos, y no es que iba a enfrentar una espeluznante ascensión al pico Obispo, por su diabólica pared norte, ni en sueños. Tampoco salía a torear con un nudo en el estómago a la bestia negra de la altitud ni a los elementos hostiles del mundo gélido pre-vertical andino; sin embargo, entregarse a inocente excursión en Floreana Salvaje, aun con senderito hecho para el expedicionario de isla tropical, sería triste e insufrible si no hay ilusión y gana de ser moderadamente feliz fundiéndose con la vida prístina. Así se presente un senderito de dibujos animados a seguir, si la psicobiología del sujeto de la experiencia es urbanícola, todo acontecer a su alrededor es una derrota, camina vencido por una isla desencantada, intuye tormentos asegurados por delante: sol abrasador de isla equinoccial remota, bosque seco inhóspito, jilgueros de canto que no le alegran el corazón, por doquier reptiles tan hieráticos como espantosos, vistas brumosas que no llegan a paisajes que alimenten el alma, nada de hacer poesía al andar, nada de aromas celestiales ni colores vivificantes

únicamente la sensación de estar disperso de cuerpo y alma. De un individuo así de impávido ante la naturaleza rugiente, yo diría que lo observé moviéndose fatigosamente entre puntos distantes en inconmensurable negritud espacial. No así para el residente de FN, aunque fue un paseo que no llega ni siquiera a los tobillos a los rigores de una “salida de engorde”, como tildan a las ascensiones diletantes –así sean una montaña en sí– los montañeros avezados que acumulan hitos fabulosos dentro de la conquista del ser inútil, que es en sí hollar la cima de un animal andino mítico... llámese Monja Grande, Ogro Quilindaña, etcétera.

Los rinocerontes psicológicos del montañismo extremo, que dicen tener una retahíla de cimas de miedo a su haber en la conquista del ser inútil, no pasarían de ser portentosos sufridores –máquinas animales predispuestas a capear dolores físicos que se han impuesto a sí mismos cual forma de masoquismo libertario en busca de los límites del ultrabruto–, sino se han iniciado como filósofos de la altitud olímpica. Si la extraordinaria experiencia de un andinista se reduce a mostrar fotografías espectaculares para que el público observador no coma cuento, y se cerciore que sus crónicas de proezas ascensionistas son verídicas, y no ha hecho un viaje espiritual que lo ponga a filosofar merced al disparador de su conciencia que fue medrar en la altitud olímpica, entonces se ha quedado igual de sordo, mudo y ciego de cuando enfrentó su primera pared porque en él no se había sembrado la semilla del fruto de la sabiduría.

Admiro al filósofo de la montaña, que en solitario esculpió su destino en diedros de granito. Esta ave rara nunca ha coleccionado cumbres para retratarse como una mosca en un árbol de secuoya, sino que se ha servido de su gélida belleza para forjarse a sí mismo en el tiempo de los océanos de nubes. Este tipo de ultrahombre es cuerpo–mente encarando a la muerte con el valor y el miedo unidos para descubrir al ser de la soledad dentro de un coloso solitario, que es el mítico animal andino. Una cumbre de respeto sobresale del mar de nubes y aire enrarecido por el fuego de los dragones de oriente, se levanta cual isla vertical en el archipiélago de los Altos Andes del Ecuador, donde anidan los dioses del

vividor insobornable. No es su propósito el abrir una ruta cimera nueva por una vertiente que esté catalogada de inexpugnable o no, involuntariamente es así porque es descubridor innato de portales a los laberintos creados a su medida, sin laberintos de miedo vertical que resolver no habría montañeros filósofos.

Suena graciosa la sorna del avezado montañero cuando da cuenta de tal o cual salida de engorde, acontece que para mi psicobiología eso que él ha realizado, por simple divertimento del cuerpo-mente o por error metafísico convertido en bípedo contemplativo, es equiparable a sufrir una cima enmarcada en el pentagrama de lo inútil. Así percibo la aventura del ser que descubre partiendo de FN, incluso si no emprendiera en excursión alguna seguiría siendo parte de la conquista del ser inútil dando vueltas dentro del perímetro de los dos ambientes hogareños, no se diga internándome en la intemperie del vividor no por error sino por perseverancia de su hado. No he buscado ser uno en la lucha épica del andinista en solitario contra los temibles elementos de la altitud olímpica, porque ahí no estaba para ser ese que soy; sin embargo, las hazañas del filósofo de la altitud que a la postre también sumó a su haber al rinoceronte psicológico del mundo vertical, me son inspiradoras.

Me fue dada una ruta en espiral al tope de la colina Cerdita Comunista, esto hizo que se alargue el sendero cual goce fantástico de la niñez, más aún sabiendo que no volveré a ser parte de él, ninguna trocha se repite en el espacio-tiempo del intrépido expedicionario que encarno. La Cerdita Comunista está ubicada en la zona íntima de mi hogar, es el jardín botánico trasero de FN, y suponía que medrar en ella era una aventurilla para despacharla rápido si se me abría el sendero directo a su testa rechoncha, ¿cómo podía imaginar que su ascenso sería volver a los atajitos de la niñez y subir la espiral natural más amplia y divertida del mundo que jamás tuve entonces? Es obvio que sin las circunstancias meteorológicas que me acompañaron a la cresta no hubiese habido eso de estar felizmente perdido en la franja de transición del bosque seco al nublado, recién supe que estaba por pisar el punto máximo de la Cerdita Comunista cuando se disipó la bruma marina que sumada

a los vapores que envuelven al cerro Pajas, fueron factores directos de la broma que me jugó el sendero de ida, que no el de bajada que sí fue un santiamén el ir a parar en las paredes de FN.

Divagando en la espesura nublada con el mínimo desnivel de ascenso, dando bandazos por la espiral que diversificaba la flora en el límite entre pisos biológicos, me entusiasmaba con la realidad de que no hay cómo repetirse, de que uno no vuelve a hacer la misma excursión de ayer, entendiendo por ayer el cúmulo de salidas que sumadas constituyen el pasado inmediato. Arribar a FN, trayendo conmigo respetable salida de engorde a lo alto de la Cerdita Comunista, fue entrar en la gracia del retorno al hogar, pues, no me extravié en el vacío atómico del nihilista urbanícola. Encontrarse de golpe con FN es grato así uno haya presentido que está en la zona de su influencia, esto me da la certeza de que no es una referencia como los demás accidentes geográficos que van acumulándose en la memoria del sujeto que descubre. El impecable edificio negro mate, antirreflejo, de paredes híper-deslizantes, asoma únicamente cuando estoy dentro de su estrecho círculo de seguridad y nunca en su zona de influencia, aparece junto con la sonrisa de confianza y alegría del cuerpo-mente, es inevitable relajarse ante la presencia del campamento base que provee descanso al caminante del instante pasado y energía al expedicionario del futuro inmediato.

Ni bien pedí siesta surgió el lecho con un manto de terciopelo como hecho de retazos de distintos colores, podía ser un cuadro paisajístico de sembrados liliputienses y, más allá aún, la sala multiuso había sido pintada por un Van Gogh de la mente de Floreana Salvaje. Piso, cama y techo falso contrastaban vivamente. La colcha y la cama venían sublimadas en mitad de la sala multiuso, el lecho resplandecía con sus cálidos colores, y aunque grande anidaba cual isla en un mar de roca volcánica formando mosaico clarooscuro de ladrillo y adobe, era como si se tratase de una exhibición geométrica de distintas baldosas empatadas métricamente entre sí, mientras que las figuras del techo falso cambiante se enseñoreaban con la fresca sombra del ramaje y hojas del árbol de chereco, *Sapindus saponaria*. ¿Una casa inteligente? ¿Una

casa mágica? No, es la realidad de FN que me engancha como si hubiese estado acá siglos. Todo me es familiar y sin embargo me pregunto sin respuesta ¿qué proviene del recuerdo de la residencia de Villa Juárez?, que la veo desde lejos tan querida como arcaica, sus servicios y formas están separadas un eón de FN. A pesar que a su momento me calentaba a mí mismo las orejas diciéndome que la mansión de Villa Juárez mía era la cumbre ecuatorial arquitectónica del siglo XXI, siendo que carga con los mimbres de a la vez ancestral y ecológica posmoderna, dados por el municipio quiteño. Por añadidura, hace no mucho, fue incorporada al catálogo de mansiones patrimoniales futuristas protegidas por la UNESCO. Nada arquitectónico privado o público del siglo XXI se compara con FN; cualesquier mansión, sea las pertenecientes a multimillonarios con buen gusto, son apenas edificios que mañana serán chatarra, repletos de la futura chatarra que provee la tecnología de punta globalizada. Al cabo, el espacio que alberga a potentados, ricos, burgueses, pequeño-burgueses, humildes y la gran masa de desposeídos en la edad del desperdicio, será pasto de los brutales basureros *Homo sapiens*.

4

ARRIBÓ la primera exploración nocturnal sin otro propósito que experimentar a qué sabe la noche de Floreana Salvaje. Mi ánimo presto a encontrarme con Floreana nocturna pasaba de imaginar fatigas mayores, primaba la interrogante de cómo iba a desarrollarse la caminata, entre otros detalles si de repente la caja de sorpresas que es el panel de mando de FN me proveería de un dispositivo para tener visión nocturna. ¿Qué clase de visión e indumentaria tendría el buzo de la noche cruda?, ésta y las demás cuestiones estaban para resolverse afuera, así que apenas había que saltar a la noche oscura y echarse a andar. No hubo en apariencia cambio en el traje ligero y el calzado biológico de uso múltiple –por darle una denominación jocosa a eso que envuelve los pies o a la piel extra protectora de dedos y tobillos–, que viste y calza el sujeto del descubrimiento diurno. Me he amoldado bien a no saber a dónde iré, y esa incógnita es aliciente sobre la marcha. Libre de ilusorias expectativas no especulo con la extensión, grado de dificultad o kilometraje de la caminata, al final no es dirimente en el esfuerzo si es más corta o más larga la ruta, hay sorpresas porque dependo de la sensación psicobiológica del conjunto de la experiencia.

Nada del ser que descubre se guarda en archivos holográficos, sería deprimente tener a mi disposición la información psicobiológica de los recorridos de ida y vuelta del caminante. FN no brinda un plano virtual donde se van sumando las respectivas mediciones psicobiológicas de cada una de mis excursiones, tengo la suerte de no tener a la mano un buscador de datos e imágenes

de las experiencias del sujeto que descubre en Floreana Salvaje, si fuese así existiría en una matrix, nada quedaría a salvo en la memoria mágica del vividor con la capacidad de olvidar, exagerar y distorsionar recuerdos. Acá el almacenamiento de eventos y acontecimientos está exento de una memoria externa que venga a ser el recreador artificial de recuerdos, paso de un observador que proyecte mis experiencias en FN, la mente mía no toleraría intromisiones ridículas en su tiempo mágico.

Entre mis excursiones no existe ningún tipo de competencia física, emocional, sentimental, cada una de ellas da sí lo que le corresponde y es única e irrepetible, sí se diferencian y complementan como etapas de una sola y grande expedición del capitán de FN. Las jornadas que se potencian en la memoria como conexiones interespecies, se sustentan en las que no hubo manifestaciones de ese tipo, crecen gracias a esas salidas ordinarias –por llamarlas así–. Aun en apariencia coadyuvan el pasado y el futuro, el presente es el trayecto que suscita la reunión de estados de conciencia temporales, es decir, uno se prepara para rememorar cómo fue el pasado vacío de animales puros de un futuro lleno de cuadros de fastuosos animales puros. Por ejemplo, cuando no hubo flamencos pintando de rosa la poza vacía que hallé en la zona de Playas de Pulpos, sin embargo los vi volando airoso formando una escuadra de cinco individuos en sentido contrario al mío y también escuché sus trompetas del adiós al caminante, esto cuando recién partía con la mañana fresca al ningún lugar de la jornada. Con este preámbulo, al cabo del trayecto de ida tuve el encuentro con la pequeña charca de silencio, y relacioné que los flamencos habían estado ahí, quizás pernoctaron bajo el cerco de manglares y abandonaron el sitio para que se recupere de su estación de cosecha. El descanso de la poza me anunció la abundancia de colores y trompetas del mañana, pues, cuatro o cinco individuos reunidos allí coparían su espacio tiempo a un costado de las rocas volcánicas que hacen la línea costanera gris que alberga caletas de pulpos aún invisibles para mí. La quietud verdosa de aguas estancadas incuba microorganismos que serán renovado banquete para los flamencos, cuando los llamen con sus emanaciones putrefactas a la mesa de mantel largo. Sí, no hubo pulpos, ni tortugas marinas ni

flamencos rosados, pero quién me asegura que mañana tampoco estarán ahí.

La primera salida nocturna no fue conato hilvanado al son del sueño del alba y su retozar surrealista. Superé con creces la prueba de la sala de baño, la intención de hacer la nocturnal no se desvaneció cual idea tráfuga, tal como sucedió la otra mañana con el llamado a ir a por el alarido noctámbulo del ave rara que monta su madriguera en la montaña mayor de Floreana Salvaje, que es algo que tengo metido en la cabeza desde que Clara me advirtió, “piérdete cualquier cosa, menos el despertar a la noche oceánica del Petrel pata-pegada”. Entonces se desvaneció rápido la idea de que era el momento de ir a por el pájaro de la noche por excelencia en la isla. Uno no se desanima cuando pospone algo que va a suceder sí o sí, mejor se gana ánimo porque el condomio del tiempo del Petrel pata-pegada madura para reventar por sí mismo y será el instante en el que pida urgente resolución de su espera convirtiéndose luego en acto ineluctable. Aquella mañana, tan pronto tomé la vibración molecular o profilaxis integral en seco del cuerpo-mente, no hubo nada más que hacer al respecto, no me guardé para la noche y me entregué a la exploración diurna de la isla olvidándome de capturar el lamento masivo, acústico y sinfónico del pescador del piélago galapagueño, me dije: aguanta un poco intrépido expedicionario, vendrá el momento del buzo de la noche oscura.

No amanecí soñando con el hallazgo del pájaro fabuloso de la noche pero sí creyendo que llegó la gana de ir sin más por el primer tanteo nocturnal de Floreana Salvaje, y vaya que he fascinado con la noche de gala a la que fui sin ser invitado. Y sí, valiéndome de las muletillas psicofisiológicas que despejan los sentidos más aún que en el sujeto del descubrimiento diurno puesto que ahí está moviéndose en su modalidad visual y acústica natural. En la ciudad se es noctámbulo sin avivar ápice la visión nocturna, el ciudadano trasnochador no es ni siquiera un aprendiz nictálope, es el ciudadano incorporado a luces artificiales que pueden ser cegadoras en su máxima contaminación lumínica. He vivido cierta aproximación a la noche oscura o prístina en mi lar citadi-

no de Villa Juárez, pero esto es más bien fruto de mi suerte, de la coyuntura favorable a la oscuridad bucólica, al residir detrás de una mancha de bosque primario andino de propiedad de una fundación ambientalista. Al providencial pedazo de bosque primario tupido e impenetrable, se suma la franja propia de selvita donde destacan sauces, eucaliptos decorativos, cherecos coposos y arupos asombrados de ramas extendiéndose al ventanal con manos abiertas ofreciendo en comunión arbórea su espectáculo anual, por julio y/o agosto, de mirlos cantando a racimos de flores blancas y rosadas. Gracias a esa conjunción he tenido mínima muestra de la noche oscura prescindiendo de luz eléctrica, si no alzando a ver a cúmulos estelares de ciencia ficción filosófica, al menos sí gozar de oscuridad a ras de los árboles y la yerba, donde medra el reposo de la tortuga Pepa, que cuenta con distintas cuevas para usarlas de acuerdo al vaivén de caprichosa meteorología que en una misma semana puede contener las cuatro estaciones de valle interandino ecuatorial: día de tibia primavera, día de chubascos y granizo invernal, día otoñal de hojas de sauces llorones y bolas de chereco perfumando el piso, día de verano calcinante con el sol de altitud acelerando el deshielo de los glaciares moribundos de los altos picos del Ecuador. La jornada más dura la materializan horas diurnas de fuego veraniego a discreción, que no es debido a la temperatura que alcanza máximos de treinta grados centígrados a mediodía, sino a la altitud andina y los rayos solares que caen perpendiculares. Ni de excursión en los páramos de este ombligo del mundo uno se salva de los rayos ultravioleta, hay que forrarse de pies a cabeza por los efectos atmosféricos adversos debido al fenómeno climatológico global que imprime el sello Antropoceno, la pureza del frío aire que despiden los colosos andinos no libra a la piel de quemarse tal como si estuviese expuesta al inhóspito sol de las profundidades del desierto del Sahara.

Si de paseo en el páramo andino uno no escapa al embate del cambio climático impuesto por el Antropoceno, no se diga estando en el vórtice del mismo, cuando era peatón transeúnte de la urbe capitalina, ahí el castigo extra es inclemente, estás expuesto al ruido y humo oxidantes de monstruoso parque automotor que ahoga a los habitantes y usuarios de metrópoli encañonada. De peatón a las doce del día, a descubierto bajo el cielo azul lavado, a

veintiocho grados centígrados, en una calle atestada de autos circulando en las arterias grasientas de la Medusa Multicolor, es transitar en un círculo infernal de nuestro tiempo terrestre.

A cambio, Pepa, la tortuga de patas amarillas –*Chelonoidis denticulata*–, se refugia en sus cuevas de tierra fresca teniendo por techo falso al cúmulo de yerbas rastreras y la sombra protectora de los árboles, sus huecos son de envidia en los veranillos de valle interandino pero cuando llueve y la humedad y el frío copan el verdor otoñal tendrá morriña por el bochorno del bosque lluvioso tropical amazónico de su temprana infancia, por más que los depredadores empezando por el Homo sapiens –de largo el más letal de todos– la acechen de día y de noche. Ella no ha perdido el instinto de camuflarse y construir túneles vegetales, y más allá de mi jardín, de eso me enteré cuando le pedí a mi vecina Antonia que de repente le eche un ojo a Pepa en mi ausencia. Pepa ha sabido montársela de película para conformar su dieta silvestre de las cosas de comer que le provee su lugar, Antonia me puso al tanto de que la tortuga hace mucho extendió su territorio a su propiedad, sus perros la detectaron por ella y al cabo se han acostumbrado a sus bajas revoluciones y no paran mientes en su misteriosa existencia. Antonia de hecho continuará cuidando de vez en cuando de Pepa, dejándole agua y golosinas como la papaya en su selvita que hasta tiene el nombre que no podría ser otro, “el rincón de Pepa”. La buena nueva de Pepa es que se ha mantenido indomable, no extraña al Homo sapiens, cómo hacerlo si en carne y hueso más que por instinto conoce que éste es el devorador y exterminador máximo de su especie, fue protagonista de macabro encierro y tormento en una pocilga inmundada, haciendo que desde su infancia se anule la capacidad de sobrevivir por sí misma en el hábitat natural de su especie, creciendo malamente en una letrita hasta que un magro engorde la deposite en la edad de ser sacrificada y servida como bocado exquisito. Cierta circunstancia providencial la libró del suplicio completo que hubiese sido la espera –de quién sabe cuántos años más añadidos a los que tuvo de mazmorra a pan y agua– hasta ascender a la mesa del Homo sapiens que, a la postre, hubiese sido escapar de una existencia miserable y atroz. Ahora no pertenece a la amazonía, tampoco a su último custodio humano,

su escape temporal yace en el pequeño mundo donde reina para ella y nadie más, autentica solitaria y sobreviviente. No fue manjar para el paladar humano, sí lo fue para la fábula interespecies que, basada en determinados hechos verídicos, se hizo famosa como el *Coloquio de la tortuga y la rata*. La tortuga amazónica de la de la fábula antes mencionada, platica con la rata de campo –una que heredó la capacidad de comunicación interespecies de sus mayores difuntos–, aprovechando lapsus de paz mañanero, en el que la rata se toma su tiempo para conversar entre el acecho mortal que sufre de aves de rapiña y gatos peregrinos del cerro Ilaló... Dejémoslo ahí, es otra historia.

Dije que antes de que el deseo, entre sueños y la vigilia, de acción nocturna se haga realidad, había que pasar por la sala de baño, donde se activa el buzo de profilaxis y de este hecho surge el flamante caminante del diurno, listo para engullir la mañana. No se cumplió la norma del buzo de profilaxis matinal, no se dio esa clase de potente masaje vibratorio y se echó en falta porque emergiendo de la sala de baño se notó la ausencia de ganas de salir a exponerse al sol radiante e implacable de la isla mía, me sentí relajado como un jaguar que se queda a la sombra de una cueva de pluviselva a no hacer nada hasta que el relente de la noche caiga para iniciar la cacería. Apenas dejando la sala de baño concebí la certeza de permanecer las horas solares en casa y así acumular ganas de entregarme a la intemperie de Floreana Salvaje luciendo sus galas sublunares. La incógnita se resolvió en la sala de aseo, no intervine con mi consciencia en vigilia para dirimir si la salida se consumaba en la mañana o la noche, desconocía que una nueva modalidad de baño iba a determinar el horario de la aventura, entendiéndolo que aventurarse en Floreana salvaje es inmanente a mi estancia en FN, independientemente del rigor del circuito o del grado diletante del paseo.

Ahora sé con meridiana claridad que entrar a la sala de baño es mucho más que cumplir con mis mínimas necesidades biológicas, me prepara cuando es propicio para la acción nocturna que es una opción radicalmente opuesta a la salida diurna mañanera. No podía ser de otro modo, es fácil decir entre sueños o en

vigilia cualquier rato de estos inicio la serie nocturna de Floreana Salvaje, pero si el buzo de profilaxis mañanero es sujeto de limpieza a fondo se diluirá todo deseo de permanecer en casa relajado y pasivo hasta el vamos del paseo sublunar, no puedo hablar todavía de una expedición a contemplar en el reclamo existencial del Petrel pata-pegada, sino de esencial primer contacto con las posibilidades de expedición noctámbula. Recalco que sucedió que la entrada matinal a la sala de baño vino a ser como el dar la vuelta por su perímetro antes del crepúsculo, cuando ocasionalmente hago eso con el afán de relajar en seco las tenciones del día, es una limpieza para gozar de la transición a la oscuridad, y que el mundo onírico me atrape en la noche natural de FN. El espacio nocturno de FN se me antoja un gran ocho donde el círculo mayor está conformado por la sala multiuso y el círculo menor se circunscribe a la sala de baño, en conjunto –haciendo el ocho– vendría a ser como recorrer una pista atlética de piedra entre liza y adherente formando pliegues, piso concebido para el deambular de pies descalzos. ¡Qué placer andar por los mosaicos grises, en la roca tibia de la noche oscura casa adentro!

Desde que estoy de huésped de FN las salidas a la intemperie salvaje no se realizan por fuerza de voluntad de llegar a un sitio previamente determinado, sino que éste se revela cuando asoma la cinta de final de trayecto de ida, generalmente ondea prendida de un árbol de scalesia lechosa, manzanillo tortuoso, palo-santo con figura de tridente, cactus gigante con pinta de gendarme, etcétera. Desconozco la tarea de preparar con antelación una excursión puesto que acá los senderos se abren al andar, no hay caminos a ver a futuro de la isla completa y al detalle. Me distrae conforme avanzo en las lejanías de la isla rechoncha guardar las referencias geográficas más relevantes, y trazar líneas imaginarias que ubiquen la plataforma donde se levanta FN. Las excursiones cumplidas ingresan o a la memoria mágica del sujeto que descubre, y surgen involuntariamente como recuerdos de instantes que muestran cuadros de los senderos que anduve de ida y vuelta, son independientes, vienen y se van cual relámpagos, más allá de su relevancia en el plano de las preferencias de los acontecimientos del propio caminante. A la vista está que se crean senderos para el

expedicionario de FN en los que nadie –persona u animal puro– volverá a pisar, la huella de mi acontecer en Floreana Salvaje es imperceptible. La maleza que aruña cual gata indómita, la selva impenetrable plagada de fieras devoradoras y accidentes geográficos de miedo son para la loca ficción de una expedición al estilo bestia humana de “Aguirre, la ira de Dios”. En Floreana salvaje, no estoy buscando El Dorado, digamos que esa idea se materializó apenas ingresando a FN. Jamás he tenido ni en sueños los alcances de los conquistadores de los máximos grados del sufrimiento *Homo sapiens*, me contento con ser un senderista que no gira bajo la modalidad de excursiones premeditadas, no fijo los kilómetros ni la dificultad del recorrido, y tengo como mayor cómplice y encubridor al cuerpo–mente que actúa en consecuencia.

La senda solar puede ser menos o más visible dependiendo del piso biológico, es un camino lavado cuando se trata de campos de roca volcánica, y un chaquiñán azas elocuente si atraviesa el bosque seco tipo palo–santo que cubre la mayor parte baja de la isla; y es aún más notorio si se abre una trocha en la zona alta de bosque nublado vaporoso, viene nítida. El trayecto completo es un circuito que no se repite, y es conformado por un sendero de ida y otro de vuelta, aunque la sensación de repetirse lo visite a uno de improviso, y es porque es como si se estuviese andando en un sendero trajinado, pero pronto se desvanece esa idea. No hay un solo camino para ir y regresar, más allá de que en ciertos momentos o tramos uno pueda jurar que está repitiendo el sendero de ida o que se está circulando por una regresión en marcha. Tal vez uno de los factores que dan la sensación de uniforme continuidad es que los ambientes son miméticos y se camina por la trocha que está hecha para uno. Si habría que moverse en fila india, si hubiese otros senderistas adelante, no me tendrían de compañero gregario. Soy el que se beneficia de sendas inconfundibles porque mis huellas no las volverá a pisar. Esto que digo es comprobable en el sitio, en un punto dado dejo señales claras de haber pasado por ahí, por ejemplo, a la ida de la visita que se me concedió a la terraza del cerro Allieri, torcí ramas en un recodo muy llamativo por cambiar radicalmente la perspectiva del suelo de un color gris a un vistoso trecho rojo ladrillo, al regreso hubo recodos pero ninguno que lo

anteceda un tramo rojo ladrillo, y ni asomo de ramas que indiquen manipulación de mi parte.

Afuera corría brisa tibia nocturnal, ausente el relente de la montaña el medio ambiente y la visibilidad sublunar de exteriores era similar a la que estoy acostumbrado dentro de FN. Sin tropiezos di la vuelta de rigor a la nave para encontrar el árbol de partida del sendero, buscaba la cinta pertinente azogando con el viento calmoso de la noche. El contorno de FN estaba bañado con pozos de tenue luz y sombras lunares como si fuese una ampliación del espacio hogareño que acababa de abandonar. La negritud mate del edificio confirmaba que uno estaba afuera del monolito impasible que sin resquicios para observar en su interior hacía honor a su nombre. FN era una nave astral parqueada en la noche que venía con una franja lunar en perspectiva, adentrándose en el océano rumbo a Isla Isabela. Claridad lunar de cara al piélagos, oscuridad de cara al cerro Pajas, parecía que la isla terminaba en la colina Cerdita Comunista.

Al principio ninguna cinta emergió para darme la señal de partida de un sendero, supuse que había dado la vuelta a la nave tan distraído que se me pasó de largo. Lo cierto es que volví a la plataforma frontal de la nave, me dije que acaso en eso había consistido mi primera salida nocturna, y no sentía ninguna pena si así concluía la apuesta, mejor aún aproveché para refocilarme con el ensueño lunar desde el mirador de FN, imaginé que en la dimensión de Isla Santa María que desconozco debía estar con vista a las luces del tendido eléctrico de Puerto Velasco Ibarra. Pero no, ni siquiera hubo un simulacro holográfico cortesía de FN, nada había del pueblito en modalidad reposo teniendo como vigía al faro despidiendo intermitente luz paternal en torno al recogimiento de los parroquianos. Entonces fue cuando el haz de luna se posó en mis pies para señalar el sendero, la cinta colgaba de la acacia de la primera siesta que cometí tras arribar a Floreana Salvaje, no había aparecido en mis narices porque era demasiado obvia su presencia apenas broté a exteriores a dar la vuelta al monolito.

El chaquiñán descendía con amable inclinación por el borde izquierdo del bosque seco que rodea la arista escalonada que

en su cima forma la plataforma de FN. Pronto era yo y mi dicha siguiendo el sendero lunático que se abría fragante a mis ojos. Apenas me fijaba en mantener el ritmo de pasos que se me antojaba como estar volando en el haz de luna al que seguían mis pies iluminados. Pasaba de entretenerme con las curiosas sombras del bosque seco, tampoco se me ocurría parar en función de otear en las lejanías y orientarme dentro de la isla con la memoria acumulativa de accidentes geográficos prominentes. No me detuve hasta que saliendo de los murmullos y sombras del bosque seco arribé al estrecho de rocas que petrificaron el sendero, entré a una calzada ascendente aunque de suave pendiente sin gradas ni obstáculos que incomoden el tránsito entre paredes informes que apenas se alzaban sobre mi cabeza reconcentrando el haz de luna en el suelo que no abrigaba una luz al fin del túnel sino al revés, un fondo oscuro impenetrable, similar al negro mate antirreflejo del monolito hogareño. Me dije que lo único claro de esa impredecible negritud era que ahí debía hallarse el fin de la excursión.

El cambio brusco de piso biológico hizo que ralentice el endemoniado ritmo del caminante a campo traviesa, bajé al mínimo las revoluciones y los sentidos en alerta especulaban con el inmediato futuro. Podía ser por la corriente tibia de aire marino que circulaba contra mis pasos que la calzada de rombos y otras figuras geométricas desemboque en una vertiente de grandes piedras negras fosforescentes, alisadas y de formas redondeadas por la erosión, imaginaba enormes piedras sueltas al borde de rodar en una pendiente que concluye en rugiente mar. Esto último más bien fue una transferencia de la excursión diurna que terminó en una bahía de piedras volcánicas refulgentes desembocando en un pedazo de océano primitivo teñido de rojo por las algas que alimentan a los mansos descendientes de godzilla. Acabé en la pequeña terraza oblonga que venía como una pieza entera de pisos de roca rugosa, mientras el balcón era de piedra pulida corrida que se levantaba aproximadamente ochenta centímetros del piso, con un espesor de treinta centímetros. La materia deslizante que conformaba el balcón me recordaba al tacto a las paredes externas de FN, y esa negritud mate fue eso que confundí con una muralla cortando el paso a la orilla oceánica, y que al cabo fue un mirador exclusivo de acuarela marina lunar.

Tenía ante mí el paisaje monocromático y el aullido de lobos marinos retozando en playita mansa de caleta rodeada de manglares que a los costados dejaban al desnudo sus raíces acuáticas fundidas con la losa volcánica. La marea baja hacía que se forme una concha de agua quieta que remitía destellos por los surcos ondulados dispuestos a lo ancho creando una perspectiva de oleaje congelado en el haz de luna perdiéndose con el piélago embebido por astros titilantes. Bromeé conmigo mismo en que le iba a comentar al holograma de Clara que este balcón hubiese sido ideal para que surjan visiones de monstruos marinos sacados del terror cósmico de Lovecraft, pero del fondo estrellado del piélago no emergió Cthulhu sino la visión exultante de Cerro Azul, que la estoy rumiando mientras concluyo esta entrada. La nitidez atmosférica en conjunción con el juego lumínico de los astros y el haz de luna, crearon el instante de Cerro Azul dibujándose en la noche oscura como si fuese el lomo de un leviatán en reposo, tan cerca tenía su augusta silueta que parecía que se hubiera separado de la cola de isla Isabela, a noventa kilómetros de distancia, para renacer a dos o tres kilómetros de la costa sur de Floreana Salvaje. ¿Qué más se le podía pedir a la excursión iniciática en la noche de la isla mía? Antes que se distorsione y desaparezca el fenómeno de perspectiva aérea que traje de visita a Cerro Azul al balcón petrificado, emprendí el camino de retorno a FN sin distraerme con la vista y agarrando un ritmo lento pero sostenido no paré hasta percatarme en medio del bosque seco que la bruma de la montaña incorporó a la zona de influencia de la Cerdita Comunista y se fue de largo hasta la línea costanera. Invisible garúa se unió a la niebla y por doquier lo paisajístico nocturnal se había escondido. Basta una mínima garúa nocturna, para que el paisaje árido y sus jardines liliputienses amanezcan radiantes, floridos y con los jilgueros trinando con renovada algarabía porque se les otorgó el deseo de amanecer entre flores raras.

5

ACÁ no estoy para jugar a Robinson Crusoe, con el debido respeto al personaje literario que no he vuelto a visitar o releer desde la pubertad porque perdió hace mucho su atractivo para mí, ¡vaya purgatorio que sería ser un auténtico Robinson Crusoe y compañía! En realidad ni en ficción, Robinson, no encarnó a un Solitario George, pues, de la isla “desierta” iban y venían individuos representantes de la flor y nata de la especie *Homo sapiens* de su época: traficantes de esclavos, piratas, criminales, antropófagos, etcétera. El libro está basado en la experiencia de varios naufragos de carne y hueso del siglo diecisiete y dieciocho, los que inspiraron a Daniel Defoe a escribir su obra literaria principal. Por fuerza de imprimirle ficción realista el escritor hizo que los que contribuyeron a la narración –quién quiera que sean éstos aportando sus años de aislamiento– funjan de coautores del naufrago más mentado de todos los tiempos humanos y que, por añadidura, su eco se ha convertido en fábula vigente, actual, por las réplicas de amplia gama que ha suscitado en artes como el cine y la literatura. Respeto al naufrago por antonomasia, respeto las facultades inéditas que desarrolló para sobrevivir y augurarse para sí un feliz rescate mucho más tarde que pronto –cerca de tres lustros después de su desgracia–, no cejó en la esperanza de superar al naufrago preparándose para que la civilización perdida lo encuentre saludable, en la floración de su edad, la que le había dado una isla ideal para no dejarse ver en huesos, con abundancia de agua y comida vegetal y zoológica, armado hasta los dientes... quizás le faltó llegar desdentado y con una chapa de acero para no sufrir dolor de muelas a la hora de roer huesos de cabra, pero como

prever aquello si su residencia en la isla fue involuntaria y por una eternidad de veintiocho años.

De hecho no fue así con el iracundo alemán del cerro Asilo de la Paz, el doctor Ritter, que arribó –hace nada, a finales del primer tercio del siglo XX– en calidad de venerable colono europeo a Isla Santa María. El doctor Ritter y su señora, con consciente premeditación y a cabalidad, se despojaron de sus respectivas dentaduras antes de viajar a Galápagos, trayendo consigo una sola chapa desangelada e informe hecha de plata, que les fue útil al momento de masticar cosas de comer duras como zanahorias crudas o de vez en cuando echando mano a sus gallinas (la leyenda dice que criaban gallinas eventualmente carnívoras, alimentadas con carne vacuna que el doctor recibía en pago por servicios prestados a otros colonos), pues, ellos eran de preferencia vegetarianos, sirviéndose de los productos cocinados de su huerta familiar. La paradoja es que el doctor Ritter vino a Isla Santa María en pos del paraíso perdido, eso sí teniendo a mano la posibilidad de devolverse a la aborrecida civilización de la que escapó voluntariamente, esto en caso de que la isla encantada que escogió para redimirse de su infierno interior no resulte tal, al cabo no pudo escapar del infierno a la medida del ser desquiciado que era por sí mismo. El infierno interior del doctor desdentado no se desvaneció por el hecho de refugiarse en el manantial del cerro Asilo de la Paz, no había isla paradisiaca que lo redima de sus propios demonios, no cargaba consigo el don de renacer. Su estancia en Isla Santa María fue ínfima comparando con el exagerado aliento del Robinson Crusoe de fábula en la isla que lo dejó limpio de alma, cuerpo y espíritu para que corra a ensuciarse a fondo en el meollo del Antropoceno. Ritter consumó su fatal destino para que la actualidad de catálogo turístico goce de un referente más en la leyenda de misteriosas muertes violentas o desapariciones que hubo en la hoy pacífica y preciosa Isla Santa María, de 150 habitantes; leyendas que hacen las delicias de los visitantes de crucero que tienen el privilegio de rodearla mientras se preguntan si el doctor se envenenó con las gallinas apestadas o mejor aún si lo envenenaron con las gallinas envenenadas para ese propósito, ¡misterio! Y así tenía que ser el final maldito para un hombre acosado por sus demonios a donde fuere; y así tenía que

ser el final bendito de Robinson Crusoe quien, forzado a ser un salvaje exitoso, jamás dejó de pensar que en eso consistía su infierno entendiendo que el cielo era devolverse a la civilización de su época. El Robinson que forjó la leyenda se fue al cielo como premio a su estancia infernal en una isla paradisíaca para el que se precie de conquistador del ser inútil, no así para un Crusoe.

Otra paradoja es que la leyenda original de Robinson Crusoe ha sido desnaturalizada. Su aventura, muy elaborada y sufrida para no dejarse morir donde no tenía que morir, hasta sirve de pésimo ejemplo como si fuese portadora de un virus peligroso, que no es el solipsismo regenerador. Si un ciudadano busca su isla de oxígeno para que la rebelión de las masas no lo ahogue en su gregarismo a muerte, las masas sabrán tildar con desprecio su actitud, le dirán ¡eres un Robinson Crusoe!, ¿acaso miento, señor don José O & G? Qué lejos que estoy del planeta de Robinson Crusoe; soy el conductor de FN, vivo en la abundancia física y mental, ni en pesadillas asoma la figura del “rescate” de la dimensión cósmica de Floreana Salvaje, tal como residido acá no soy por parte de la dimensión del antropófago administrador del Antropoceno. No obstante, si se trataría de levantar una ficción de cómo sería mi arribo a Isla Santa María en calidad de diletante posmoderno, unido a un crucero de placer cual turista paloselfie, me divertiría con ello. A la verdad, sí tengo en perspectiva contarme a mí mismo cómo hubiese sido mi arribo regular a Puerto Velasco Ibarra, ¿por qué no?, sería un homenaje al personaje que abandoné en el aeropuerto de Isla Baltra, ¿cómo podría ser de otra de manera?

Hay momentos para pararse a escrutar en los accidentes geográficos del paisaje abierto, producto de cierta tensión y mayor cuidado en el sendero que se resuelve sorteando campos rocosos de pre-orilla marina, y con mayor motivo se ahonda en el cuidado inmediato de los pasos al estar trepado en el borde del vértigo delicioso de los acantilados. Cuando ando dentro de la espesura del bosque vaporoso me conecto con las dríades que guardan su espíritu y si abrazo a una scalesia es hacerlo con la hamadriadre que la habita. Sea abriéndose paso por la senda de valle tomado por la floresta o por las vertientes montañosas si se está entre pare-

des vegetales que impiden vistas panorámica, uno se mueve más acompañado que nunca con el aroma individual de este u otro árbol y el canto general del bosque.

Se me viene a la mente en esta entrada el zigzag ascendiendo por la montaña mágica que no tiene nombre al momento de hundirse en la niebla y su música fragante, salvo que el nombre –o mejor dicho que la identificación mental y física de esa fábrica de sentimientos que es cualquier montaña que se precie de prístina– aparezca de improviso si se despeja y por inercia ofrezca un balcón que tenga la visibilidad idónea y que señale puntos geográficos reconocibles por el sujeto de la experiencia. Cuando tengo a la vista referencias en el plano geográfico que son promitentes sean cerros, lomas, colinas, islas e islotes –o accidentes relevantes sean bahías, puntas, colapsos–, se facilita el inventar en el mapa del sujeto que descubre, y el enfoque de precisión imaginario me dice “tú estuviste allí”. Dije que el trayecto de ida resultó un zigzag amable y divertido, al cabo me estacioné en tramo nivelado que asumí era una cima o pre–cumbre transversal con mínima inclinación ascendente. La repisa de roca me dejaba sitio para sentarme con las piernas estiradas y disfrutar del espaldar acolchado por musgos que hicieron que saboree a discreción de los aromas del fosforescente verdor con matices de fuego del campo de helechos perlados, esto matizado con brotes de barbas de monte festonando la vegetación leñosa.

Puedo tumbarme prácticamente donde me plazca gracias a la extra piel repelente de insectos que me envuelve, especulo en que ésta se adhiere a la epidermis propia –literalmente de pies a cabeza– con una calidad de impermeabilidad imperceptible, no solo le resbalan los bichos picadores sino la radiación ultravioleta, y es por eso que uno puede demorarse donde le toque hacerlo. Los insectos no hubiesen permitido que me quede mucho en el final de trecho de la selva de helechos alojando telarañas de las tejedoras de Galápagos. La “ropa vieja” –incluido el calzado– que proporciona el dispensador de trapos de FN, es una forma que se limita a halagar el gusto que tengo por vestirme como el intrépido expedicionario de cada jornada, es una tradición que no cambio por el moverme desnudo en la intemperie, que si así quisiera no habría

impedimento puesto que la extra piel que me cubre es, categóricamente hablando, para doblar espinas. Apenas he borrado de mi nueva ropa vieja, el sombrero o cualquier sucedáneo para cubrir la cabeza –que en condiciones comunes al género humano caminante en los trópicos hubiese sido imposible obviar–. Fascino con los modelos que visto y calzo, es otro ritual más de mis encuentros con las formas de Floreana Salvaje.

Ratifico que mi desnudes es propia al interior de FN. La vestimenta y calzado desechable que uso hacia afuera no se convierte en basura sino que se desintegra molecularmente al despojarme de ella antes de traspasar el portal de FN, tal como supe hacerlo al ingresar a ella por primera ocasión, entonces quise despojarme de las cosas que traía de la civilización Homo sapiens, simbólicamente quemaba las naves del retorno una vez que aterricé en la isla mía por obra del *Saltarín Púrpura*. Más allá de beneficiarme con una ropa vieja de estreno pero que se siente de uno como si hubiese sido parte de mis fatigas pasadas, no sé cuán resistente sea a la maleza del sotobosque que amenaza con filos dardos a los lados del sendero de seguridad que no abandono. Sin embargo, no he podido evitar eventuales zarpazos de uñas de gato vegetales o algo parecido, y al igual que a la doble piel que habito no le ha hecho mella a la ropa vieja. En todo caso, no he venido a invadir a Floreana Salvaje.

El tiempo–espacio horadó un agujero entre la bruma, recorriendo lo necesario la burbuja del campo de helechos y barbas del diablo, ofreciendo una ventana hacia el horizonte costanero que me hizo deducir que había estado dando la vuelta al cerro de Asilo de la Paz, y tuve ante sí panorama diáfano del segmento, clavado al sureste de la isla, toda una vista familiar que incluía cuatro pisos biológicos (dos boscosos y dos rocosos) antes de desembocar en la estela azul marina adentrándose en el piélagos. El fondo oceánico venía tomado por nubes blancas reverberando sin visos de chubascos, apenas antes de que la barrera móvil gaseosa cubra de nuevo el horizonte pude tirar una línea recta hacia el este y regalarme la figura de medialuna de islote Caldwell y, con mayor nitidez que el pasado, se sumaron el islote mayor Gardner y el islote menor Watson, escrutando al sureste. Conforme asoman en

mis jornadas estas tres últimas formaciones de islotes volcánicos, se incorporan a ser diáfanos referentes de mi situación geográfica sobre la marcha. Por arte de la ventana que se abrió en las estribaciones cimeras del cerro Asilo de la Paz, con suprema alegría pude reconocer desde arriba la zona de bosque seco por la que anduve sesgado entre cañadas y vertientes de colinas descendiendo al mar, en contraste con la montaña y bosque nublado.

No era novedad en mi cotidianidad de Villa Juárez, levantarme con música alada y luz mañanera encendiendo las formas de la contemplación diurna. Al pie del volcán Ilaló estoy rodeado de jardines y selvitas predeterminadas por una urbanización que yo mismo diseñé con el ostentoso membrete de “Casas ecológicas: minimalismo, parques y jardines”, teniendo como blanco de mercado a pudientes ciudadanos con conciencia ambientalista –al menos en el lugar que residen– no tuve problema en vender correctamente mi idea de bioconstrucción. A la verdad, levanté Villa Juárez para costear mi propio retiro espiritual en un islote ciudadano de bienestar; sí, una ilusión de mundo natural se hizo con bioconstrucciones en medio de la arremetida a muerte de la era del desperdicio, el irreversible Antropoceno. Villa Juárez es un pálido reflejo del singular minimalismo de FN, acá el tiempo es renacimiento, allá tenía un escondite. La vida es la materialización del instante que tengo ante mí, voy libre de desperdicio por donde va el cuerpo–mente en exteriores; digamos que el prescindir de la civilización para el progreso de la entropía máxima, es un derecho adquirido en Floreana Salvaje. Villa Juárez, fue el refugio del ser espiritual que supo aislarse del furor desarrollista del urbanícola; no obstante, en cuanto salía de su montaña de paz se presentaba como engranaje de la matrix.

La mente–cuerpo pide acción inmediata, no hace planes para el mañana, solo tiene que adentrarse en los caminos de Floreana Salvaje con el sol levantado o si cae en suerte a cualquier momento después de los incendios del ocaso. Incorporé a la continuidad de lo posible a las salidas nocturnas como una realidad innegable, no es el misterio postergado por eso de añadir a mi ser extra voluntad para hacer la mentada expedición en busca del alarido múltiple del Petrel pata–pegada, en principio creí únicamente

esa expedición merecía el sacrificio de probar suerte en las profundidades de las tinieblas de Floreana Salvaje, esto por la costumbre del animal diurno ciudadano de evitar ir al fondo de la noche oscura allende las luces enceguecedoras que opacan ralos luceros a la vista en el perímetro metropolitano, aquellos que han logrado mostrarse a pesar de la capa hedionda que concentra gases letales en la atmosfera de La Medusa Multicolor. A la verdad que la ciudad Medusa Multicolor tiene una carencia crónica de luceros, si hay fortuna habrá una pisca del “cielito lleno de estrellas” en los festejos de su aniversario, el resto es para relleno de la canción conmemorativa de fundación hispánica que suena desquiciada en las fiestas decembrinas. Con espontaneidad vino, y vendrá, la alternativa noctámbula a las caminatas diurnas, estoy avanzando hacia la medianoche como punto de partida a un viaje que recale en los albores del amanecer.

He dicho que no dejaba Villa Juárez salvo para irme de vacaciones a lugares exóticos y, semanas después que Clara dejó Futurismo S.A., cuando para gran sorpresa mía y de Novillo, ella se retiró con el negocio de la bioconstrucción al archipiélago de Galápagos o mejor dicho se escapó a reinar en su mansión de Isla Santa María, me empezó a rondar la idea de venir en calidad de vacationista. Yo la había secundado tanto en su decisión de abandonar Futurismo S.A., como en residir en Isla Santa María, sin saber que tiempo después mi persona se abriría de la sociedad con el tercer socio, Novillo, que muy a gusto pagó bien por quedarse con el floreciente negocio de la bioconstrucción. Desde entonces, por inercia en los recovecos de la conciencia, se incubó lentamente el viaje a las Galápagos. ¿Cómo podría ser de otra manera?, me hice invitar algunas veces, como si fuese una ascensión invernal a la cara norte del Obispo. “No necesitas llevar nada ni prepararte para otra cosa que no sea vivir a tope”, me decía Clara divertida por mi aparente indecisión que aun yo veía así –que no era tal sino fermentación a la imagen de una bebida llamada a ser elixir–, haciéndome lío con la fecha de retorno al continente y la cotidianidad capitalina del Anarquista de Villa Juárez. Acertaste Clara, no estoy aquí en calidad de ciudadano en uso de sus vacaciones sino de vividor a tope, esto a la luz de los acontecimientos del residente de FN; sin embargo hay un hecho insólito y es que no arribé a tu

mansión. No sé cuándo, sí sé que me animaré a contar cómo sería llegar al lugar de ella en Isla Santa María, donde perciba el toque de Clara.

En la comodidad de mi retiro en Villa Juárez atendía eventualmente y por libre, encargos de casas ecológicas de Futurismo S.A., esto ha pedido explícito del dueño y amigo, Novillo. Había dejado atrás las ambiciones de Futurismo S.A., y, por excepción, aceptaba con agrado darle una mano a Novillo, que no pasaba del diseño electrónico, era la firma que ciertos nostálgicos millonarios querían del galardonado arquitecto que fui a nivel mundial, para sus hogares ambientalistas y proclamar que tienen una bioconstrucción de marca exclusiva. Novillo, más serio que risueño, exclamaba: "Hombre, piden tu firma tal cual como si solicitaran la de Gaudí". El equipo de Futurismo S.A., materializaba la mansión en situ y Novillo, se comunicaba conmigo cuando requería de asesoramiento o consejos para hacer cambios sobre la marcha en la bioconstrucción acorde al diseño arquitectónico mío, y ayudaba sin que me trasladase a la obra, ni por elemental curiosidad la visitaba una vez concluida y solazarme con sus instalaciones en la entrega recepción al feliz propietario, me bastaba el vídeo de alta calidad que me remitían para la colección de moradas con mi firma que reposa en la biblioteca arquitectónica de Villa Juárez.

Por otro lado, en Villa Juárez, me acostumbré a la comodidad de encargar las cosas necesarias para existir (víveres, vituallas, etcétera) vía tienda electrónica con servicio a puerta. Mi existencia social se redujo a dos actividades que de repente cobraban vida, y eran muy apreciadas cuando surgían, la primera era acudir sí o sí a las tertulias de Café Vía Tarot; la segunda, ir a la ciudad vieja, casco colonial o milla histórica de la Medusa Multicolor a charlar largo y tendido con Bustamante, el loquero imprescindible de Plaza de la Independencia, el pretexto era invitarlo a degustar del menú clásico del miércoles a mediodía de Café Madrilón. Sometí a inanición virtual al ser de la sociabilidad constante en el ciberespacio, no prosperó el que podía aportar con su mínimo ruido a la descomunal cadena de ruidos de las redes sociales. Mejor dispuesto estuve para espiar que ser espiado, así no me ataba a los ende-

moniados adictos del runrún apocalíptico. Supe poner en forma al ser pensante que con semejante bulla pendiendo en sus orejas no se había contaminado en la basura de la incomunicación de masas que produce ansiedad crónica hasta que revienta el globo receptor de novedades, y el usuario queda a merced de la angustia, pero no la aprovecha, huye de ella como si fuese una condena a muerte –cuando más muerto no puede estar– y no se acoge a la oportunidad de un renacimiento. Oh, angustia, tu eres la gestora de auténtica soledad, eres la fuerza para partir de la nada atómica hacia el renacer del ser de la experiencia. El ser del vividor, el cuerpo–mente, se fue descargando del lastre de la soledad sintética del ruido para ir en pos de la soledad natural e inmanente a la contemplación.

Residir a la sombra volcánica del cerro Ilaló con su mancha de bosque andino primario y, por añadidura, rodeado por los parques y jardines de Villa Juárez, es no ver en pleno la cordillera, así no halan los cuadros frescos de las lejanías de picos en hora de máxima canícula y cielo citadino celeste licuado, no se halla uno en el trance de armar viaje urgente a los páramos y su belleza gótica de fondo. No he estado de dueño del balcón hogareño que esquivando la fealdad citadina, me haga suspirar con los *me-gusta* provenientes de las masas amorfas de *megusteros*, gracias a las fotos colgadas en el runrún del pasar irrecobrable. No he colgado instantáneas de un magnífico crepúsculo de picos andinos en lontananza de la metrópoli Medusa Multicolor, que me haga suspirar en el ciberespacio: “oh, cuánta gloria nos brindan Los Pichinchas, y nunca nos empachan como las caras de estropajos WC de los asambleístas muertos de hambre”. Subir fotos gloriosas de una cotidianidad desquiciada, es hacerte de la vista gorda de que en las faldas de los regios animales andinos que conforman Los Pichinchas corren los tentáculos venenosos de La Medusa Multicolor, la metrópoli capitalina que se torna colosal sumándose al conurbano que integra a pueblitos con una pisca de románticos o al menos de pintorescos, pero en su mayor parte han crecido para convertirse en espantos arquitectónicos, en urbes ajenas a toda personalidad andina. A fin de cuentas está invisibilidad del paisaje serrano en pleno desde mi morada en la caldera occidental del volcán extinto Ilaló, me ha librado de colaborar con fotos para el megusterismo sentimentaloido.

He tenido la suerte de no residir trepado en un balcón que en su gran angular ofrezca la cúpula volcánica en ebullición de por ejemplo, un Cotopaxi o Doctor Araña, no habría podido evitar derrames de sentimentalismo, ganas de escaparme a lo ignoto aunque no de inmediato, pues, el paso siguiente de ir a por la visión dionisiaca de los altos Andes del Ecuador, no se consumaría materialmente, me anclaría en la poltrona productora de nostalgia porque de por medio tendría el odioso traslado motorizado. La sola imagen de estar hundido en las rutas panamericanas plagadas de autos aniquilan el impulso de ir a caminar a campo traviesa, hace trisas los paisajes a cosechar del acercamiento romántico al animal andino que me hizo un guiño de conténtate con mirarme al infinito pero no vengas a tocarme en vano, así se trate de inocuo paseo por mis estribaciones menores. Me había hecho resistente a colgar instantáneas de cables eléctricos con pinturitas de la serranía detrás, soy el que no sufre por su inacción montañera, ni siquiera cuando he sido sujeto de conducir el carro que me hacía destilar vagancia feliz de no explorar en la altitud del andinista porque estaba ocupado moviéndome de un punto urbano a otro por cuestiones de trabajo. Mientras estuve de chofer pasé de un paisaje a otro sin permanecer ni entregarme a gratuita observación de los cuadros de la soledad volcánica interandina que se suceden como en las propagandas del mundo fantástico que invitan a ser un buen consumidor de tal o cual producto, y uno debe refocilarse imaginando que hace cumbre en la naturaleza gracias a su alto nivel adquisitivo. Me había quitado la gana de ir a la montaña mi pereza de ser chofer, esta aversión que tengo a manejar entre embudos de tráfico pesado ha sido un detente para en algún momento dar con el páramo ideal fuera de mis sueños.

Antes de ayer, por decirlo así, tuve en mis manos a la fruta roja que cayó del cactus del balcón de fin de sendero, abrirla y olerla fue dar un portazo más al inabarcable nihilismo tecnolátrico consumista que cerca a mi casillero de paz sonora y fragante en Villa Juárez. Allá no podía sumergirme en el inmediato porvenir del descubridor de senderos que hace pequeños–grandes hallazgos en una isla que brotó del fuego volcánico submarino hace no mucho si contamos en el tiempo geológico de Gaia. El sendero la-

teral, de alivio o como dicen los estoicos andinistas en solitario “de engorde infantil”, se dirigió al este y al sur con subidas y bajadas de juego para el niño cantarino que revivió en el adulto entre las estribaciones menores de la isla que en sí es una variedad de microclimas y pisos biológicos a la mano. Calculé que desde la peña donde concluyó la excursión de ida estaba a un puñado de kilómetros de la orilla de la costa este y tirando una línea oblicua al océano me ubiqué entre el islote mayor Gardner y el islote menor Watson que, junto con la medialuna de islote Caldwell al noreste, dejaban ver sus siluetas volcánicas en una mañana que alternó cielo semitransparente con chubascos en el piélago que ocasionalmente tocaron tierra.

6

DESAYUNÉ tortillas de yuca combinadas con sorbos de café que trajó el aroma de arrugada geografía lojana, surgieron imágenes de humildes caseríos de tierra rojiza y sedienta, diminutas huertas encañonadas en el curso de vertiente caprichosa que desaparece por trechos dando lugar a verdoros circundados por bosque seco del sur-sur tropical ecuatoriano, el que colinda con el desierto del norte del Perú. El café y las tortillas de yuca, no vinieron únicamente con sus olores propios, trajeron como efecto secundario perfumes de faiques y ceibos, de guayacanes y arupos que tiñeron de rosa, blanco y amarillo el paisaje aromático. FN se engalanó con los intempestivos florecimientos del sur-sur lojano, que empataron con la visión panorámica del bosque seco de la isla mía descendiendo a las plataformas rocosas de orilla del suroeste.

El jarro de cerámica tiene mis iniciales en la pinturita central que envuelve y se difumina por todo el recipiente, y no se trata de una copia de un cuadro silvestre tomado al azar –a manera de adorno prosaico– sino que es una pequeña obra de arte en sí misma. La pinturita del jarro, es una delicia para los ojos del cuerpo– como es al gusto y olfato el café de Chaguarpamba. El cuadro impresionista que lleva mi firma en el jarro me es enteramente familiar porque soy el autor, no hay duda que me corresponde como sujeto de la experiencia serlo, aunque no encarno al pintor del mismo. La pinturita se basa en una imagen de las tantas que yacen latentes o recogidas en mi memoria visual de la intemperie salvaje, y que el pintor de cuadros memorables de FN recuperó

arbitrariamente en el jarro de café. Aquí se refleja un instante recordado de los tantos que se guardan en la memoria mágica, aunque no fue escogido conscientemente por mi parte para cumplir ese fin artístico. La pinturita cunde, tiene efecto retroactivo en el contemplador, me reconozco como el espectador del cuadro que la inspiró y el que capturó el instante, el resto corresponde al trabajo en sí del pintor impresionista de miniaturas en recipientes de cerámica que provee FN. El cuadro impresionista se renueva junto con el envase cada vez que injiero el medio litro de café infaltable de la jornada. En principio pensé que era un reflejo de las fotos que me quedaron en la retina de la colección titulada “Imágenes de cerca y de lejos de Isla Santa María”, de Claudio Cordero Crispin, y que FN tomó prestado para adornar el ritual cafetero.

No voy a entrar en detalles de la pinturita última que produjo esta sensación de familiaridad, he venido descubriendo que mi propia producción visual de recuerdos conscientes y oníricos puede estar estampada en el jarro pasado el acontecimiento, el remesón, el éxtasis del extraño que soy en las intimidades de Floreana Salvaje. La imagen recobrada de mis recuerdos en el jarro es una variable del conjunto creciente de cuadros en crudo que se cosecha del instante, y solo requiere de un cuadro de la secuencia, por ejemplo, de mi tránsito por las calzadas de iguanas y lobos marinos que permite la bajamar. Un festín de recuerdos en apenas un cuadro capturado de las planchas grises húmedas y festonadas con musgos pardos salpicados de espuma marina y el colorido de cangrejos zayapas.

El senderito de una me bajó de FN a la acogedora laguna o piscina de aguas transparentes de La Lobería. El medio ambiente despejado y la marea baja colaboraron para que al filo del mar esté subido en el rellano arriba de rústica pirámide –montada con bloques grises y porosos de lava–, de amable inclinación en sus escalones y de porte justo para que la vista panorámica de Bahía Playa Negra sea magnífica. Caí en la zona donde podía imaginar estaba levantado y respirando saludable el pueblito de Puerto Velasco Ibarra, esto refiriéndome a la realidad de la dimensión de los parroquianos de Isla Santa María. Allí estaba para solazándome en

la recreación mental de eso que no pudo materializarse debido al portento, al salto vital que di trepado en la máquina animal, el *Saltarín Púrpura*, que me recogió en la pista del aeropuerto de Isla Baltra. A Puerto Velasco Ibarra debía arribar vía marítima desde Isla Santa Cruz, no siendo así me es dada su apariencia por el conocimiento teórico que tengo de cuando me preparaba para arribar a él a través de su historia, mapas virtuales y localización satelital en el ciberespacio. De alguna manera se me han fijado imágenes de su emplazamiento puntual en la otra isla, Santa María, y las referencias geográficas de sus contornos como La Lobería.

CCC estuvo parado en un promontorio de rocas parecido al que encontré, y por ende obtuvo una visión gran angular similar a la mía pero con Puerto Velasco Ibarra a la vista y latente, de hecho el hizo fotografías de su silencio a la distancia como parte del paisaje de Isla Santa María. La fotografía galapagueña de CCC, excluye a propósito la huella del fenómeno civilizatorio Homo sapiens, aunque él es el ojo del humano fotógrafo y el espíritu que está detrás de la muestra de poesía visual. En sus capturas cunde la naturaleza casi prístina, o en apariencia prístina porque no enfoca la basura humana sintética no-biodegradable que se da modos para llegar a los rincones más apartados del planeta. No es que CCC se engaña y engaña a los que admiran su fotografía casi prístina, apenas un maldito envase de plástico introducido en la imagen y echaría abajo la ilusión de estar libre del basurero Antropoceno, para imágenes basura basta y sobra con largueza la telebasura que obviamente es una pisca de la cruda realidad mundana.

Destacaba el porte majestuoso del macho alfa del harem, su piel reluciente cubierta de terciopelo combinando el negro preponderante de su máscara, dorso y lomos de luchador, con el color mostaza de las aletas y el color crema del pecho y ombligo. La familia de lobos marinos retozaba en la playita dorada de una isla liliputiense herbosa y con pinceladas del cactus gigante Opuntia en flor, en su lado interior daba a la gran piscina de La Lobería y en el exterior estaba expuesta a los embates del mar abierto de la orilla rocosa. La escena lobuna venía separada apenas por veinte pasos del mirador, surcos serpenteantes de arena metálica bruñida

y con olas de juguete acariciaban el escenario paradisiaco. Tenía ante mí una visión completa de la zona en la que debía de estar la aldea de los parroquianos de Isla Santa María, echada a la orilla rocosa noroeste y siendo Bahía Playa Negra, su accidente geográfico principal. Las imágenes del gran angular partían de la laguna de La Lobería hacia las caletas de plataformas de roca de grises resplandecientes, intercalando franjas de manglares guerreros apostando a detener o mejor ganar terreno al océano y playitas liliputienses bañadas por aguas mansas con manchas de intenso azul y turquesa, de ahí venía la suave gradiente de bosque seco plúmbeo ascendiendo a los verdes empinados del Pajas, pasando por la colina Cerdita Comunista que por reflejo me incitaba a buscar una mínima seña de FN, más por constatar de que su mimetismo con el medio ambiente es total, y de que no me iba a acostumbrar a su presencia como un edificio referencial en la zona por mi más conocida de la isla, porque así la gracia de entrar en sus intimidades de repente es completa. FN no se da a uno sino es cuando su formidable y serena forma sorprende al caminante con sus murallas en sus narices.

Dejé el mirador de La Lobería para tomar la calzada de iguanas que me condujo a la arena oscura y gruesa de Playa Negra. Pisando en la acogedora bahía de agua mansa, regresé a ver a La Lobería, esto porque los aullidos que escuché tan cerca provenían del eco nítido que trajo el viento desde la isla liliputiense donde yacía retozando la familia lobuna. Caminé por la playa de arena negra al filo del mar, que mostraba un claro desnivel con respecto a la parte plana de los manglares que la circundaban. Chapoteaba en el agua de quietas olas con la sensación de estar con los pies desnudos, el calzado biológico multiuso es la piel extra dura que aguanta toda fricción con el suelo irregular de turno y así como protege los pies del impacto con la brutal intemperie permite los pequeños placeres sensuales del contacto con la naturaleza rugiente. Playa Negra es una concha acústica merced a la barrera infranqueable de manglares. Fue atravesar un micro mundo pintado por garzas cenizas y, sobre todo, por la primera gran tortuga marina que se cruzó en mi camino. El magnífico quelonio apenas se fijó en mi presencia, se contentó con posar sus grandes ojos lacrimosos fugazmente en los míos, mientras yo me detuve a seguir con admira-

ción su fatigoso retorno al mar, era un tanque biológico de enorme cabeza reptiliana y caparazón verdoso que se arrastraba pesado y taciturno a su hábitat oceánico. La torpe lentitud de la tortuga gigante sobre la arena negra, una vez tomada por la resaca se convirtió en liviana habitante del mar, en náyade danzarina. Conforme se adentró en la bahía me condujo a ser espectador de un montón de cabezas de quelonios sobresaliendo en línea a unas cuantas brazadas adentro, se me asemejaron a periscopios de mini-submarinos, y me pregunté si así no habrían estado a la vista en la laguna de La Lobería y en otras tantas caletas de la costa rocosa, pero mis ojos no reconocían lo que jamás habían contemplado antes, y no recordaba que alguna foto de CCC haya retratado un escenario así porque llanamente no están las cabezas de tortuga para ser retratadas en manada, saldrían dispersas e irreconocibles en la instantánea del gran angular de una cámara de fotos.

El recorrido en Playa Negra conformó una secuencia de instantes preciosos, si alguna huella dejé ahí pronto el agua, la arena y los vientos la borrarán. Continué la marcha retomando la calzada de las iguanas que surgió de nuevo en la orilla rocosa con la brújula interna señalando el norte, y consciente de que la barrera de manglares que empezó con Playa Negra negaban todo viso de que el pueblito de Puerto Velasco Ibarra esté acechándome desde su dimensión. Paulatinamente se fue quedando atrás la idea de querer ver algo que no me era dado ver de Isla Santa María; es decir, eso que traía conmigo de la dimensión que extravié es la memoria de imágenes prestadas del ciberespacio y los álbumes de CCC, no le hallaba gusto al especular con “aquí probablemente se levanta el pequeño muelle de pasajeros y el faro, y tras de esta barrera vegetal la cúpula del campanario de la modesta iglesia católica y la calle larga que se une a la única carretera que sube a la zona alta montañosa y agrícola...”.

Qué delicia fue andar por la calzada de iguanas, siguiendo el filo marino flanqueado del verdor enfiestado de la barrera de manglares. Desemboqué en la zona que identifiqué al paso como la antesala de las caletas gris-azuladas, aquellas que acogen cúmulos de piedras menudas sueltas más que arena, por ello el nombre

de Playas de Pulpos. No ingresé a Playas de Pulpos por el filo costanero centro-oeste ascendiendo hacia el norte de la isla, soy disciplinado y respetuoso al momento de seguir los senderos, la marca de culminación de ida indicaba que hasta allí llegué, no dudé y me acogí voluntariamente a la suerte que me deparó la jornada, no hay prisa por descubrir aquello que se descubrirá sí o sí cualquier otra mañana, ¿para qué forzar lo que no hay que forzar? En pasada jornada tomé sendero sesgado que atravesó el bosque seco y alcancé de una la cocha de Playas de Pulpos vacía de los flamencos rosados que vendrán a mí, no sé cuándo será pero igual sucederá. Entonces bajé directo desde FN, sin miradores y paisajes y fauna intermedia que provoque pararse a ver y reconocer como sucedió en el trayecto de La Lobería a la antesala de Playas de Pulpos. Tras la travesía de Playa Negra a la calzada de iguanas y el cerco laberíntico de mangles anulando de cuajo la idea de un Puerto Velasco Ibarra a la mano, caí a las puertas del micro mundo del campo de figuras de roca color caoba y miel que se asemejaban en miniatura a las ruinas de una megalópolis medieval gótica, fasciné con sus edificios devastados que se adentraban en el mar.

La cinta de fin de sendero de ida azogaba en un cactus de brazos abiertos brotando por entre la grieta que se abría entre dos rocas, la una de formas góticas y la otra con una terraza volada sostenida por paredes laterales que hacía una visera regalando sombra para el reposo y rehidratación del caminante. Saliendo de la siesta, renovado por la rehidratación y ventilado por la brisa me incorporé a la visión del cactus candelabro que cual gendarme del orden me señalaba la ruta del retorno a FN. La cinta flameaba alegre en el cuello espinudo del cactus, y me animó el hecho de no regresar por la orilla del mar, la modalidad senderista de circuito en Floreana Salvaje no lo permitiría. Hacer mentalmente o al ojo el seguimiento de los senderos recorridos produce figuras que no redundan en planos geométricos sino en formas impresionistas en el mapa del sujeto de la experiencia. Otra cosa sería tirar líneas rectas entre los vértices del recorrido, entonces daría con una gama geométrica, por ejemplo, de FN a la pirámide de La Lobería, y de ese punto al cactus de las ruinas de lava que son la antesala de Playas de Pulpos, y de ahí la línea perpendicular a FN, tendría

como resultado un triángulo isósceles. Para contento mío no que-
mo el caletre inventando un mundo geométrico, no hago una abs-
tracción de los recorridos irregulares que cometo de mañana o de
noche.

Al extraño paisaje gótico medieval devastado que congeló
la lava y los cauces de rocas provocados por las erupciones vol-
cánicas submarinas –los escultores de Floreana Salvaje–, se sumó
una suerte de tierra arada y lista para formar los surcos de los sem-
brados, grácil espejismo que se diluyó apenas empecé a ascender
por el bosque seco y su música alada rumbo a la tardecita del sol
de venados.

Si el desayuno es banquete funámbulo con vista a la costa
brava, no es menos regia la merienda, pasar del almuerzo es una
costumbre feliz, es no interrumpir la mañana y que se extienda
a la manera de H. D. Thoreau, o sea que la mañana conquiste
la jornada diurna. Merendé menestra de garbanzos acompañada
de arroz, patacones, ensalada de lechuga... y pastel de manzana
de postre. Sí, lujos a la mano, ricuras al momento conseguidas a
través del dispensador molecular de alimentos que brinda lo indis-
pensable sin provocar empacho ni daños colaterales a la envoltura
de carbono. Qué cerca estoy de la jornada solar desayunando y del
nocturno lunar merendando; qué lejos estoy de la comida chatarra
que genera porquería interior y exterior. Las cosas de comer no
aguardan en una nevera o despensa de puertas abiertas para ser
materia prima de platillos salidos de la cocina fría o caliente, hay
que sujetarse a lo que la casa ofrece y lo hago con franca disposi-
ción porque he depositado total confianza en el gobierno gastronó-
mico de FN. No tengo de por medio un programa de menús para
escoger lo que a uno le apetezca, he desterrado el deseo de repetir
las raciones dadas y picar entre comidas, me libré de los platillos
favoritos porque a la sazón todo lo que ingiere el cuerpo–mente se
suma a los comestibles de festejo o mantel largo.

Me ha sido instintivo atenerme a las dos sorpresas gastro-
nómicas de FN, mejor dicho y no me cansaré de recalcarlo, me
entrego al menú nutritivo con el placer de rustico gourmet sin pre-

tensiones de ser parte de una cofradía de conspicuos degustadores de restaurantes famosos por sus bondades culinarias. Acá se es un gourmet innato sin cambiarse de sitio, en un ambiente minimalista propicio para el buen yantar rindo homenaje al sujeto peripatético a la hora de comer sano. No he sufrido el cambio de horarios de comidas de mi lar en Villa Juárez, donde sí era programador de menús gastronómicos, cocinero y degustador a la vez de las tres comidas diarias, eliminé una en aras de someterme al régimen de FN, sin atenuantes o picadas intermedias.

No he sentido la ausencia del almuerzo y no hay merito en ello porque he superado sin el menor esfuerzo esa comida, debido a mis circunstancias de expedicionario de la mañana dilatada a la intemperie. La aparición de la salida nocturnal tampoco alteró la nueva dieta a pesar de estar deambulando la mañana y la tarde en interiores, y de sestear algo más de lo normal, y de intentar pasar de borradores de versos a agruparlos en conjuntos de tres a mí aire –tipo haikus de Basho pero sin someterme a ninguna métrica o regla nipona–, cosa que en teoría por la tensión de la espera y el deseo íntimo de acumular ganas de salir a hacer la nocturnal, debería provocar un apetito voraz a la manera del oficinista y/o burócrata que el tiempo que transcurre en su jornada laboral le produce una sensación de vacío que lleva a sentir hambre desafiada entre horas de comidas como si hubiese dedicado la mañana entera a ejercitarse, y, a la verdad, eso que le viene obligatorio es recuperarse del cansancio de no haber vivido, agotado de cuerpo y mente con un jornada menos de encierro en su casillero matrix.

En FN, me he quitado de la punzada de estar perdiendo el tiempo del esclavo moderno, acá el tiempo es ganancia por donde se transite con el cuerpo de pies, sentado o echado, sea reposando o en movimiento. Creo que si hubiese una comida fuerte al mediodía me inflaría y apoltronaría sin remedio, pues, ni bien imagino estar frente a un copioso almuerzo me viene una figura desagradable de llenura, y la ahuyento como si fuese el zumbido de avispas en los oídos. En cierto modo preparé el terreno para el régimen alimentario de FN, desde que me trasladé a residir en Villa Juárez, allá me despegué de las comiditas de gourmet pernicioso en los

restaurantes del desperdicio infamante teniendo a individuos compañeros de mesa que hacían gala de ser gastronómicamente cultos dejando platos semillenos de guarniciones de granos y verduras. Cómo echar de menos al carnívoro que se ufanaba de su excelente apetito devorando de la sentada un bife de a kilo. Me he olvidado del suplicio que es para el compulsivo epulón someterse a dieta.

Desayunar y merendar más temprano o más tarde, depende de la caminata en el exterior, la expedición diurna es la corriente del ser solar que soy pero que anhela por contraste y contrapeso hacer la nocturnal. Un artefacto que eché de menos apenas incorporándome a FN, debido a que es inherente a la supervivencia del ser humano, es el dispensador de agua o mejor de un líquido hidratante multisabor que supere con creces a los productos de mercado más futuristas. De hecho el líquido hidratante que provee FN son los que se perciben concretamente como tales en el café infaltable del desayuno y en las distintas sopas de la merienda, y los que pasan desapercibidos en los alimentos más o menos jugosos del programa de menús de FN. Únicamente así me explico que de corrido estoy bien hidratado tanto puertas adentro –donde no sé qué es pasar sed– y lo más notorio en la intemperie de Floreana Salvaje, donde se hace patente la sed y la necesidad de satisfacer la urgencia psicobiológica de ingerir líquidos. Para el rigor de la intemperie de la isla mía porto el “canguro de agua” interior e invisible, que asumo es la reserva abastecida por dos fuentes: la de los alimentos que ingiero en FN y la del aire exterior. He ahí mis proveedores de líquido hidratante que se activan cuando el cuerpo–mente tiene sed, y bebe del líquido multisabor exquisito y refrescante, siendo un placer que fluye por el gaznate. No se trata de un dispositivo creado por FN cada vez en función de mis expediciones, sino del líquido vital que produce mi cuerpo–mente para el regocijo del sujeto que descubre en territorio extraño e inhóspito para la especie que no posee las cualidades de supervivencia de una iguana y menos aún de la tortuga galápagos.

Le llamo “canguro de agua” a este fenómeno porque siento que parte de la cintura al momento de calmar la sed, es como si un hilo de precioso líquido hidratante frutal ascendiera por la

espalda refrescando el espinazo antes de fluir a los labios que se abren festivos para recibir el elixir de la vida, y por añadidura ese alivio que brinda al sediento viene en simbiosis con una ráfaga de brisa marina o con la corriente de aire atemperado de tierras altas. La sed tarda en arribar al cuerpo–mente, no es antojadiza o al capricho de uno, no se da un riego constante –gota a gota– de la garganta, viene cuando se ha culminado el sendero de ida y su fuerza es moderada o se acrecienta dependiendo de la canícula de bosque seco, brisa de orilla rocosa, viento de montaña, y el etcétera de posibilidades de una marcha diurna. La hidratación de marcha solar esquina el deseo de comer para devolvérselo al caminante con creces cuando llega a casa, donde florece la gana de destapar el agasajo gastronómico, que viene a ser como los colores apareciendo con las flores de guayacanes o arupos que de repente fueron benditos por la lluvia. En la salida nocturnal todavía no he llegado a tener sed, es como si fuese irrigado gota a gota por el seno maternal de la noche oscura; sí he notado que el desayuno es más apetecido y por ende sabroso, destila poesía visual del sol naciente.

DESPRIENDIÉNDOME del lecho antes de caer rendido en el mundo onírico tuve tiempo para fantasear dando un par de vueltas por los ambientes de FN, acá se dan los pasos suficientes para que se produzca el efecto sedante. Peripatético evoqué el fascinante aterrizaje que tuve en Floreana Salvaje, y de ahí el hallazgo de FN antes que me atrape cualquier conato de desesperación. FN, surgió tras la siesta bajo la sombra de la acacia y la tardecita de sol de venados tomándose la plataforma de roca gris desde donde cada amanecer contemplo el presente encima de mí, el pasado tras de mí y el futuro frente a mí. El encuentro a tiempo con FN, fue el acontecimiento definitorio que siguió al instante crucial del *Saltarín Púrpura* arrojándome a la isla sin nada más que la ropa puesta y pasando de explicación alguna. Entonces, apenas sufrí el primer ocaso en FN, me decía que si emulando a la leyenda de Hotel California, esta nave astral homeostática dejaría que uno disfrute de sus delicias materiales y metafísicas a condición de no salir de su burbuja jamás. La realidad es que las expediciones que hago a la intemperie son contactos crudos con la isla prístina y no refinados hologramas de FN. La gran diferencia con la historia cantada de Hotel California es que no tengo la menor gana de escapar de la dimensión de FN. No soy un condenado, no cumplo condena alguna como el sujeto del rendimiento consumista que no puede escapar del lugar que eligió a voluntad para encerrarse huyendo del purgatorio que es su existencia en sí, pero adentro y afuera de sí sigue cayendo igual en otros purgatorios. Cada vez que visito a Floreana Salvaje soy el diablo sobre las colinas pave-

sianas, el diablo de la isla mía tropical–equinoccial–prístina que no alberga ni turistas ni parroquianos *Homo sapiens*.

En todo caso, volviendo a la posibilidad ficcional que no se ha constituido en deseo expectante ni idea esperanzadora, si hubiese un retorno a la dimensión que extravié intempestiva e involuntariamente, tendría que darse devolviéndome como si nada hubiese pasado con el *Saltarín Púrpura*, al principio de la bifurcación de destinos, es decir, al aeropuerto de Isla Baltra y no al continente sudamericano y no a la mansión de Villa Juárez al pie del volcán Ilaló. De Isla Baltra recién empezaría el viaje dentro del archipiélago galapagueño a través de medios públicos regulares y moviéndome entre sitios comunes como el Canal de Itabaca y Puerto Ayora y Puerto Velasco Ibarra. Siendo así me entregaría al descubrimiento de Isla Santa María sin protesta ni enfado y, por el contrario, muy agradecido con Clara por haberme arrojado a trascender en esa otra isla, la isla habitada por los humanos que desde FN se me antojan una multitud siendo tan solo ciento cincuenta personas, y esto sumando desde que Gaia la parió a la isla hace cuatro millones de años con su fuego de la creación.

“El infierno volcánico dio a luz a Floreana Salvaje para que a su vez alumbre a FN”, se me ocurre que esta frase habría que colgarla en el blog Medio–Venenosos de Claudio Cordero Crispin.

Bajo la directa influencia de *Crónicas de Islas Encantadas*, en la madrugada surgió el esbozo de una figura femenina suscitada por la frase del cronista CCC que martilleó en mi cabeza, “la regia mulata de ojos verdes de Devil’s Crown”, tal como la menta en sus crónicas a la joven residente de Puerto Velasco Ibarra que trabó amistad con él, del nombre en sí de ella no tenemos ni idea. La fugaz fantasía femenina se quedó sin fuerza y sustento visual porque no llegó a ser un holograma que capture mi atención total en vigilia. Carecía de imágenes a las cuales prenderme para generar cuadros que hagan una secuencia de “la regia mulata de ojos verdes de Devil’s Crown”. CCC no hizo una excepción a su regla número uno de “yo paso de retratar a los de mi especie, ¿acaso trillones de fotos de *Homo sapiens* con la dentadura por delante

no son suficientes?”, por ende en su álbum de Isla Santa María se echan en falta las fotografías que animen su amistad con “la regia mulata de ojos verdes de Devil’s Crown”. Tampoco dejó descripción detallada del fenotipo ni genotipo de la belleza local, en sí únicamente tengo a la mano para hacer un retrato de ella es la frase que legó el cronista y que de hecho yo la he reivindicado como si fuese mía. Aunque igual daría en mí un minucioso retrato literario de ella, poco efecto visual sacaría de un fajo de palabras, tendría que inventarla por mi cuenta para que tenga sustancia.

Digo yo que sí me sirve este esbozo mañanero para incorporarlo en la ficción que haré –no me quepa duda que vendrá, no sé cuándo– de mi entrada triunfal al pueblito de Puerto Velasco Ibarra, y que ella encarne la sociabilización con los parroquianos de Isla Santa María. Eso sucede cuando a uno le toca ir a por la mujer de sus sueños en la dimensión que dejé atrás, y se da por la fuerza del instinto que mueve al macho humano, y aquí literalmente escucho la primera estrofa de la poesía hecha canción, “Aristóteles lo dijo”. No nos engañamos, la magnífica mulata de ojos verdes, habría sido el pretexto de buscar aquello que está latente en la epidermis del macho Homo sapiens, así él se desgañite explicando que no ha venido para tales menesteres a la parroquia de Santa María.

No me es dado hablar de que tal fecha empezó este u otro fenómeno porque surge cual cosa efímera y de repente se incorpora a las posibilidades a la mano permanentes de FN. Así vino el holograma de Clara, como un aperitivo cortesía de la casa, y después se trocó en el algo más que un fuego fatuo extingible, pues, la mente–cuerpo del sujeto de la experiencia de FN tomó conciencia de su capacidad de convocatoria de compañía femenina. Hubo transición de eso que podía haberse quedado como una alucinación de ella al holograma Clara, y del holograma al ente que he denominado Clara de FN. La finita materialización de Clara de FN arriba con fuerza cuando es propicio reivindicar la sensación concreta del ser femenino y se diluye cual polvo de hadas el instante que su poder de atracción animal cesa sin que se produzcan heridas ni traumas psicobiológicos de por medio en los

actores. Pasado el gusto la necesidad del ser femenino retorna a la esfera platónica, no me sorprende al fin Clara de FN es un invento mío y así como se crea en la instancia concreta se recoge en el estadio platónico. Materializar a Clara de corrido sería un craso error tipo planeta Solaris, ¿qué me haría con la Clara de FN pegada cual molusco gasterópodo a mi existencia, controlándome, vigilándome, exigiéndome... etcétera? No he renacido acá para tener una sombra de mi sombra, si soy el diablo sobre las colinas de Floreana Salvaje, a donde fuere porto conmigo a la esencia femenina de Gaia que es en sí la isla entera. No capturo al ser femenino como ente transmisor de dolores extremos de amores y/o desamores. Ahora, si fuese el androide K de la película Blade Runner 2049, no soltaría a la sin par Clara de FN, por el afán de concretar al ultrahombre en su vientre.

A partir de esta noche me será propicio especular con el fenómeno de ingresar a Puerto Velasco Ibarra, me agrada la idea de hacer una pequeña ficción de eso de entrar a Isla Santa María con la etiqueta de turista que desembarca vía la dimensión normal al Homo sapiens. Ojalá la figura entera de la preciosa mulata de ojos verdes –a la que sabré ponerle un nombre a la altura de su donosura–, venga cualquier mañana estampada en el jarro de café, en todo caso será ella la que me recoja en el muelle de pasajeros de Puerto Velasco Ibarra y me deposite en la mansión de Clara conduciendo su Rocinante, el todoterreno vino tinto Niva Lada, y me envolverá en su misterio para que yo la invite a pasar con el pretexto de que me oriente en mi situación de huésped en su isla. Y ella respondiendo en lengua mágica, señalando con énfasis el puerto tendido en la lejanía que no es mía: “allá abajo, en el Devil’s Crown, nos vemos cuando requiera de mis servicios de guía naturalista. Usted que conoce medio mundo no tiene por dónde perderse, subiendo o bajando al pueblo tendrá que pasar el helipuerto y el cementerio de la vía principal a las quintas agrícolas. Igual, subiendo o bajando por la vía principal al muelle de pasajeros se topará con Devil’s Crown, bar y restaurante...”. Siguiendo este hilo vendría a permanecer dos meses en la mansión de Clara que no será la FN de este instante, será una edificación postmoderna que por añadidura cargue la etiqueta de futurista, y para moverme

en la vía carrozable de la isla tendría a mi disposición al Rocinante vino tinto esperándome en el Devil's Crown y, por supuesto, la divina mulata de ojos verdes conduciría haciendo gala de buen humor y conocimiento de los rincones famosos y, sobre todo, de los no mentados de la isla. También iríamos en lancha a puntos tan recónditos como sensuales que vengan con una etiqueta así: El mirador desconocido de la Baronesa.

A la verdad me agradaría desarrollar la personalidad de la beldad aún sin nombre, ¿cómo podría ser de otra manera, diga...? Así sería la transferencia a la normalidad de la isla que aparece con sus recursos turísticos en los buscadores y mapas satelitales del ciberespacio. Pero en este caso, si no hubiese la sin par mulata de los ojos verdes, ¿cómo completaría mi estadía en Galápagos sin un sueño de mujer? En calidad de un visitante cualquiera en Isla Santa María, tener a la mano un sueño de mujer vendría a ser el complemento platónico indispensable antes de volar al continente y pasar a la cotidianidad del ciudadano residente en la hoya de Quito. Poniéndolo así sería experimentar con el tiempo astronómico terrenal encajonado en un lapso determinado de dos meses y contrastar con mi estadía en la FN actual, que es haber sido huésped de la eternidad de Floreana Salvaje. Entrando a Isla Santa María por idéntica puerta a la que utilizó CCC, me igualaría por inercia al sujeto de la experiencia de Crónicas de Islas Encantadas y, a semejanza de CCC podría contar a mi manera, más o menos alucinada, el paso por "la estación de tránsito galáctica de Isla Santa María", como llamaría a la edificación futurista de Clara, en plan de broma, ante la concurrencia de Devil's Crown. Esto último haciendo –para mi capote– alusión a la novela *Estación de Tránsito*, de Clifford D. Simak.

Me he reído de cuadros pintorescos que he inventado bajo directa influencia de mi lectura de Crónicas de Islas Encantadas, donde CCC sí sostuvo ocasionales charlas con los parroquianos de Santa María, aunque nunca los retrató para no salirse de su estilo de fotografía prístina que excluye imágenes del "apocalíptico administrador del Antropoceno", tal como él suele tildar al Homo sapiens. CCC, tuvo conversaciones ralas con personajes jocosos

que asomaron en Devil's Crown, y que al cabo sirvieron para que las recree con mucho gracejo y por añadidura por partida doble en las distintas e idénticas versiones del libro impreso y el libro electrónico. De que esta particularidad de libros distintos e idénticos se haga realidad se encargó el genial programador electrónico Franz que, haciendo honor a su nombre kafkiano, diseñó sin despeinarse la obra señera de CCC, tomó el original de Crónicas de Islas Encantadas y cambiando de lugar las palabras, línea a línea y párrafo a párrafo, creó una copia del todo que al mismo tiempo es idéntica y distinta al original, dos formas diferentes e iguales a la vez (para la persona que no ha contrastado párrafos de las dos ediciones de Crónicas de Islas Encantadas, esto que digo es un trabalenguas medio venenoso y así permanecerá porque no voy a dar más explicaciones al respecto, favor remitirse a la obra en sí).

Aunque fuese ficción sería un honor que los locales de Puerto Velasco Ibarra me vean como huésped de la estación de tránsito galáctica de Santa María. Entonces, podría contarles de FN y la isla mía sin tapujos, como si sacara todo de una novela de ciencia ficción filosófica de S. Lem, por ejemplo. En la galaxia de la creación literaria no hay límite para imaginar y contar sin pasar por sospechoso, pues, un fanático del fenómeno alienígena generaría sospecha en Isla Santa María, ¿qué hace este hombre aquí?

Jamás voy a escribir unas crónicas como las de CCC, para mí sería un trabajo atroz, es una obra que no está al alcance de mis posibilidades literarias imitarla y por consiguiente no ambiciono desarrollar el Eros monumental que es la opera prima de CCC, así Franz me tiene con hacer la versión idéntica y a la vez distinta del original. Sí que es bonito suponer cómo este cuaderno se volverá inmedible a través del tiempo.

Entretanto disfruto especulando en qué haría en la isla que no desembarqué. Sí, tomaría café, almorzaría o merendaría en los contados –con una mano– establecimientos de comidas y bebidas de Puerto Velasco Ibarra, donde CCC se explayó narrando su experiencia gastronómica en cada uno de ellos. Probablemente me uniría a sus alabanzas de las cosas de comer tratándose de un

privilegio en Isla Santa María, pero juntar remeros de palabras para describir aquello me estaría negado. Otra cosa sería rumiar la aventura galapagueña del señor Claudio Cordero Crispin, estando yo para contrastar aquello leído desde la posición de un turista común y silvestre, alojándose en los establecimientos hosteleros de oferta de la parroquia Santa María. CCC, no fue invitado a “la estación de tránsito galáctica de Santa María”, no podía serlo, para entonces no existía la Clara de Puerto Velasco Ibarra.

“Nada de lo que yo haga o usted deje de hacer le va a quitar a la ingeniera Clara el membrete de misteriosa y, sobre todo, de estar bajo el influjo alienígena, pues, yo soy el primero en sentirme aquí así: un extraterrestre”, le diría al parroquiano que ha leído ciencia ficción filosófica y que topa el asunto con gracejo e ingenio. “En ese caso seríamos dos extraterrestres en Isla Santa María”, corroboraría el parroquiano. O mejor, esto me estoy diciendo a mí mismo a manera de ensayo del sujeto de las formas sociales, si tocaría por el camino saludar al prójimo haría como si ambos fuésemos extraterrestres y con la dentadura por delante, ¿qué otra actitud podría tener el que viene de hacer su caminata por los jardines volcánicos del edén isleño, tropical, equinoccial, sabiendo que es el operador de FN?

EN la consola de mando de FN pulsé el ícono “Floreana Salvaje entera para tí”, y brotó el holograma aéreo tridimensional de la isla de tantos kilómetros cuadrados, ¡qué preciosa y manualita saltó a la vista! De sur a norte, desde sus máximos extremos, habrá unos 18 kilómetros; de oeste a este habrá unos 16 kilómetros. No los he contado milimétricamente ni los contaré. Mi meta no es acumular kilómetros ni competir entre una y otra caminata a lo largo y ancho de la isla. No estoy aquí en calidad de explorador o científico, sí de expedicionario de FN, y de hecho soy romántico viajero de la nave astral que habito. Desde que arribé a FN, sin ser senderista competitivo presentí que podía lanzarme progresivamente a visitar los puntos más distantes y recónditos de Floreana Salvaje. Abriendo los ojos no sé porqué imaginé que iba a asomar un plano desabrido con la oferta senderista comercial de la isla, cual catálogo de maravillas, con líneas de distintos colores señalando las opciones y los costos, algo como decir mientras más veas en exclusividad de los paisajes, de su fauna y flora más caro será tu paquete turístico. A la verdad, ver aquello que no has visto es impagable, pero no es otra cosa que tener nuevos ojos para cada mañana.

Es inexistente el relieve de Isla Santa María porque no existe en su dimensión sino en la de Floreana Salvaje, de cualquier modo sí me es factible hacer un plano mental de la isla que es parte del Parque Nacional Galápagos, esto basado en la información que obtuve del ciberespacio en Villa Juárez. Allá, acomodado en

mi mansión ecológica, guardé datos de Isla Santa María en mi memoria técnica, como eso de que es mínima la accesibilidad por libre a la inmensa mayoría de la isla, exageraría si digo que un diez por ciento de la reserva biológica que constituye en sí está disponible para la curiosidad del turista o visitante regular; los millonarios tendrán un mayor horizonte de observación desde sus yates privados, mas la probabilidad de internarse a caminar donde les plazca es azas reducida por la práctica ausencia de senderos para realizar excursiones auto-guiadas, fuera de los ralos recorridos que únicamente es posible llevarlos a cabo bajo la tutela de guías autorizados por el Parque Nacional Galápagos. ¿Cómo atravesar la espesura del bosque seco y la tupida selva nublada, llenas de trampas o grietas camufladas en la maleza? ¿Cómo seguir el filo costanero rocoso plagado de dificultades sobre el terreno y con el añadido extremo de sobrevivir sin agua potable y comida? Por eso la penitenciaría de Isla Isabela dejó a la posteridad el testimonio trascendental del Muro de las Lágrimas, de cuando el paraíso galapagueño era infierno humano.

Sentí placer situándome en el mapa mental –supongo distorsionado o hecho a la medida de mis circunstancias– que tengo de Isla Santa María, estaba siguiendo el sendero al noroeste que me condujo a Barrancos del Chivo (se me antojó ver una caleta rocosa en forma de la quijada de chivo con sendos acantilados a sus costados, pero este rugiente final de camino no fue el condumio de la expedición), y una vez más atravesé la zona por donde debería pasar la vía asfaltada a la parte alta que concluye en cerro Asilo de la Paz. De inicio anduve por un sendero sesgado que venía como una canaleta que en caso de lluvias consistentes podría convertirse en desagüe corriente, este pintoresco tramo haciendo honor a su forma desembocó en ancho sendero de bosque seco envuelto en bandadas de pinzones que hacían diferente la presencia esporádica pero constante del Cucuve de Floreana, ave que según la lectura de un catálogo de especies endémicas de Isla Santa María, había dejado de existir en la misma no así los individuos del islote contiguo Champion, causa principal de esta extinción se la atribuían a especies invasivas depredadoras, verbigracia los lindos gatitos -que en el hogar ciudadano pueden ser adorables- y en menor grado a los

pájaros garrapateros. De los gatos no hallé rastro alguno en tierra y tampoco por aire de “esas aves negras de picos medio venenosos que me son repugnantes”, como diría CCC en sus crónicas.

El primer tramo caminé por las colinas con sendos paisajes a la línea costanera de la barrera de mangles verdes que va desde La Lobería, pasando por Bahía Playa Negra y concluyendo en el preámbulo de Playas de Pulpos con sus rocas de miel que de lejos no daban la imagen de una ciudad gótica medieval derruida sino el un campo arado listo para recibir las semillas de los futuros sembrados. El detente verde de los manglares contrastaba con los azules y turquesas del mar que se asemejaba a una masa de agua quieta pero en ebullición, y ambos elementos paisajísticos lo hacían a su vez con los pardos ardientes del bosque seco. No había la menor seña de tránsito marino dejando una estela espumosa a su paso, tampoco de yates de lujo anclados en lontananza. Ni de abajo ni de arriba, ni de cerca o de lejos, bajo ninguna perspectiva se percibía la presencia humana, nada de la basura proveniente del Antropoceno se reflejaba a donde fuere, y hace rato que dejé de hacer cálculos de un encuentro fortuito con sus rústicas instalaciones. Tal cual me ha sucedido desde que resido en la dimensión FN, la intención de ir al encuentro de mis congéneres en su dimensión del progreso para el desperdicio y la destrucción planetaria es nula. Es un alivio que no haya lugar a que un sendero se despeje para la ocasión de volver al sujeto sujetado del siglo XXI.

Me he liberado de falsas expectativas puesto que tengo reales expectativas frente a mí. Es simple, vivo estos instantes sin amortiguadores, y cómo no hacerlo cuando te topas a la mismísima *Chelonoidis nigra*; sí, la tortuga gigante endémica de Floreana Salvaje que según los anales de la extinción planetaria se esfumó hace ciento cincuenta años. Me enteré por esa obsesión que he tenido por llenarme de datos del lugar exótico que voy a visitar, ese tanteo que hacía en el ciberespacio en pos de la información relevante del recurso turístico que el sujeto de la experiencia pisará. Supe que por arte de la genética se descubrió la manera de recuperar la especie perdida de *Chelonoidis nigra* a través de híbridos que nacieron en Isla Isabela, no se conoce a ciencia cierta de cómo los

padres de estos híbridos fueron a parar al norte de Isabela provenientes de Isla Santa María. En sí es una realidad aquello que de los híbridos cargando el gen de *Chelonoidis nigra* eclosionaron los 32 individuos que desde el centro de crianza de tortugas gigantes “Fausto Llerena” de Puerto Ayora, Isla Santa Cruz, fueron exportados al corral de desarrollo bajo la égida del Parque Nacional Galápagos de Isla Santa María. Estos individuos de ambos sexos y de siete años de edad, portan el propósito esperanzador de que cuando cumplan la edad de procrear –25 años–, den paso al surgimiento de las tortugas gigantes endémicas que repoblarán la isla con su magnífico porte y belleza.

Hasta aquí la cosa es normal y hasta plausible en la dimensión que extravíe, el Homo sapiens recupera una especie para devolvérsela a Isla Santa María, que en el papel todavía es remota y en cierto modo prístina aunque de la sombra del exterminio planetario no se libra. Isla Santa María acoge a una especie reanimada por la humanidad a cambio de los millones de especímenes que ha desaparecido equiparándose al meteorito que acabó con los dinosaurios dando paso al amanecer de los mamíferos. Una de las visitas que iba a repetir a placer en Isla Santa María, era ir al corral de los futuros reproductores de la especie perdida de tortugas gigantes en cerro Asilo se la Paz, esto en calidad de turista cualquiera. Las vería tan lindas y vivaces en sus corrales que alabaría el futuro que les aguardaba en la isla a sus vástagos, cuando los suelten a hacer una vida de supervivencia salvaje, y recobrando por ellos mismos a su especie. Esto sería corriente dentro de lo accesible a un visitante común, pero el hecho alucinante vendría a ser que esa revista al tortugario de cerro Asilo de la Paz la haría después de haber tenido un contacto cercano con manadas de *Chelonoidis nigra*, descendientes directos de los individuos que estaban en Floreana Salvaje desde hace un millón de años.

El meollo del acontecimiento, es indescriptible la emoción que me embarga por haberme topado por primer vez con muchos individuos del *Chelonoidis elephantopus*, en el segundo tramo del sendero de ida a Barrancos del Chivo, que resultó ser una vía migratoria de las tortugas gigantes desde las tierras bajas costane-

ras donde desovan a las tierras altas que acuden a alimentarse en temporadas de abundancia alimentaria arriba y escasas de forraje abajo, y de cajón a abrevarse con el agua dulce que brota de las entrañas de cerro Asilo de la Paz. La migración de adultos y juveniles era ascendente, y yo era el único espécimen de bípedo implume y por añadidura a contracorriente, a momentos imaginaba a una que otra tortuga meneando su cuello en señal de conmiseración no exenta de sorna diciéndome con sus ojazos marrón cargados de melancólica electricidad, “vas en contravía, animalito de Gea”. No exagero si digo que al cabo del sendero de ida me topé con decenas de quelonios de distinto tamaño y sexo, ¿qué sé yo, digamos que más de ochenta...?

Me dije que se podría tratar de un fenómeno excepcional tan pronto encuentre a más de un quelonio, empecé a contarlos y al cruzarme con diez de ellos no daba abasto a la sorpresa, hasta que el número diecisiete me sacudió hasta los cimientos por su voluminosa presencia que me curó de la estúpida propuesta de enumerarlos sobre la marcha y regresar a FN con un número redondo de tortugas gigantes recogido a la ida de la jornada en cuestión. Digo que únicamente a la ida de la excursión porque en el sendero de regreso no hallé a ninguna tortuga gigante, el caminito estrecho tipo canal de aguas lluvias se dio durante todo el trayecto, estaba hecho para que únicamente transite un bípedo implume a la vez, era obvio que no había manera de que ahí quepan los enormes quelonios que vi en promedio de mayor a menor. Si fuese por el sendero de retorno a FN, nunca hubiese contactado con la especie *Chelonoidis nigra*, pues no contenía la menor huella de su migración a tierras altas.

El quelonio número diecisiete se ganó el título memorable de “Burrazo”, inaugurando una serie de machos tipo Burrazo que encontré de ahí para adelante, este apelativo va por su porte y estampa fenomenal fuera de lote aún cuando el promedio del resto era como he dicho de un tamaño considerable, de respeto, y partiendo de los grupos juveniles que se cruzaron después conmigo. No me he topado, literalmente de pies y manos, antes de Floreana Salvaje con tortugas terrestres de Galápagos en su hábi-

ta, y por ello me ha sorprendido su gigantismo que equiparo a la mega fauna del holoceno exterminada por la especie que sabemos. Constatar que estos quelonios son mansos vegetarianos ha hecho que me alegré sobremanera el no tener que caminar aterrorizado evitando a futuro un encuentro cabeza con cabeza con ellos; al cabo, pertenecemos al mismo árbol de régimen alimentario aunque ubicados en distintas ramificaciones, por decirlo así. Digo esto último debido a que mi dieta es refinada para satisfacer el gusto gourmet del habitante de FN, el menú de integración molecular es como si hubiese sido procesado en la cocina vegana caliente y fría del Ritz, incluidos los postres.

Si hubiese en Floreana Salvaje algo equivalente al dragón de Komodo siglo XXI, me abstendría de salir de FN a menos que me proteja un escudo defensivo corporal, una suerte de detente biológico que mantenga a distancia a semejante bestia contemporánea de baba venenosa mortal chorreando por sus pestilentes fauces, con filos dientes como puñales prestos a clavarse en mi piel para que si no me devora en el acto hacerlo cuando me pudra en la huida y a kilómetros detecte con su lengua de serpiente que la cena está servida en el exquisito cadáver que sería más pronto que tarde. Tal aprensión está lejos de prosperar porque acá la evolución dejó afuera a cualquier depredador carnívoro que provoque miedo atávico como el lagarto de Komodo. De hecho cargo conmigo el escudo defensivo anti depredadores de terror cósmico como los insectos, me refiero a la doble piel imperceptible que me provee FN, piel que mantiene a raya a los diminutos dragones, vampiros y demás alimañas feroces que no pueden succionar ningún alimento de mí y tampoco inocularme el virus del sentimentalismo que me reventaría sin remedio.

Gracias a la holgura del corredor migratorio me fue fácil sortear a los quelonios del tipo Burrazo. El número 17 –el primer Burrazo que hallé en solitario, el que resalta en mi memoria de cuerpo entero–, se me quedó mirando a veinte pasos de distancia, la apuesta de que no iba a ser atacado por un individuo de antiquísima especie mansa por más superalfa que fuese, hizo que haga acopio de serenidad y aguarde su reacción. Me quedé quieto

y evité un contacto visual grosero con Burrazo, cediendo al asombro de una suerte de comunicación interespecies que él propició al dirigirse hacia mí en diagonal desde la otra orilla del corredor, con pasos firmes de sus extremidades elefantinas soportando el peso de reluciente acorazado que se mecía majestuoso, por fin se detuvo a dos metros escasos del bípedo implume encantado con su presencia. Ahí estaba admirando a Burrazo, era la estampa viva de Zeus Chelonoidis Elephantopus, de perfil y con sus dos extremidades anteriores trepadas en ligero escalón de piedra. Burrazo, con el cuello nervudo en alto, diría que a su máxima extensión reptiliana –brotando desde el caparazón de placas cornudas con destellos negros, grises y pardos–, giro tal cabezota de anaconda y clavó en mí sus hipnóticos ojazos marrones lacrimosos propiciando franco contacto visual. De alguna manera despedíamos de nuestros ojos comprensión mutua, y aquí se realizó el acontecimiento que marcó Burrazo en el viaje a Barrancos del Chivo, abriendo su enorme pico emitió el sonido gutural profundo de la eónica especie reptiliana a la que se pertenece y, cosa rara, en mi mente se tradujo con inusitada amabilidad este mensaje: “Siga usted, caballero, vaya a dónde quiere llegar”.

9

Aunque la isla tiene sendas playitas de arena crema, a veces suave y compacta, no me tumbo a tostarme en su lecho, no me tiantan ni pisca y paso de ser un bañista nadador, apenas me provoca chapotear en la orilla y atento a las rayas que suelen camuflarse en la arena hundiéndose un tanto, dejando a flor de agua el agujijón y abriendo de repente sus ojazos de chocolate. Prácticamente, entre distintas salidas, he dado una buena vuelta por los extremos de la orilla norte subiendo por el lado oeste desde Barrancos del Chivo, pasando por Puerto Flores y Bahía de Correos hasta dar con la prominente Punta Cormorant –sin pasar aún al costado este de la isla–. Si hubiese estado en la dimensión de Isla Santa María, me habría cargado de imágenes de la historia de piratas y colonos que nace de Bahía de Correos, siendo uno de los personajes principales del primer tercio del siglo XX, la mentada Baronesa que alguna vez disfrutó de sus arcaicos aposentos de piedra volcánica, que era una edificación que no llegaba ni a mini-fortaleza, de la que CCC hizo par de fotografías de sus ruinas tostándose al sol, de escombros fundidos con el bosque seco y manglares penetrando en la orilla rocosa. De cualquier manera, aun conociendo que los antecedentes históricos de la parroquia Santa María no sintonizan con la dimensión de Isla Floreana Salvaje en la que me muevo, me causa sonora hilaridad señalar a capricho dónde podría haber levantado su morada la señora teutona que quiso ser emperatriz de la nada, o mejor dicho Emperatriz de Isla Santa María (además de todos los islotes, coronas y botellas que entran en el círculo de seguridad de sus pretendidos dominios).

De los miradores que voy sobre la marcha encontrado en los tantos kilómetros abarcables de la isla mía, cualquiera me suena bien para nombrarlo como un mirador de la Baronesa, entonces he acordado que uno de ellos lleve la marca de la buena señora que en Isla Santa María ha perdurado para el recuerdo de los turistas de yate y crucero, portando la etiqueta de un fantasma hambriento extraviado en su cándida ambición. Escuchemos algo que me suena de Crónicas de Islas Encantadas: “En todo caso, el promocionado Mirador de la Baronesa, consiste en una escalinata y terraza de madera con pasamanos junto a un peñasco rojizo que brinda regía vista de la ensenada formando islas y canales liliputienses, remanso de verdes y fauna de orilla combinando el turquesa y azul eléctrico de las aguas con playitas cremas adornadas con cercos de manglares de avanzada, mientras el pajizo bosque seco arde desde los llanos de pre-orilla ascendiendo por las vertientes montañosas y cauces volcánicos. El Mirador de la Baronesa es un factor que no falta en las guías de navegación de cruceros que recomiendan este recurso turístico como algo imperdible de un paquete de visitas al florilegio de Galápagos”.

Sí se me dio en mi primera bajada a Bahía de Correos y compañía, es el mirador que denominé “Trapecio de la Baronesa”, y verme libre de toda huella de tránsito humano y demás especies invasivas, ni pisca de los piratas que acabaron con la tortuga endémica de la otra isla porque en jornada pasada en la isla mía me topé con la flor y nata del *Chelonoidis nigra*; nada de los esqueletos de hierro oxidado que dejaron los noruegos; nada de trillos de colonos que evoquen la figura rubicunda del desdentado doctor Ritter; nada del escenario de cruceros copando la lejanía de las bahías. Sí he soñado con un velero anaranjado de tres palos celestes y dos catamaranes blancos anclados en Playa Negra, pero aún así los vi como parte de una pintura impresionista de Puerto Velasco Ibarra naciendo con el sol.

Subí al mirador Trapecio de la Baronesa, una figura producto del arte eruptivo volcánico y el cincel de los milenios posteriores al fuego creador de Gaia. Desde su base, el paredón, fue un banquete visual. Tenía ante sí a un formidable accidente geográfi-

co, peña trapezoide fruto de la aglomeración y cohesión de rocas, de frente era una pared solida con suficientes presas para la escalada libre, sería un regio aperitivo para los escaladores que danzan en cuerpo y alma con la parca expuestos a los máximos grados verticales y fuera de amortiguadores. A mí no se me ofrecía semejante caída vertical de aproximadamente noventa metros en el paredón gris azulado de ciento y pico de metros de ancho. Así de poderosa y reluciente lucía la cara del Trapecio de la Baronesa, que para mí era impracticable, así que el expedicionario que gusta de andar y ver, como se dice coloquialmente, llegó a su destino silbando y con las manos en los bolsillos. Mi ascenso al Trapecio de la Baronesa fue papaya, tomé el amable sendero posterior que se abrió entre el tupido sotobosque del horno que es a mediodía la parte baja de la isla. La senda constituía una calzada de rocas planas que por su uniforme adhesión parecía ser sacada de la red de los caminos del Inca históricos, cómo no iba a arribar lleno de alegría a la brisa corriente de la nivelada cima teniendo como punto culminante de la expedición a la solitaria opuntia gigante que brotaba de la terraza o plataforma de roca gris azulada, no sé si sea el más grande y alto de los cactus que haya cruzado en los senderos recorridos del pasado memorable, sí sé es que ha venido a ser el majestuoso del momento por la ubicación olímpica de sus formas. Digamos que el Trapecio de la Baronesa tuvo por añadidura la Opuntia de la Baronesa como pináculo del trayecto de ida, las finas capas de corteza fuego y azabache le daban un aspecto imponente de árbol de papel incendiado en medio de las tuneras cargadas de campanas amarillas, flores cuyo cáliz brindaba el néctar de los dioses a los pinzones y cucubes encargados de dispersar su polen en el bosque seco ardiente. La sombra que prodigaba el cactus gigante de la Baronesa no podía ser desperdiciada, se estiraba casi hasta el filo del paredón y, en los metros cuadrados que cubría su paraguas protector, brotó la cama de piedra que trajo el tiempo de sestar envuelto en la sinfonía de Eolo oceánico. Entre siesta y ensueño me escuché leyendo un párrafo de Crónicas de Islas Encantadas, que podría ser algo como esto que sigue:

“La variedad de recursos turísticos es correspondiente a los tamaños de las islas en cuestión, por ejemplo, si la superficie

de Isla Isabela es veintisiete veces mayor de la de Isla Santa María, no puedo hallar aquello que busco en la una en la otra. Me explico, no se puede encontrar en Isla Santa María ninguna playa extensa y seseante como la que celebré en la bella Isla Isabela, recalcando que el paseo de orilla a pies desnudos está a la puerta desde cualquier punto donde el turista se aloje en las instalaciones todo-bolsillo de Puerto Villamil. A cambio, a Isla Santa María la puedo vislumbrar entera subiendo al cerro Pajas o al cerro Asilo de la Paz, no así a Isla Isabela que me tiene vetado capturar su inmensidad de un golpe de gran angular. ¿Con cuál me quedo?: con las dos, por supuesto, porque son distintas en la vocación de andar y ver del sujeto de la experiencia. Si se trata de andar y re-andar en una zona dispuesta para mostrarte ecosistemas frágiles pero no obstante llenos de vida endémica, vamos a Isla Isabela. Si es que uno quiere perderse de Puerto Velasco Ibarra que solo cuenta con la pequeña concha de Playa Negra, de arena oscura y gruesa de caletas de orilla volcánica, entonces hay que dirigirse hacia el sureste con la intención de arribar a la explanada de La Montura y si se tiene suerte ver a los islotes y botellas rocosas bamboleándose con sus ocupantes alados; al suroeste, me voy en lancha y desembarco en la playa de Bahía de Correos y sigo a pie rumbo a Punta Cormorant pasando por las ruinas de la rústica morada de la famosísima Baronesa. No es un hacer senderismo por las trochas de verano que cruzan los páramos andinos, ambas son islas paradisíacas protegidas por la humanidad para que la misma humanidad no las destruya, y es privilegio mío conocerlas como el extraño que de repente pasa de ser efímero e intrascendente a ser eónico y trascendente. Permiso oficial para entrar en las zonas prohibidas a la humanidad saqueadora tienen científicos, personal del parque nacional, controladores de plagas... pero el permiso real y sobre la marcha es para el poeta. El poeta es osmosis con las intimidades de Isla Isabela y de Isla Santa María, las puertas de la percepción de las Islas Encantadas las tiene abiertas en las dimensión de la poesía de sus ojos”.

La propuesta de caminata otra vez fue única para el habitante de FN, no salió de un montón de circuitos del mercado turístico. Tampoco es que de la consola de mando de la nave astral brota un icono de “senderos para mí” y que de ahí surja la “salida

recomendada”, lo que hay es una *salida innata*, y así se llamará por el sendero que surge en cualquiera de los puntos de la rosa de los vientos, que viene a ser el paseo que me conviene hacer sí o sí. La salida innata es y será corriente en los próximos estrenos de “senderos para mí”, y por la gracia de Gaia que así sea hasta que retorne... o mejor hasta que me desintegre en FN, doy por sentado de que sí habrá un desintegrador para mí llegado el instante justo para ello. Mientras tanto vivo, y esto consiste en dejarme llevar apenas pongo los pies fuera de FN, ni de lejos se me ocurre resistirme a la salida innata, eso que se dice mi fuero interno no opone silenciosas trabas o suscita oscuros mecanismos de resiliencia a ir donde tengo que ir. La salida innata viene conforme a mi estado psicobiológico o psicofisiológico del instante.

Cierto trecho regresando del Trapecio de la Baronesa, cuando había hecho algo como dos tercios del camino, y me familiarizaba con los paisajes de la línea costanera que se sucedían a un kilómetro y medio de distancia tirando una línea recta hacia abajo, me entretuvo la idea peregrina de que en FN podía estar esperándome Clara, que había ido a devolverme a la dimensión de la civilización a la que pertenezco yo y ella, a que me entere de una buena vez de que todo había sido un experimento de los extraterrestres o broma parecida a eso. Estaba dejando de ser divertido un chasco así y se me ofreció el balcón almibarado del peñasco Farnesio para desecharla con hechos ciertos a la vista. El peñasco Farnesio, fue muy útil para la ocasión, sirvió de ojo de águila de los alrededores de la plataforma donde se levanta FN, la ubicación era inmejorable como observatorio del monolito azabache, pero tal cual ha sido en otras oportunidades –aunque menos favorecidas que esta– no hubo nada ni siquiera una ilusión a pesar de reconocer plenamente el aérea bajo el influjo de Colina Cerdita Comunista. Por contrario, ubicarla fácilmente a kilómetros como debería de ser si se tratase de una edificación común a los mortales y de ahí hacerla parte ineludible del paisaje conocido sería inmediato, hubiese sido decepcionante porque se me despojaría de la grata incertidumbre de no tenerla a la mano sino es de sopetón, cuando uno se estremece del gusto por estar a buen recaudo, capitaneando en su Fortaleza Negra.

Respecto a Clara de FN, emergerá radiante, tal como la conozco, cuando brota en la dimensión de Floreana Salvaje, incorporada a la realidad de la isla mía y no a la de su mansión en Isla Santa María. Clara, a secas, sí se permitirá bajar a Puerto Velasco Ibarra y mezclarse con los parroquianos y probar las delicias que brotan de los fogones de Lelia's, Canchalagua, Emperatriz, Devil's Crown... y, cuando le toque, tomará la lancha con el macuto inflado por una bolsa de dormir invernal, de plumón noruego, que la porta a donde fuere cual amuleto. No dudé de Clara, a secas, cuando me ordenó que no traiga nada con su manera jocosa de expresarse en serio: "No te sugiero sino que te ordeno que no traigas cosas personales a mi casita de Isla Santa María. Acá vas a tener ropa lavada de excursionista de los trópicos equinocciales, útiles de aseo, etcétera, agua potable no faltará en el dispensador [...]". ¿Dispensador?... Me sonaba rara esa palabra, ahora sé que FN en sí es un dispensador de normalidad generativa.

10

CAMINÉ relajado dejando atrás el golpe de calor de media mañana del bosque seco parcialmente nublado, ascendí con aires frescos de montaña por el trecho de sendero escondido que había que seguirlo más con los pies que con los ojos, venía serpenteando entre rocas criando musgos y líquenes, húmedas y filudas, vistosas por efectos iridiscentes y despidiendo aromas selváticos. Subí hasta dar con una explanada oval cubierta de helechos perlados y bromelias, flores epífitas encendidas de fucsia colgaban de dispersos troncos de árboles de scalesia y manzanillo. El senderito, apenas a la vista, del jardín ovalado dio paso a ancho pero fantasmagórico sendero espiral en el tupido bosque vaporoso, y al cabo de gentil descenso me aguardaba el lecho herboso y humedal de Colapso Suspiros. Perdí el contacto con cualesquier referente geográfico de la isla, no era la primera vez que andaba por la montaña sumida en la bruma, pero sí fue el primer descenso a un colapso que en los momentos despejados me hizo estremecer con sus abismos verdes, era un paisaje abisal formando el cráter de boca ancha boscosa y fondo verde estrecho. Mientras bajaba por la ancha vereda en espiral y de amable pendiente que me permitía andar lento y sin tropiezos, embebido en la gracia del bosque que se me daba con sus alados sonidos y perfumes de suelo arcilloso, imaginaba que sería un tormento sin nombre pretender atravesar semejante selva deslizándome por tierra jabonosa a lo bestia reptiliana que no soy, tal desquiciada hazaña no está en mis planes de intrépido expedicionario. Si hubiese sido el caso de que en el jardín ovalado de helechos y flores epífitas concluía el sendero de ida, me

habría contentado con husmear desde arriba de la explanada herbosa, que vendría a ser no ver nada de aquello que vi. Es simple, si no tenía a mano la trocha que tuve al fondo de Colapso Suspiros, todavía no existiría como tal, no sería el tesoro con un nombre en el mapa del sujeto de la experiencia.

Descendiendo por el sendero gredoso y graba apisonada que transmitía confianza al caminante, presentía bien que la ubicación de Colapso Suspiros estaba camuflada bajo la vertiente o cara anterior del cerro Pajas, en la gradiente con dirección sureste de la isla. Me sentía eufórico por la sensación de estar sumergiéndome en un agujero colapso fruto del poder de fuego volcánico y su enfriamiento posterior, aunque mimético era un accidente geográfico bastante grande que no había percibido desde la cima del cerro Pajas que si mostró agujeros colapso del lado de su vertiente noroeste. Supuse que no había más de ellos alrededor de su mole montañosa, y también creí que visitaría a los que tenía visualizados en la mente y no a uno que brotó sobre la marcha, aunque así son las circunstancias del expedicionario de Floreana Salvaje, son sorprendentes en aras de ahuyentar a la costumbre.

La trocha de inicio en el bosque seco vino entonada por los pinzones de Darwin picoteando por doquier, esta se abrió desde FN con la cinta azul colgada del cactus de raíces nervudas naciendo de roca ámbar. Senderito discreto, casi colorado, casi de dibujos animados, quemante, juguetón amigo de las acacias. Encontraba recodos que parecían indicar el cambio de tercio a otro piso biológico, pero giraban en ángulos suaves hacia derecha o izquierda entre el sotobosque repleto de maleza urticante que de no haber esa mínima obertura sería insufrible atravesar.

Entrando a la zona alta preludio de Colapso Suspiros, fue el tiempo de los cucubes y la bruma yendo y viniendo entre árboles lechosos y barbudos arbustos bordeando el sendero en espiral, el niño montañés que llevo adentro iba caracoleando extasiado y me depositó en la base herbosa del agujero. Era un prado recogido y humedal con sendos ojos de agua dulce de manantial que montaban el remanso paradisiaco de la veintena de tortugas de distinta

edad, género y tamaño pastando y abrevándose dispersas entre sí. El forraje y el agua dulce son un regalo de la montaña que las tortugas toman con largueza y sin prisas, cual vacacionistas satisfechos sirviéndose de los minerales de charcos de fondo arcilloso que proveían del fresco baño de lodo que además de placer es desparasitante externo de su piel rugosa y caparazón. Eran islas aquí y allá, los quelonios más grandes admitían garzas blancas en su armadura, las que los ayudan a librarse de parásitos devorándolos y dejan la huella de su paso con manchas de excrementos que parece pintura arrojada al azar en un lienzo gris y pardo.

En los ojos de agua dulce que no había sido removido el piso fangoso corría líquido cristalino, pues no se trataba de pozos salobres estancados criando algas y microorganismos para flamencos sino de manantial surgido de las entrañas de la montaña para que las tortugas hundan sus extensos cuellos y cabezas de anaconda y gocen abrevándose cual mangueras biológicas de succión lenta. Las tortugas son de memoria elefantina y les será fácil acordarse del único bípedo implume que medra en Floreana Salvaje, así los individuos que se fijaron en él sea de frente o de soslayo cuando emigraban por montones en la expedición que hice a Barrancos del Chivo; yo bajando a la línea costanera que sube al norte desde el oeste, ellos subiendo a tierras altas. Entonces, Burrazo, el sin par macho alfa que me introdujo a los de su rango, propicio el encuentro cercano que sostuvimos, que fue una breve e imperecedera comunicación interespecies allende el contacto visual mutuo.

Los quelonios de reajo se percataron de mi silenciosa presencia, sin que les estorbe en su diletante momento de tomar baños de lodo y sestear a discreción. No estaban en movimiento y tensión ascendente como cuando compartíamos la misma vía en direcciones opuestas y de hecho estábamos en contacto casi cuerpo a cuerpo, rosando nuestra materia. Acá cada quien estaba en su lugar o campo de relajamiento, había agua y lodo de por medio para evitar perturbar su paz, y tuve una visión de privilegio –panorámica de 360°– dando la vuelta por el borde seco del remanso hasta llegar al final del sendero de ida que marcó el flamante nuevo sendero de regreso. El espectador se detuvo a placer a contemplar en el

escenario de las tortugas de Colapso Suspiros, ellas no se detuvieron en mi extraña presencia más allá de darse por enteradas de la misma. El ambiente tibio y vaporoso del humedal culminó con el mirador de fin de sendero invitándome a hacer algo similar a las tortugas, hallé donde recostarme gracias al árbol de manzanillo que en su base ramosa formaba un lecho mullido con espaldar reclinado para propiciar la meditación que inspiraba el cuadro de quelonios en banquete pastoril.

Una cosa fue verlos en acción de cuerpos crujientes chocando con las rocas y bufando por el esfuerzo de cargar hacia arriba su peso enorme de tanques acorazados biológicos, y otro panorama es unirse al sestar de satisfechos quelonios en Colapso Suspiros. A futuro, animado en situaciones parecidas a estas dos visiones sé que voy a encontrar al *Chelonoidis nigra*. Ellos están aquí desde que la isla dio cabida a su evolución eónica, y en cualquier instante de mis viajes nos volveremos a topar y –como sucede con la demás fauna, flora y paisajes de ocasión–, no me acostumbraré a su presencia, me sorprenderán y yo los sorprenderé. Mi capacidad contemplativa se sirve de la doble piel que envuelve la frágil epidermis humana, así entiendo la capa protectora imperceptible que se funde con mi materia para que la ropa solo sea un adorno, una forma de vestir que agrada al caminante.

Dos acontecimientos interrumpieron mi recogimiento en el prado y humedal de Colapso Suspiros, el primero fue el estruendoso tosido proveniente de un macho alfa enorme que bien pudo haber sido el mismísimo Burrazo 17. El sonido arribó a mis oídos relajados cual rugido endemoniado que despertó mis miedos atávicos a ser devorado por una bestia mayor a mis fuerzas defensivas, por unos segundos relacioné esto con el bramido de un depredador desconocido para el capitán de FN. Quitándome del adormilamiento una risilla nerviosa que degeneró en grosera carcajada siguió al susto al percatarme que Burrazo 17 –o el que fuera aquel machó alfa de *Chelonoidis nigra*–, repitió en mi rango visual aquel brutal sonido gutural con su cabeza de anaconda estirada hacia abajo y apenas fuera del charco donde la había hundido para abrevarse. “Se chucó, se atragantó, Burrazo 17”, aullé complacido

porque el estruendo se debía a la imperiosa necesidad de expulsar el barro o cualquier otra materia viscosa atascada en su garganta.

El segundo acontecimiento del remanso de Colapso Suspiros, fue la visión del regio gavilán de fuerte pico y garras amarillas, de plumaje café a negro, de pecho con manchas ocres y blancas, que se posó en una rama media alta del manzanillo que me acogió en su lecho. Al alzar la vista para embelesarme con su augusta figura de ave de rapiña sentí sus enormes ojos negros proyectados en los míos, el contacto visual fue categórico y, como un rayo, se me vino la idea de que podría tratarse de un perfecto dron animalista vigilándome, risible aprensión que se diluyó con la idea contrapuesta de que el gavilán también habría imaginado por un instante que yo era un dron horripilante. Esto último vino bajo la directa influencia de la novela *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, o mejor de haber visionado más de una vez las películas *Blade Runner 1984* y *Blade Runner 2049*. La majestuosa ave captó mi atención emitiendo el alarido existencial del cernícalo, descendió de las alturas con la corriente de aire y voló rasante desde el otro extremo del humedal y sin más aterrizó en el manzanillo que me cobijaba y nos quedamos mirando cual bípedos raros entre sí.

11

SERÁ que estoy transitando más allá de la décima luna, es decir que he superado la o las diez caminatas nocturnales desde que las inauguré para contrastar la experiencia del pájaro de la noche con las sensaciones del ave diurna. A esta última salida la estoy llamando Colapso Luz Lateral, y es por reivindicar el surtidor palaciano en mis letras, coincidiendo con la fresca reorganización retrospectiva que he hecho de un tiempo acá de la literatura de Pablo Palacio. Y ciertamente la pasada caminata nocturnal estuvo bajo el influjo del cuento palaciano *Luz lateral*, que vino a empatar con el nocturno que me obsequió Floreana Salvaje.

Colapso Luz Lateral, fue el agujero que no hollé su fondo, no hubo el descenso en espiral a su vacío de negritud sin estrellas. El caminito se detuvo al borde de la roca extraplomada que ofrecía el contorno dentado del cráter emitiendo destellos intermitentes de filos de plata, resaltando el abismo negro e insondable de la noche oscura retinta a mis pies, y la bóveda cóncava sobre mi cabeza titilando en constelaciones y nebulosas rumbo a los confines de la Vía Láctea. Allí la nada era todo. Es menester asentar que en sí la salida fue divina, vino a ser una breva jugosa pasada en miel de panela de las verdes cañas de Malacatos, un manjar del nocturno de Floreana Salvaje aromatizado con canela de El Dorado. En mi luz lateral de ninguna parte, no hubo el colofón de la Luz Lateral palaciana, es decir, yo pasé de emitir los aullidos alucinados de Antoñito: “¡Treponema pálido! ¡Treponema pálido!”; sin embargo, su eco brotó de la negritud abismal rompiendo el silencio del pá-

jaro de la noche. Tales aullidos no podían ser míos porque jamás he tenido en mis brazos a una jovencita Amelia que los propicie con su espantosa manía de meter la palabreja “claro” –también podría haber sido el “ya” afirmativo lanzado hasta la náusea por los fonomímicos de la matrix contemporánea– en toda expresión que brotaba de sus labios haciendo que desdibujen la sensualidad del animal puro, no quedaba pisca de la hembra rugiente después de haber engullido una libra de carne cruda de puerco. Ni bien Amelia soltaba su omnipresente “claro” se desvanecía para Antoñito la voluptuosidad de labios frotados con manteca de macanche o algo parecido. No he sido poseído por los ejércitos de la sífilis hasta la última consecuencia, la verdad oculta del reclamo de Antoñito a la “cóncava soledad”, es que fueron los reclamos premonitorios del autor de Luz lateral. Pablo Palacio, frizando la treintena como su personaje de ficción Antoñito, sintió la invasión de su cuerpo–mente por parte de las legiones de diminutos del *Treponema pálido*, sabía que había empezado el minado que lo llevaría al colapso de Luz Lateral más temprano que tarde. Sí, sigilosa y poco perceptible, pero constante en su empeño de–generador, el *Treponema pálido*, al cabo de una década, colocó el punto final a la obra excepcional de Pablo Palacio.

Ingresando a FN hubo renovada familiaridad flotando en su atmósfera de nave astral viajando en la madrugada de la isla prístina donde aterrizó para transformarse en una instalación de otro mundo que ofrece salud y reposo al expedicionario. Vuelvo a ser el huésped de privilegio cada vez que regreso de una caminata en el exterior, y al alba es cuando me beneficio cosechando del condomio del tiempo. Sigo aquí, al cabo de soles y lunas que suman una eternidad renovable jornada a jornada. Allende de ser veterano residente de la sala multiuso y de la sala de baño, no me acostumbro a sus ventajas minimalistas y eso las hace deliciosas, partiendo del monocromático vacío que me envuelve adentro frente al contraste con el bosque seco circundante ahíto de maleza que únicamente se abre moroso y estrecho –en un ancho indispensable– cuando estoy de salida. El bosque seco tropical es como un horno vegetal graduado por la naturaleza para ascender a los máximos de calor con su largo fognazo de mediodía; sé que ar-

derá conforme se aleja de la frescura de la madrugada y mañana temprana.

Llegando al alba de la excursión nocturna a Colapso Luz Lateral no busqué, en el ambiente tibio de interiores que acogió mi cuerpo-mente, la cama ancha del sueño reparador. No iba a dormir ni a sestar, por ende no había sombra del lecho dispuesto para ello en el centro de la sala, el cuerpo-mente había pedido la mecedora que me sujete cara al piélago a los arreboles del sol naciente. Pasado el agasajo de los fuegos de los dragones de oriente, hice realidad la gana de tomar café Chaguarpamba devorando bollos dulces llamados “puercas” por sus formas, sabores exquisitos y aromas de anís silvestre que proveyó el dispensador molecular de alimentos. Desayuné peripatético deslumbrado por la mañana ardiente que se cocinaba desde el bosque seco a la orilla rocosa; mar y cielo danzaban luciendo lavados grises, azules y celestes metálicos que se unían en un horizonte brumoso. Estaba encantado por el lúcido amanecer pasado con café Chaguarpamba y sendas “puercas” que no había vuelto a probar con tal devoción desde que el panadero mayor de Loja y su provincia, Clodoveo Castillo, cerró su fábrica de magia ancestral gastronómica. Y, por añadidura, me cayó de maravilla la certeza de que no iba a poner los pies fuera de FN y arrancar por el senderito flamante del día, imaginaba que el sol iba a chamuscar al intrépido expedicionario que se atreva a retar a la intemperie, me daba gusto exagerar con la visión de la isla entera tomada por el bochorno, donde ni la montaña sería un refugio fresco porque estaría cerrado el acceso a ella.

Cuando la eventual ave de la noche se ha saciado y se recoge con el sol, una expedición diurna se le presenta cual lejanía inalcanzable, aunque sea una sensación pasajera. Para que la expedición nocturnal surta el efecto que la hace necesaria, es mandatorio que tenga el carácter de esporádica, que no sea pan prosaico de esclavo moderno, entonces se verá momentáneamente la aventura en la intemperie diurna como una suerte impracticable. Gozo de este rechazo circunstancial a exponerme a los rigores de sol y la sequedad climática de la isla y, de paso, viene a ser la prueba de que fue potente y sustanciosa la nocturnal por sí misma. Colapso

Luz Lateral tuvo el poder de contrastar vivamente los misterios de la noche oscura y estrellada con la experiencia diurna de bosque de orilla, de campos de lava fósil, de piélago fragante en su azul-turquesa.

No pude dormir de largo como es placentero hacerlo por la noche, el proceso de retorno a la normalidad del ave diurna toma rumbo con las siestas que me doy entre vueltas por los ambientes de FN que anima la vida solar: colores y formas de los cuadros isleños que se suceden dependiendo de la luz equinoccial. Estar casa adentro fue alegre amanecer bañado con la luz de pozos de cambiante claridad junto al fresco surtidor de sombras de FN. Conforme avanzó la mañana y cayó la tarde para entregarse al sol poniente, me fui devolviendo al estado de ave diurna en una transición sin traumas emocionales –parafraseando a CCC–. El día estuvo para sestar en FN, mientras el paso tiempo se reflejaba en las transformaciones lumínicas del paisaje allá afuera. Navegaba en el Navío del Sol con rumbo cierto al ocaso. La luz, su intensidad filtrada para no enceguez ni perturbar al sujeto de la siesta, fue más ligero adorno de la sombra bajo el paraguas de la nave astral que brinda una temperatura ambiente controlada que se resume en tibieza subtropical.

La cálida frescura del interior me invitó con la penumbra de la tarde a desembocar con ella en un crepúsculo inhibido de esplendor. No hubo sol de venados a la tardecita ni fognazos de dragones hambrientos al ocaso, lejos del espectáculo sanguinolento se erigió una pared de grises metálicos encogiéndose a su mínima expresión al piélago que se carbonizó producto de un fuego invisible. Qué bien me sentó el ocaso plomizo, me devolvió a la noche hecha para el caminante que a la mañana siguiente saldrá de excursión al lugar que disponga el hado de la isla mía. Fui un feliz mortal en la noche oscura que entró con la gana de música sinfónica a pedido para la ocasión a la discoteca de FN que no se da porque sí, sino cuando cierta frase de una pieza maestra acude a la mente cual revelación.

Acá me he librado del sujeto gritón, del humano corriente que por carecer de oídos saludables suelta sus engendros mediáti-

cos al viento. Acá no hago oídos sordos a la bazofia estridente de moda, no paso de largo ante las estridencias de ambulantes que por doquier asaltan al transeúnte con la etiqueta de “bombazos del ritmo”. Embebido en el fragor citadino, por higiene física-mental, mis oídos automáticamente se protegían con un ungüento anti-bulla, esto para no hacer inútil resistencia a la costumbre humana de machacar al transeúnte con el alarido de la modernidad y desgastarme en minucias irreparables. La discoteca de FN discrimina a su albedrío, tiene su recopilación de música de los grandes maestros de todos los tiempos y poetas cantautores –incluidos los del rock sinfónico y metaleros endemoniados de fuste-. El surtidor de música de FN, me quita del error voluntario o involuntario, no hace ningún caso si el usuario tarareo por antojo repentino algo que retumba en su cabeza alienada, algo de aquello que está sepultado en el casillero “cancionero popular del recuerdo”.

Es una garantía para la salud de mis oídos que así en el sujeto que fue bombardeado desde su estancia acuática en el vientre maternal con basura sonora, salten chispas del “cancionero popular del recuerdo”, esto no sea motivo para que se active la discoteca de FN. Qué desquiciante fuera la aparición del holograma de una bella pinchadiscos sacada de la tenebrosa Luz Lateral palaciana, o sea una mujer de temible voluptuosidad, una a imagen y semejanza de Amelia, con labios grasientos que “dan la idea de haberse comido media libra de carne de cerdo recién degollado”. Y que me diga tal cual la Amelia de Luz Lateral, metiendo el “claro” hasta desquiciarme como sucedió con Antoñito. “Sí, claro que te pongo a máximo volumen la cancioncita que te hacía llorar donde la Cuca, ¿te acuerdas?, claro que te acuerdas, por eso la pediste y yo, claro, estoy aquí para darte gusto”. Y así que se asome con la vastedad que he escuchado con la etiqueta “cancionero popular del recuerdo”, y suelte las piezas más ridículas y anti-melódicas que el transeúnte que soy haya recogido sin proponérselo por la dimensión del alarido incesante, o que provengan de aquello que fue ritmo atractivo de cantina para los oídos degenerados del entonces apócrifo romántico infectado con el virus del sentimentalismo.

12

LA vida de afuera es exposición a la canícula y al rigor de los elementos musicales de Floreana Salvaje. La vida de adentro, las dulzuras del campamento base, es moderación feliz; lo de afuera es explosión salvaje. Lo de adentro viene con el sello del sujeto del descubrimiento que se impregna de salud volcánica de la isla para que FN se llene de gracia. Yo soy la gracia de FN, soy el que alimenta su creatividad. Los dos medios ambientes de la jornada del habitante de FN, son correspondientes no debido a su similitud material sino a su continuidad psíquica. A pesar de su oposición constituyen una antinomia indivisible, un constante oxímoron. Si no hubiese esta contradicción en cada jornada, esta yuxtaposición de medios ambientes radicalmente diferentes, la energía que nutre al otro yo se cortarían y ambos vividores, el excursionista y el habitante de la nave, sucumbirían.

Floreana Salvaje es el ser prístino que rodea a FN, que a su vez es la morada donde transcurren aproximadamente dos tercios de mi jornada isleña. Habiendo ingresado al campamento base digo "buenas noches y hasta mañana" al exterior; cual astronauta que ha cumplido su reconocimiento cotidiano del planeta Paradiso, no vuelvo a salir porque no me da la menor gana de hacerlo. El balance en el tiempo de la isla mía es un tercio afuera, dos tercios adentro. En el tiempo mágico, los instantes capturados del exterior son inmedibles, generan a futuro imaginación; al amparo de FN el tiempo mágico se mece en una hamaca y hace la digestión del banquete aromas salvajes con el que se agasajó. Hospedarse

en FN es una delicia temporal que no tiene parangón en el mundo hostelero planetario *Homo sapiens*. En todo caso, recalco que no es cuestión de azar o de obligatoriedad sino de equilibrio y pulso entre dos tiempos distintos pero complementarios para la continuidad entre el sujeto que descubre en Floreana Salvaje y el conductor de FN.

Fue intempestivo el arribo de las excursiones nocturnas, que llegaron por sí mismas antes de cumplir la voluntad de capturar la Música del despertar noctámbulo del Petrel pata-pegada, no dependieron de una expedición de rigor planificada por recomendación del prójimo que ha dicho: “no debes perderte el espectáculo del Petrel pata-pegada”. El rato menos pensado incorporé a la noche como contrapartida a la caminata diurna, y la salida nocturna tiene mucho más peso que la solar así sea ir a ninguna parte a beber del caldo eónico de la pálida Luna. Esto se debe a que soy ave diurna, y de ahí lo intempestivo de las salidas nocturnas, ellas no ingresan a la galería memorable con imágenes nítidas, la belleza de las sombras van a la galería de los sueños con su lenguaje cifrado, allá permanecen en silencio y reposo como un aguardiente añejándose para una ocasión pantagruélica. Una suerte subterránea se dispara para crear imágenes artísticas distorsionadas, sublimes y monstruosas cual magia ancestral.

Con la mañana me entrego entero a las sorpresas meteorológicas, me saturo de los colores de la flora y fauna inmediata, me hundo en el sudor de cuadros exquisitos de cercanías o lejanías, y no voy exento de abrigar escalofriante belleza como el ver hacia abajo desde la cima de los acantilados, desde la caldera cortada a pique de los cerros, y desde los cráteres y misteriosos “agujeros colapso”. Está claro qué no he hecho ni haré, y es descender a las cuevas subterráneas, tuve un agujero colapso que se alejó de proveerme de imágenes verdes del fuego creador en la zona alta y fresca de la isla, ahí me contenté con ver la entrada redonda a una garganta copada por las tinieblas, pues, providencialmente la cinta del punto culminante del sendero de ida azogó como si fuese el mensajero salvador que me anunció que no había para qué hundirme en la húmeda negritud de las cavernas cuando reina la

luz. De regreso, la sola imagen de haberme quedado por fuera de la caverna del colapso Pata-Pata, hizo que se ilumine la tupida vegetación seca y leñosa de sus contornos. Se trataba de un cráter de lecho casi nivelado por plataformas grises de roca volcánica, el Pata-Pata no abrigaba en su abismo la exultante jungla de los colapsos de tierras altas vaporosas, ubicado en el bosque seco de la orilla rocosa de La Montura.

El Pata-Pata vino a mí libre de visiones de vértigo al negarme a cruzar la puerta a sus infiernillos, pasé del trampolín a las pesadillas abisales, tampoco fue el resorte que dispara la sobriedad del caminante atento a los peligros de los accidentes geográficos. El Pata-Pata, sin tomar su acceso a las tinieblas resultó un descenso edénico. En este cráter a la mano no pude parafrasear a CCC, afirmando eso que no necesito ir a por la vertiente norte del temible Obispo (la cumbre non plus ultra de los picos del anfiteatro andino de la Montaña Sublime o Capac-Urcu) para medio matarme o mismamente matarme en segundos. Un mal paso en el Pata-Pata hubiese sido bajar al terror cósmico lovecraftiano de su caverna, y no era el momento para mandarme a mudar aliviado de peso corporal a la eternidad de la mente.

El devenir nublado y de garua intermitente del regreso hizo que me quede con los paisajes que coseché en la caldera Pata-Pata, no había alrededor de mis pies más que sotobosque entre aromático palo-santo aferrándose a rocas ámbar. Fue curioso que no extrañara la presencia de tortugas gigantes o del majestuoso gavián pollero, me contenté con la imperdible vigilancia del papamoscas, las canciones del cucuve de Floreana Salvaje y el piar de los pinzones de Darwin. Tuve un paseo sabroso, circular, por la superficie volcánica sedienta del Pata-Pata, y aquello destacado podría ser que bebiendo del silencio asombrado que brindó el cactus candelabro prendido a una roca color miel que parecía tronco de árbol petrificado cortado a un metro del piso y mostrando los anillos del paso del tiempo, presentí el reclamo del despertar de los pájaros nocturnos que medran en la jungla inescrutable de abismo verde.

13

EL sendero vino perpendicular hacia el estero turquesa de verde humedal que me tocó en suerte como punto culminante, bien podía haber sido el descenso a una caleta plomiza de escoria de lava, de lejos daba el océano la imagen de estar partido en dos colores predominantes: el azul marino intenso y el tono beige tierra lavada. Bajé con una inclinación amable no escalonada, el piso de la trocha era similar a tierra arcillosa apisonada sin grava de por medio, tampoco tenía obstáculos de rocas permitiendo que ponga el automático del andar distraído, su limpia trayectoria hacía que se presente con el letrero imaginario de “piérdase en sus laberintos mentales con tranquilidad que aquí no va a rodar”. La ventaja de no usar los sentidos para sortear accidentes del terreno, me trajo los aromas de los atajitos de las plantaciones de tabaco y caña de azúcar de la niñez y, conforme avanzaba al punto culminante de la caminata de ida, la fineza de los doscientos metros del tramo postrero de humedal me subyugó, entré a perfumado y naturalmente ventilado túnel claro–oscuro de majagua, como si estuviese hecho para dejar el espacio justo para que pase holgado y fresco el caminante. El piso cubierto de hojas secas y flores mustias de majagua era una alfombra púrpura–amarilla; a los costados, el entramado tortuoso del hibisco marítimo constituía una barrera impenetrable de paredes vegetales.

La telaraña de majagua dejaba que penetre la luz y la brisa, y los oídos aquí sí alertas se regalaron música de arroyo de agua dulce cristalina corriendo por un ducto subterráneo que seguía a la

risueña hojarasca. A la maravilla de majagua entrelazando su ramaje formando un túnel vegetal se sumaba la melodía de vertiente subterránea que bajaba de los bosques de lechosos de la montaña, no obstante fue el aperitivo del banquete que me aguardaba apenas desembocando en el estero festonado de manglares con claros de arena blanca compacta y suave como harina. La marea baja permitía que la playita haga un escalón o tarima sobre la lengua de agua marina transparente. Estaba parado ante una piscina en forma de ele flanqueada por mangles que clavaban sus raíces rojas en la arena, era un remanso que invitaba a refrescarse y chapotear con grosería en él, pero mi instinto de lobo de páramo precavido impidióme provocar la algazara que acabe con el paradisiaco recogimiento matizado con el sigilo de garzas estriadas de lava pescando entre lamentos existenciales y, por contrapartida, el silencio camuflado en el follaje de garzas nocturnas durmiendo, apoyándose en una sola pata. Las paredes vegetales pasaron de las flores encendidas de púrpura del bosque de majagua al verde fastuoso de los manglares de avanzada dejando una franja mansa de agua marina turquesa que se conectaba con el eco lejano del rugido de las olas chocando en la orilla rocosa fuera de mi vista.

Hice lo mejor que se puede hacer en este tipo de parajes acuáticos, frescos y sombreados: sestear a salvo de la feroz arremetida de los insectos. Me he convertido en un rey de la siesta a la intemperie de Floreana Salvaje, valiéndome de la nunca alabada en vano epidermis anti-diminutos-picadores, que asumo es un derecho adquirido del habitante de FN.

Fui recompensado por mi inhibición instintiva de nadar o chapotear en el estero. Tuve el avistamiento cercano de especies marinas que jamás había mirado antes, alimenté a placer al futuro receptor de sensaciones con la presencia por separado de la raya -pez águila- y el pingüino tropical. El festín visual y auditivo empezó con el pez águila madre, vino por el estero en forma de ele que conduce al mar rugiente, paseaba en compañía de cuatro críos juguetones, juntos coparon el espacio del frente de la playita, azogaron los negros y blancos ondulantes desde los picos hasta las extensas colas retorciéndose como látigos ponzoñosos; sus cuerpos

matizados por figuras fractales geométricas danzaban batiendo el espejo de agua que reflejaba algo del cielo azul adornado con raíces aéreas de manglar rojo. Esto por describir un cuadro indescribible en cualquier instante, y sin embargo aprehensible a futuro cuando apenas cae una imagen se desarrolla la secuencia entera de aquello experimentado cual relámpagos despertadores del sujeto que exprimió el zumo de la vida.

Supuse que había tenido suficientes sorpresas del estero de humedal cuando las rayas se alejaron con su plasticidad de fractales a la boca tragaluz que se abría a la inmensidad oceánica. Estaba en el trance de preparar el cuerpo-mente para hacer kilométrico retorno a FN, cuando escuché reclamos zoológicos distintos de la procesión ida del pez águila y retoños. De las paredes vegetales del estero, surgieron graznidos melódicos que mis ojos intentaron ubicar al momento; pero el espacio de donde provenía aquel reclamo zoológico irreconocible a mis oídos, estaba vacío de movimiento de las criaturas que los emitían. La expectativa renació y con ello los ojos aprendieron a reflejar imágenes de lo que en un principio no eran capaces de transmitir al espectador. Vi a tres aves negras de pechos con motas cremas sumergiéndose y disparándose en el agua transparente como torpedos para volver a reaparecer en la superficie y saltar del agua al escalón de la playita, y sin temor se aproximaron a escasos cuatro metros del individuo que me agrada entender era yo para ellos, un extraño bípedo espectador. Los alegres graznidos que brotaron de sus picos como si tuviesen un breve diálogo entre ellos tres antes de alzar sus ojazos pardos y hacer contacto visual conmigo. Ahora que relato mi encuentro con ellos, me provoca risa nerviosa imaginando cómo hubiese sido el encuentro si asomaban pingüinos gigantes de más de dos metros de altura, a semejanza de los que residen en las montañas de la locura lovecraftiana. A la verdad no hay manera de hacerlos monstruosos, están grabados como graciosos e inconfundibles pingüinos tropicales del tamaño de un gallo fino. He dicho que este tipo de contactos visuales interespecies son un instante perecible en el tiempo del sujeto de la experiencia, pero es un instante imprescriptible en el tiempo del sujeto contemplativo.

El bípedo espectador apenas parpadeó hasta que el trío tal como arribó a la playita, jocosos y despreocupados, se hundió en el remanso desapareciendo cual suspiro del escenario mágico. El acontecimiento de los pingüinos tropicales fue parte del menú de la jornada que sirvió aperitivo, plato fuerte y postre esquicitos.

REGRESANDO de Galeones Fantasma (el punto panorámico de la orilla rocosa que dio el nombre a la excursión de la jornada), escuché repetidamente en mi mente cierta frase de la sexta sinfonía de Beethoven. Digo cierta frase porque no podía ubicarla con certeza en el orden de los movimientos dentro de la Pastoral, que es la única –de las nueve de Beethoven– que tiene nombres bucólicos para las partes que dan motivo al subtítulo de la sinfonía, *Recuerdos de la vida campestre*. No es casualidad que escuché en la mente la música de Beethoven inspirada en las manifestaciones meteorológicas de Gaia, el compositor creaba desde el oído del contemplativo de caminitos de campo. Los aires de la campiña vienesa fueron de provecho para las creaciones del músico que cayó como un trueno en los oídos conservadores. Se había inaugurado el metal puro, el resto que ha seguido en música metalera son variantes a pie de página del Himalaya sinfónico de Beethoven. No era necesario saber de memoria el nombre del movimiento que contenía la frase deglutida con sibaritismo al retornar de Galeones Fantasma, así que me olvidé de esa simpleza pero no de volver a escuchar la sinfonía completa.

Al caer la noche, un tiempo dado después de merendar, aullé con risible determinación “¡dame la sexta de Beethoven!”; risible para mí puesto que no era necesario lanzar tal grito para que funcione la cosa, en tanto y cuanto solicite una pieza musical incluida en el repertorio de la discoteca de FN, si pidiese por capricho o mera curiosidad anti-música del cancionero popular, o musiquilla de moda, no sucedería nada. No podía esperar menos de la

discoteca de FN, una interpretación sublime de la sinfonía Pastoral brotó del aire y conforme corría airosa con nitidez sonora tuve el goce de reconocer la frase que cerró con gallardía la excursión a Galeones Fantasmas, la ubiqué en el todo de la sinfonía y de paso reviví en mí el orden de sus movimientos majestuosos. El servidor musical me sirvió en bandeja argenta la Pastoral, transformando a FN en concha acústica. A la delicia que escuchaba tendido en la hamaca dispuesta para la ocasión, se sumó otra luna con su versión de luz y sombras fantasmagóricas, cada noche tengo variantes de claroscuro lunático bañando el interior, haciendo de FN una galería de cuadros monocromáticos.

Por ensayo y error –que ha sido el modo de iniciarme en el mando de la nave astral FN– descubrí que no tengo que marearme pensando que existe en la discoteca una oferta sentimentaloides o de moda, así que hasta si me doy el tiempo de tararear con grosería y sorna espontánea, no exenta de placer, algo de la anti-música callejera bailable o de la llorona de cantina que cautivó al proyecto de malandrín que fui cursando la pubertad, ni por error se activa la discoteca de FN, y recalco que su inmunidad al mal gusto me alegra, me contenta que no se van a filtrar mis aberraciones callejeras o de rokola así lo exija como un poseso. Es vivificante el contraste marcado con el repertorio que la discoteca de FN aprecia como Música, con mayúscula, basta el susurro mental de una frase que esté dentro de su memoria acústica, y brota con una nitidez que enfiesta los oídos. El reclamo de ser musical viene desde el educado oído que sí tengo gracias a que en algún rato de mi primera juventud, un rayo despertador, destapó mi real gusto acústico, dejando eso sentimentaloides y pasajero al proyecto fallido de malandrín. Fue una revelación porque entendí que los sonidos provenientes de la mente del universo inspiraron el florilegio melódico, rítmico y sinfónico de la discoteca de FN. La Música, con mayúscula, está afuera y adentro del sujeto con oídos nacidos para rumiarla a discreción, y me digo volverán a mí las fugas de Bach interpretadas por un Gould renovable.

15

HE manifestado que si me retiraría involuntariamente de FN, si se daría el fenómeno de empezar de cero aterrizando en Isla Baltra y de esto desembarcando en la dimensión de los parroquianos de Puerto Velasco Ibarra, sería a costa de que el residente de FN no tendría conciencia de lo vivido acá, y por consiguiente Floreana Salvaje pasaría a ser una ficción surrealista presa fácil del olvido.

Cada jornada en la isla que me acogió en su seno ancestral no se parece a otra jornada cualquiera; sin embargo, en reorganización retrospectiva, hacen un continuado ayer. La caminata del presente es sobre el terreno distinta a todas las caminatas del ayer consecutivo, se nutre de un nuevo tiempo-espacio. Y cuando es parte del cuaderno noto el cambio de tercio meteorológico con respecto a la lejanía, a la perspectiva, del tiempo continuado del mañana.

Deambulé sin prisa íntima ni rigores externos gozando de la desintoxicación natural que brinda el bosque de scalesia, aquí se está al otro lado de las sensaciones del sudor de cabina hermética que asfixia y quema. De repente, como se crean las realidades a la intemperie en Floreana Salvaje, estaba sumergido en flaman-te transversal de bosque de árboles lechosos, andando en tramos con mínimos desniveles de grava, arcilla apisonada o de cúmulos de piedra bolón turnándose en la corta perspectiva que se perdía flanqueada por barreras de sotobosque. La maleza a los costados complementa el claroscuro bosque fragante y melodioso, salvo el

senderito que es un tajo limpio en la espesura, todo evoca un horizonte selvático a 360 grados. El bosque impenetrable es para sentirlo a placer pero no para intentar abrirse paso por libre porque se transformaría en purgatorio verde, esto último da valor supremo al senderito vaporoso, pues, es la única apertura cierta para el caminante, y uno se aferra a él como si fuese el cordón umbilical del astronauta con la nave astral que lo mantiene vivo.

Cómo no creer que se viene la caminata nocturna en pos del alarido existencial del Petrel en estación de anidamiento y eclosión, ave pescadora de alta mar, que por miles se acurrucan dentro de sus guaridas hasta que caiga la noche. Anidan al amparo de rocas que forman cuevas deleznable que si colapsan podrían taponar la entrada y condenar así a morir por inanición a sus ocupantes, de ahí que salirse del sendero a más de temerario sería criminal con estas aves de la noche, especie que está bajo riesgo de extinción en la dimensión de Isla Santa María. Con este preámbulo me refiero a que tuve fugaz pero contundente visión del solitario Petrel que se hallaba fuera de su refugio al costado del senderito, a unos tres metros sobre una roca expuesta al vacío, fue inquietante el contacto visual antes de que se hundiera en la oscuridad de la madriguera que presentí contenía los huevos de sus futuros vástagos o de hecho a los pichones en crecimiento. Vine del continente advertido del peligro de condenar a muerte a los Petreles adultos y los pichones por un mal paso, me alivia sobremanera seguir los senderos providenciales que impiden taponar sus cuevas por error. Clara me contó que este espécimen al despertar, para dirigirse a pescar en el piélago al abrigo de la quietud de la noche de Isla Santa María, emite sonidos que se multiplican en miles de picos produciendo efectos cautivantes que solo los voy a recolectar en mi memoria auditiva cuando esté inmerso en semejante portentoso. ¿Será el abrir de ojos del Petrel pata-pegada el oxímoron que espero: aquelarre celestial?

La caminata diurna que proveyó la imagen del pájaro de la noche en la mañana brumosa de montaña, magnificó el contraste entre los pisos biológicos que administran microclimas en la isla por separado estando de vecinos terrenales. Si ayer no supe dónde estaba dentro de la Quinta transversal de bosque de *Scalesia affinis* –por darle un nombre–, mañana quizá sepa que estoy ascendiendo

por el bosque húmedo tropical montano del cerro Pajas, siguiendo una ruta espiral y por más que el duende del Pajas me encierre en burbuja selvática vaporosa no faltaran resquicios para otear, desde la cumbre seseante, a los puntos referenciales que van aumentando de la Floreana Salvaje en lontananza que reconozco.

16

DESCENDÍ por la senda sesgada homónima de Colinas Sal-si-puedes, superando sin novedades el bosque seco calcinándose con sus trampas a flor de piso, la trocha animaba a seguir con el automático puesto en función “pendiente de no desbaratarse con las piedras sueltas”. El piso de tierra cobriza hacia un caminito lavado poco ostensible que cada cierta distancia desembocaba en pasos de cauce volcánico de grandes piedras multiformes cual carbón petrificado de ancestral fuego creador. Estos cauces de lava congelados desembocaron en la garúa confundiendo con el cielo y mar plumizos, una gama de colores pastel reverberando predominó en el bosque de palo-santo costanero.

Fue estupenda la transición del calor inicial saliendo de FN a la ola de frescura marina, al cabo llegué a la orilla rocosa y me estacioné entre los jardines de arena formando vallecitos liliputianos de hierbas rastreras rojas asociadas con ralos cactus candelabro brotando cual centinelas de la roca ámbar que guarda el instante de lava hirviente en sus postreros borboteos. “Soy el privilegiado que contempla las figuras que esculpió el tiempo de Floreana Salvaje. Estas formas naturales concretas podrían haber inspirado en sueños la alucinada obra de Z. Beksinski”, me dije satisfecho de la transferencia sobre la marcha que hice a las creaciones del pintor polaco.

Las manchas de mangles creando verdor en campos grises de planchas rocosas sueltas, se me antojaron parte del génesis del

Jardín de las Delicias, como la pintura del Bosco, ese visionario tríptico que culmina con el infierno instalado en la Tierra por el meteorito *Homo sapiens*. El ámbar y miel de las rocas se tornó en grises mojados por la marea creciente golpeando la orilla rocosa, accedí a la plataforma que en perspectiva se me antojó una dispersa aldea troglodita de edificaciones distantes entre sí, unipersonales de una planta y con terraza. Al cabo, caminando con cautela por la calzada de rombos compactos y otras formas geométricas que cautivaban los ojos, no había nada humanoide que la ocupe sino que fueron apareciendo intermitentemente aquí y acullá, en distintas terrazas de labrado caprichoso, enormes machos de iguanas marinas que se tostaban enhiestos cual lagartos de fondo negro con figuras rojizas y espinazo verdoso. Eran machos alfas territoriales, individuos que mantenían la distancia mínima de seguridad para no agredirse, y más que eso se me ocurrió que conformaban una suerte de guardia pretoriana del rey-iguana porque mantenían la misma postura hierática de pechos cara al sol mañanero y altivas cabezas verticales y el más destacado permanecía horizontal estirándose cuán largo es en su terraza central. Eché en falta los dueños, no patrullaban su ínfima heredad, extrañé el sonido y la furia de los combates que se asemejan al de ungulados bufando y chocando violentamente sus cabezas cornudas.

Los machos iguanas compiten por el favor de las hembras gastando energía en sus patrullajes y tomando colores psicodélicos para llamar la atención de ellas y ostentar entre sus rivales de apareamiento, así el rojo bruñido no les favorezca para la digestión y con ello pierdan calorías y bajen la calidad de su dieta puesto que el gris de su piel está diseñado para capturar suficiente calor solar y aumentar la temperatura corporal y que digieran a tope su dieta de algas marinas traducándose el proceso entero en óptima alimentación. Las iguanas hembras dominantes no hacen dieta para bajar de peso adoptando el vistoso uniforme tricolor de los machos, no obstante sus disputas son muy reñidas. Ellas suelen ser tan combativas como ellos, en jornada pasada fui testigo de épica batalla por un arbusto de anidamiento en el filo costanero, un momento dado entre la polvareda que levantaban del suelo cuarteado y las vueltas y revueltas que daban para crear la posición de

ataque certero que concluya la lucha, una de ellas atrapó con su trompa dentada una garra de las patas traseras del rival. Ambas permanecieron inmóviles hasta que la que parecía llevar ventaja soltó la presa y para mi sorpresa no portaba en su trompa la garra desprendida y tampoco hubo desangre alguno en su oponente, el resultado inocuo de la mordida en tenaza no tuvo consecuencias en la definición de la pelea que no sea un honroso empate, parecía que todo había concluido cuando las guerreras se retiraron a reposar en distintos arbustos, así entendí y me alejé del campo de batalla rumiando la secuencia entera. La lucha no quedó así, se alargó hasta que las perdí de vista, al voltear la vista desde un mirador contigo supe que las rivales apenas habían ido en pos de sombra y aliento para volver a chocar los cuernos.

Casi me olvidé de aquella épica batalla de iguanas superalfa, me dije que si era memorable vendría involuntariamente a mí –sublimada o no– de visita en el futuro hecho presente, y el cuadro que evocó aquel acontecimiento estuvo aquí conmigo durante la merienda. Las dos guerreras lagarto levantando polvo en el fragor del combate, estaban estampadas en el jarro de chocolate que he sorbido con deleite junto al par de danesas de naranja que constituyeron el postre.

Retomo la salida que estoy recobrando en esta entrada del cuaderno. Estaba en el centro de la calzada de magníficos lagartos marinos tricolor, las terrazas individuales de piedra lavada se levantaban a los costados a más de metro de altura y sostenidas por pilares gruesos e informes. Cualquier idea de una aldea cavernícola en perspectiva se esfumó para imaginar un oráculo olímpico reptiliano de atalayas donde se apostaban sus extáticos guardianes tonificados por ardiente sol ecuatorial. Había un espacio sombreado, un techito de piedra con una banca justo para que me siente en ella a horcajadas sin que pierda de vista al rey-iguana que estaba a la mano, reflejándose hierático en el agua de mar empozada en la plancha rocosa convexa. El rey-iguana y yo quedamos frente a frente a la misma altura de ojos, la majestuosa cabeza se acrecentaba por la reverenda papada y su mirada de verdes acuosos despedía serenidad. Posaba horizontal ocupando todo el largo de la

terrazza, ¡qué garras dignas de un godzilla en miniatura!, calculé su longitud por la magnífica cola que llegaba a la otra punta de la plancha, le di sin exagerar dos metros y medio. No pude evitar un estremecimiento al relacionar que todos los lagartos ahí presentes, aún siendo de menor tamaño que su rey-iguana, tenían una longitud de dos metros y pisca más de yapa. Me arrimé a uno de los pilares de mi techo providencial y no pude evitar ver a los ojos del rey-iguana, esto respetando los espacios mínimos interespecies, fascinado por su impotente majestuosidad y hieratismo que únicamente era interrumpido por espasmódicos estornudos expulsando sal marina. No hubo movimientos de cabeza que dicen “aléjate” junto con la amenaza gutural, ni para mí ni para los otros de su especie. No sé cuándo volveré a toparme con otro campo de iguanas machos extra-grandes que no disputan entre ellos y, por añadidura, conforman una especie de oráculo reptiliano, pero valió la oportunidad para estar agradecido de que estuve en medio de soberbios ejemplares pertenecientes a una especie vegetariana y por añadidura impasible ante la presencia del aventurero de FN. Siendo lagartos carnívoros y no menos venenosos que los monstruos de Gila, no hubiese estado ahí sentado tan campante, fungiendo de bípedo contemplativo, habría sido un error fatal. Sí estuve a merced de reptiles de belleza hipnótica combinando el rojo cinabrio, el verde safari, el negro magmático, aunque esa magnificencia tricolor vaya en contra de la correcta digestión de su dieta de algas marinas.

Sigo, hay más, falta el digno epílogo de la jornada reptiliana. Me hallaba entregado a la siesta de rigor, auspiciada por la brisa marina corriendo benigna y con el reflejo de la iguana-rey tostándose frente a mí, cuando desde la oscuridad de la planta baja de su habitáculo brotaron gemidos que me sacaron del ensueño, instintivamente recurrí a la vista y asomé el lobo marino aterciopelado con sus ojazos negros, llorosos, dirigiéndome una mirada de disgusto e interrogativa a la vez, “¿qué demonios haces aquí?”. Le envié un mensaje mental sincero y calmado: “perdona la intromisión en las puertas de tu morada que contiene la terraza que sostiene a la iguana-rey de mi predilección... no fue mi intención asustarte, hazte cuenta que soy extraterrestre embebido con la belleza

salvaje del planeta Paradiso". El lobo marino peletero, o también denominado lobito de dos pelos de hocico corto y cabeza compacta (sustancialmente más pequeño y más vistoso que el león marino común de estos pagos), morosamente se alejó cerciorándose con el rabo del ojo de que el intruso se mantenía quieto, dueño de sí se desplazó hasta el filo de la plataforma donde rocas forradas de pardos musgos y líquenes formaban charcos de agua cristalina. El lobo peletero se acicalaba relajado ante la mutua indiferencia con la iguana gigante que acababa de orillarse en la plataforma gris y pasó caminando por encima de sus aletas caudales (¿ilusión óptica mía? No, para nada). La iguana tomó la calzada de figuras geométricas y fue directo a trepar por la terraza que le correspondía, venía con señas en su trompa de haberse dado un atracón de algas marinas, no paró mientes en sus vecinos dirigiéndose a lo suyo, extasiarse con el sol reverberando en su piel tricolor.

Aquel indiferente contacto de pieles marinas entre la iguana y el lobo peletero que no devino en interacción interespecies pero sí en familiaridad puesto que mamíferos carnívoros y reptiles vegetarianos conviven en silenciosa armonía, es probable recobrarlo estampado en el jarro de café, tal cual como el recipiente de la pinturita del combate por los arbustos entre reinas-iguanas, que contenía el chocolate espeso que ingerir a placer mojando en él danesas de naranja recién brotadas del horno FN.

De un tiempo acá queda –en apariencia de una manera aleatoria– estampado en un cuadro eso que dispara la secuencia de tal o cual hecho circunstancial del sujeto que descubre. Había dicho (o si no es momento de decirlo) que apenas me serví el primer café en el jarro que uso para ingerir el café levántate Lázaro de cada mañana, me prendó la pinturita irrepitable que lo envolvía. De entrada relacionaba la imagen del recipiente con ciertas instantáneas que capturó mi retina de álbumes ajenos, antes de ni soñar venir a instalarme en Floreana Salvaje. Mejor expresado, asumía que se trataba de una transferencia de las fotografías de "Colección Galapagueña", de Claudio Cordero Crispin. Me había sugestionado con que las distintas pinturitas del jarro de café eran réplicas artísticas –arañan la perfección– de las fotos galapagueñas de CCC.

Empero, con los desayunos sucediéndose en FN, se desvaneció esa injerencia visual en mi jarro de café. Concretamente se diluyó la influencia de la fotografía de CCC, con el advenimiento de estampas que fueron asomando en el jarro de cada jornada que cargaban lo mío, se trataba de un arte que proyectaba mi propia experiencia y no la ajena. Esto viene dándose desde la primera impresión que incluyó algo mío en el jarro de café y/o chocolate de la jornada, no es un adorno intrascendente, revive imágenes por fuerza de haber sido el espectador inmerso en la secuencia concreta de aquello que resume la pintura miniatura que tengo entre mis manos cuando desayuno y/o meriando.

En otras lunas habrá vívidos escenarios acompañando jarros de chocolate espeso donde mojar rosquillas de maracuyá, y no serán transferencias ajenas sino mis creaciones mentales inspiradas en la realidad de Floreana Salvaje. En todo caso, vendrá la estampa de la iguana emergiendo del mar para instalarse en su terraza de la orilla rocosa húmeda acariciada por espumosa resaca, festonada de musgos pardos matizados con el deambular de cangrejos zayapa, dándonos la espalda a mí y al lobo que hurgaba en su grupa contorsionando el cuello como hacen sus parientes del pajonal de superpáramo.

NO voy especulando por el camino en qué me depararía esta o la otra distracción turística de catálogo, o si el punto culminante de mi sendero estaría a la altura de la expectativa generada por la propaganda hecha para visitantes de alcance convencional. El turista común tiene las horas contadas para obligarse, y exigir al operador si es del caso, a cumplir con los asombros animalistas pactados de antemano por una suma monetaria. El éxito de un tour terrestre o marítimo se mide en los paisajes nítidos cosechados de los recursos turísticos de marras y, en especial, por la observación de especies endémicas acorde con el precio de los fragmentos galapagueños ofertados.

Todos los senderos me llevan a los últimos rincones de Floreana Salvaje, no se produce ansiedad por algo que falta de ver, acá no se explotan los recursos turísticos estacionados en el deseo, cualquier caminata es durable en la dimensión del capitán de FN. Voy libre de los senderos predeterminados por la oferta turística, y no habría manera de que me predisponga a la inercia de los operadores turísticos, sus paquetes paradisiacos en el tiempo rápido no volverán a levantar expectativa en el viajero de Villa Juárez. No ha sido mi sueño dar la vuelta acuática a la Corona del Diablo, que en catálogo vendría con la etiqueta de ser un conjunto de rocas dentadas sobresaliendo del mar donde medran tiburones tintorera a granel, tortugas marinas verdes a placer, mantarayas a pedir de boca, etcétera. No fui sujeto de cruceros, mi condición de lobo de páramo no admitía fungir de lobo oceánico. No soy sujeto impedi-

do de caminar por libre en zonas restringidas, no se ha presentado un guarda-parques que me saque de mis viajes aduciendo que es justo desde el prisma de la conservación de las Islas Encantadas, donde aislamiento es igual a preservación de las especies. Yo también estoy aislado, no soy sujeto de turismo regulado sino sujeto de medrar en los senderos que se crean para entrar y salir de las intimidades virginales de Floreana Salvaje.

Las instantáneas fotográficas pululan en la dimensión de Isla Santa María, son imprescindibles para los visitantes de los “recursos turísticos” en oferta, y en particular para el turista corriente y más prosaico de todos, el turista *paloselfie*. Si las Islas Galápagos siglo XXI, que aún están por conocer de mi parte, no han sido expoliadas hasta la médula es debido a la suerte de no guardar bajo suelo la peste del petróleo o del maldito sucedáneo que haga que su devastación ecológica sea un imperativo para el desarrollismo del bípedo depredador. En el papel, las Islas Encantadas, deben mantenerse exentas de remoción, y eso implica tener poblaciones humanas residentes y flotantes controladas. Si de hecho los misterios de Galápagos están reservados a los privilegiados que tienen la oportunidad de husmear a fondo en ellos, es impagable esto que cosecho –sin haber sembrado nada– en Floreana Salvaje. Me basta y sobra ser habitante de FN, en esta dimensión llevo ventaja insuperable a los magnates que anclan sus yates ultra lujo en las bahías de la isla más recóndita del archipiélago. No hay manera de medir con dólares este hospedaje en la realidad del sujeto del descubrimiento.

IBA a contar en extenso sobre los cinco tiburones ballena que avisté desde el mirador del Gavilán Pollero, lástima que no será así, pues, la merienda trajo consigo desbocado surrealismo. Me vino a la mente la figura de un mar somero transparente donde se solazaban ictiosaurios en vez de tiburones ballena. Lo hice de nuevo, aún sabiendo que me está negado el asentar palabras en el cuaderno cuando cedo a la tentación de exaltar un suceso extraordinario en mi mente al calor peripatético de succulentos bocados servidos por la cocina FN. La mejor forma de bloquear la escritura de un acontecimiento es rumiarlo a la par de ingerir la merienda, es como haber devorado hongos alucinógenos que me conducen a ser el director y guionista de mi flamante película surrealista.

Merendé sencillo potaje que incluyó aromas y recuerdos de la cocina campesina, frugal, del pueblito sureño de Cruzpampa, alverjas con guineo verde acompañadas de aguacate guatemalteco. El postre que proveyó el dispensador de comida por integración molecular, se añadió al agasajo del paladar, pastel de mortiño, exquisitez de un fruto que jamás antes había devorado con semejante gusto. Esto con el añadido de que algo similar dije del menú de anteayer, y diré de los bocados de mañana, no estoy programado para estar descontento con las creaciones gastronómicas de la casa.

Acá no hay basura artificial ni orgánica, la materia útil del diario se integra y desintegra molecularmente. Sí me advirtió Clara de que venga con lo puesto a Isla Santa María porque no iba

a pasar necesidad de ningún tipo, y supuse que todo iba a ir enmarcado en la dimensión Homo sapiens siglo XXI, incluido en ello la normalidad futurista al estilo de Clara residente en Galápagos. Desde que fuimos compañeros de banca y hologramas en los altos centros de estudios borreguiles, cuando “las locuras de Clara” eran objeto de broma por los simples, yo creía en ella y me tomaba muy en serio sus recomendaciones porque se hacían realidad a la vuelta de la esquina. Esto hizo que la expectativa crezca desde que fui liviano al aeropuerto de Tababela –literalmente con la ropa y calzado de la jornada–, apostando a cumplir al pie de la letra las instrucciones de Clara, apenas portaba algo de dinero y mis documentos en regla para abordar el avión y hacer el vuelo directo desde el continente a isla Baltra y de ahí vendría el resto.

19

LOS verdes de manglares de raíces acuáticas rojas, las yerbas rastreras cubriendo la arena bermellón, los grises de las rocas aglomeradas en montículos o formando calzadas y plataformas, los pardos de las algas y musgos, hacen los matices más notorios de flora y materia yerta asociadas en el filo costanero. Dije en otra entrada que soy el que mueve al pintor de FN, el de la cerámica del jarro de café. Cada jornada asoma estampada la miniatura que reemplaza a la de ayer, haciendo el cuadro impresionista de la imagen que mi mente capturó para aleatoriamente colocarse en lista de espera en la secuencia de pinturitas fragantes. Es como si el líquido que bebo del jarro de café disparara el instante del génesis de la pinturita. Si coleccionara los jarros –que es decir las pinturitas– tendría una serie de mini-absolutos que sumados harían una nada, es decir, un conjunto de adornos vulgares porque perderían su valor espiritual para materializar una vitrina de recipientes insulsos, pasto del polvo y la ceniza de museo casero. La esencia y a la vez detonante de la magia que contiene el jarro de café y/o chocolate es que la flamante estampa desaparece con el arribo de la siguiente jornada, sin perder su encanto ni continuidad porque hace el relevo antes de congelarse en una imagen desangelada de exhibición mundana. La pinturita que se fue es la energía que propicia el lanzamiento sideral de su continuadora, uno no se conmueve con la partida del jarro de ayer porque el del presente inmediato se ha constituido en su liberador antes de volverse prosaico.

El hechizo renace cuando re-descubro el instante donde por mis pies llegué para generarlo. Acabó de visitar a Las Botellas,

fue un viaje embarcado en el cuadro del jarro que sostuve entre las manos hace poco, el que recobró la forma de las tres rocas dentadas que sobresalen metidas en el mar un tanto para no difuminarse, más bien estando cerca pero dando la impresión de lejanía para convertirse en una pinturita del siglo diecisiete: ahí la escuadra de guerra ajada, tirando entre sus buques una línea perpendicular, en heroica retirada buscando puerto para lamer sus heridas. (Otra época humana traían los galeones españoles de la imaginación, mas estaba parado en la huella geológica del tiempo colosal comparado con el minúsculo tiempo-espacio que tiene el Homo sapiens en su Tierra del consumismo. Es una minucia temporal que viene ocupando en su breve travesía por la edad de Gaia, pero se ha ganado nefasto título planetario, ¿cuál es la era vergonzante, devastadora por antonomasia, que ninguna otra especie terrícola ha ostentado ni ostentará?: Antropoceno). Instalado en las delicias de FN, podría decir que las rocas dentadas asomaban cual botellas de champán derramando su espuma blanca, flotando verticales con leve inclinación a occidente, pero yo me di el gusto de verlas como galeones fantasmagóricos condenados a existir en perenne retirada tras haber sido derrotados en batalla naval, y así está plasmado en la pinturita que acabo de recuperar. Cualquier caminante estaría en lo correcto si pinta de otra manera a las rocas dentadas, y no les vendría mal si las bautizaran de Muelas de Nosferatu, o Colmillos de Lobo Estepario.

DESDE afuera, FN, se presenta hermética, infranqueable, podría ser un rectángulo poli-dimensional antirreflejo, su negritud mate es impasible, al tacto es superficie lisa antiadherente que rechaza huella dactilar alguna o la presencia de cualquier bicho tipo geko aparentemente capaz de reptar por ella; sin rastro de polvo, lluvia o cualquier indicativo del paso del tiempo a la intemperie de Floreana Salvaje. Sí, soy recurrente porque gozo cada vez con la escena de su aparición, uno se topa de sopetón con FN porque no se la divisa por casualidad ni de lejos ni de cerca, se mimetiza con los campos abiertos de roca gris y no con los colores miel-pastel del bosque de palo santo de la colina Cerdita Comunista. Estaría aburrido si tuviese a mano al edificio de FN como punto de referencia en el mapa mental de señas exteriores permanentes, he tirado líneas imaginarias desde la orilla costanera sur y me deleito ubicando geoméricamente a mi morada al costado este de Cerdita Comunista, exclamando agradecido "sé que allá estás, ¡maldita!". A FN paso de buscarla, pues, todos los senderitos que he seguido para llegar a casa constituyen muleta psicológica infalible. Apenas presiento la cercanía de FN, empiezo a divagar cual niño antes de ser arruinado por la escuela, tal frescura y distensión va a cuenta de tener la certeza de que no voy a extraviarme a lo bestia humana. Lo que sí hago es perderme en las pequeñas felicidades y pequeños tormentos de descubrir.

Encontrarse con FN tiene una escala de intensidad, en lo más alto está la sensación de verse frente a la estación de tránsito

galáctica, de Clifford D. Simak, mezclada con el monolito azabache de 2001: *Odisea espacial* –el misterio del metraje de Stanley Kubrick con un guión compartido con el autor de la novela inspiradora de la película, Arthur C. Clarke–. Cuando tengo la visión de una estación de tránsito astral al arribar a FN, me alivia constatar que se trata de mi campo base en Floreana Salvaje, del cual entro y salgo a jornada continua sin aguardar el arribo de extraterrestres de formas o no-formas inconcebibles para la matrix antropomorfa. Sí, cada jornada franqueo la puerta –por llamar así al acceso a FN– de ida y vuelta de mis excursiones. Se abre cuando veo algo del interior minimalista del hogar, es decir llegando por cualesquier punto de la nave hallo despejado un portal de ingreso a ella. Al momento de salir sé que está abierta la puerta porque me deslumbra el fondo esférico como estuviese enfocado por un catalejo, no hay ventanales panorámicos ni filtros atenuantes de la isla solar con su carga meteorológica. Si es de noche mis sentidos se percatan del paso al nocturno de Floreana Salvaje, distingo el cambio de tercio de las sombras lunares hogareñas a las crudas particularidades de la oscuridad exterior.

Otro cantar es apenas se cruza el umbral del hogar, casa adentro la imagen de perfección geométrica y de impenetrable negritud galáctica del exterior del edificio se desvanece. Se retira la cortina azabache de FN y surge el interior de la nave polifacética con sus ventanales panorámicos y filtros de luces y sombras, viene el tiempo–espacio que está diseñado para el reposo y recogimiento integral puertas adentro. El techo falso de aparente multimadera es cambiante, intercalando desde el rústico bambú de cabaña tropical a refinada caoba palaciega, depende de mi estado psicobiológico y por nada del mundo tomaría una escalera para constatar si es hecho de materia vegetal o es un holograma perfecto, qué más da si es una u otra cosa en tanto provoca idéntica distensión. La piel del expedicionario se muda al ambiente relajado que molecularmente se adhiere a su personalidad, y el sujeto de la experiencia me sugiere que fue afuera un ente extraño a la evolución de Floreana Salvaje. Cuando estoy en simbiosis con la instalación del interior de FN, el que arribó de Floreana Salvaje se dice: contemplaste un mundo de singular belleza donde no te sería posible sobrevivir

por ti mismo, por ejemplo, careces de la sangre fría, caparazón y la piel rugosa de las beldades reptilianas como los especímenes de *Chelonoidis nigra* que pueden ayunar hasta seis meses; tampoco podrías equipárate al estupendo lagarto que expulsa cual geiser biológico sal oceánica, perenne comedor de algas submarinas, ser estático que se sirve a discreción de los rayos solares.

El clímax panorámico desde el ventanal frontal de FN, antes únicamente arribaba con el crepúsculo del ocaso, mas con la llegada de las salidas nocturnas que son minoría pero que tienen a su haber una suerte impensable para el ave diurna: amanecer desayunándome con yucas al ajillo y champiñones, no es poca cosa. ¡Vaya café reforzado con los adioses del alba! Ver el despertar de los dragones de oriente echando fuego a discreción a la naciente mañana que avanzó en pos de su instante radiante: el contraste entre los habanos, escarlatas, carmesís, azules y turquesas en ciernes del mar. La transparencia atmosférica del bosque seco desembocando cremoso en la orilla rocosa azabache, esto aunado a las espesas nubes pardas que hacían un corte al ras en el horizonte, era una pared gris inmedible y divisoria dentro del piélagos metálico. Fue un tiempo despejado para recrear un cuadro espacial a la manera del planeta Solaris, la isla estaba visible adentro e invisible desde afuera.

La tarde muere conmigo con el ocaso mientras que el advenimiento del sol es renacimiento matinal. Pasadas las abluciones pertinentes al despertar, habiendo desayunado con plato fuerte y medio litro de café seleccionado para disparar los sentidos, soy puro nervio y ganas de andar con la mañana y extenderla hasta que sea en sí el condumio de la jornada solar. El ocaso y el alba traen el toque justo para no matarme por sobredosis de felicidad o por sobredosis de melancolía. La puesta del sol que sufrí anoche, fue espectáculo que me extendía el elixir del punto final a mi renglón existencial, hubiese abandonado encantado la unidad de carbono Homo sapiens si no fuese por la cordura que trajo la noche tomándose FN o algo que da lo mismo, FN abrazándose con la noche. Eufónica oscuridad me libró de enceguecer sin retorno con los rubores del ocaso que se ha ganado, al momento, el puesto

más alto en el pódium de los incendios deslumbrantes. Embebido en las horas de divina oscuridad ecuatorial, la luz eléctrica resulta anacrónica porque es innecesaria, cuánto cerebro que desapareció el impulso subliminal de encender bombillas: basta el rayo de luna que enfoca mi merienda peripatética; basta el rayo de luna que enfoca este cuaderno que por inercia navega a ninguna parte.

21

EN los días corrientes la tardecita marca el fin de la mañana, guardado en FN se inicia el tiempo del sol de los venados, me honre o no con su presencia. El esporádico golpe de luz anaranjada halaga con la luminosidad propia de su instante ecuatorial, es poesía visual en los pajonales de los altos andes del lobo de páramo y ahora lo es a nivel del mar de Floreana Salvaje. Esta luz naranja pone eso suyo para diferenciarse por su breve intensidad cromática de otros instantes de la jornada solar, su tersa levedad contrasta con el fulgor de la mañana rumbo al calcinante clímax del mediodía ecuatorial. El sol de los venados, allende su cercanía al ocaso no le quita espacio ni tiempo al escenario crepuscular.

Sigo calentando la salida nocturna pasada la medianoche que me conduzca a un balcón de la selva montañosa de árboles lechosos, y que se desate de una buena vez el alarido del despertar de los pájaros pescadores de alta mar.

He manifestado que en la intemperie no he sido sujeto de ataque de los vampiros minúsculos de estos pagos tropicales, merced a esa especie de escudo repelente imperceptible que cubre mi piel formando una barrera infranqueable a los insectos endémicos de la isla que jamás se posan en mi envoltura de carbono. Así que dentro de la nave FN no es de extrañar que literalmente no vuela ni se mueva por el piso, paredes o techo el más ínfimo y ladino de los insectos, no he encontrado huella de cadáveres de bichos minúsculos para barrerlos al exterior. En todo caso, la ausencia de insectos muertos, no es el motivo por el que no barro el piso sino la

realidad impoluta que habito, acá no hay utensilios de limpieza de ningún tipo porque no hay qué limpiar, por doquier que pasan y repasan mis pies desnudos y manos no recogen suciedad, al punto de que estoy libre de residuos de materia sensible al tacto que pueda tildar de asquerosa, pegajosa o mohosa. Tampoco es que los ambientes reluzcan y huelan a detergente antibacteriano de hotel cinco estrellas, acá el aire se recicla con aromas suaves e intermitentes de las especies de bosque seco aromáticas como el palo-santo y los colores mates claros y oscuros dominan para reposo de la vista.

Se me viene a la mente la imagen del grabado “Sueño tropical”, creación del romántico viajero y expedicionario Edward Whymper. En el cuadro se ve a un hombre angustiado –Whymper– que se revuelve en su lecho mientras es vigilado por una iguana terrestre verde endémica del litoral guayasense, ésta se halla en su regazo retándolo con compulsivos movimientos de cabeza. Por contraste, tengo el otro extremo a la innata pulcritud de los interiores de FN, se trata del hostel de madera ubicado en lo que entonces era la pequeña urbe y puerto de Guayaquil donde, el caballero inglés, promediando el año 1880, se alojó. “Sueño tropical” aparte, Whymper, dibujó a las 35 especies de insectos que deambularon en su dormitorio mientras aguardaba el barco en el que viajó de regreso a la isla natal.

Los ambientes de FN de continuo están renovándose hasta los últimos rincones visibles, y este fenómeno no pasa desapercibido para mis sentidos. Advierto con meridiana claridad la profilaxis automática de FN, en especial cuando me remito a las imágenes de ventanas abiertas de Villa Juárez, allá era una costumbre barrer cadáveres de especies diminutas antiquísimas. En la sempiterna primavera–otoño al pie del volcán Ilaló mañana, tarde y noche ponía de patitas en el jardín a individuos pertenecientes a especies que generalmente no son ponzoñosas. Confieso que tengo debilidad por las arañitas saltarinas que son capaces de cazar de un brinco mítico a moscas que las duplican o triplican en tamaño, he sido testigo de excepción de batallas diminutas dignas de poesía épica. Las arañas grandes del Ilaló que de repente se hallaban extraviadas en la baldosa de mi morada citadina, que no son arañas

jamacas pero sí muestran un par de colmillos respetables, las detectaba con el rabo del ojo cuando buscaban la sombra del filo de las barrederas para no estar tan expuestas a la luz solar o a la luz eléctrica. El momento que una araña del Ilaló era sorprendida se quedaba quieta donde estaba, entonces iba a por el vaso de plástico y la cartulina con la que la dirigía hacia la trampa libertadora, la cartulina además era la tapa del recipiente hasta que la soltaba en el cerco del eficiente parásito vegetal Susana de ojos negros, a unos treinta metros de la cocina.

Aprovecho para hacer particular mención de la captura de cochinillas, por el hecho de tener contacto pleno y placentero con ellas, pues, las atrapaba con los dedos que forman la pinza de precisión milimétrica de las manos. He fungido de ente omnipotente cuando tenía a una cochinilla en la palma de la mano, ésta se ovillaba cual armadillo minúsculo y le daba un empujoncito para que se mueva –qué rico era el cosquilleo que inferían sus múltiples extremidades–. Liberaba a la cochinilla de marras en el cerco de bambú tras la ventana de la sala de baño principal, así podía descender por el laberinto vegetal hasta reintegrarse a la tierra.

Entre los cadáveres que barría el amo de casa en su morada andina, no faltaban los bichos que perecían bajo sus pantuflas; acción involuntaria puesto que en él ha sido espontáneo el gusto de andar en la oscuridad hogareña, considerado como un derecho adquirido hace mucho. Los zancudos que zumban en las orejas fueron repelidos con un incienso amazónico, así me libré de usar repugnantes venenos ambientales. Los diminutos que mueren puertas adentro por haber quedado atrapados en hábitat que no les corresponde, fueron víctimas de doña Verito, alias Profilaxis, que en Villa Juárez es la limpieza profunda, a mi hogar le tocaba los viernes ser visitada por los instrumentos para llevar a cabo su especialidad aniquiladora. Doña Verito (cándida representante de la especie terrícola denominada por la inteligencia del universo lemniano, *Bichomonstruo Cadaverófilo Furioso*), no conocía de mis andanzas con los animalitos que se salvaban de sus instrumentos para generar aparente esterilidad.

Al cabo, mientras exista piso vegetal alrededor de mi mansión de Villa Juárez, habrá la provisión de lepidópteras, arácnidos, gusanos y demás monstruitos que alimentan el imaginario de seres de ciencia ficción espantosa. La tarjeta y clave de entrada la tiene doña Verito, alias Profilaxis, y continuará con su labor exterminadora aunque no sé hasta cuándo, supongo que mientras su empresa siga recibiendo la transferencia monetaria correspondiente.

SE me dio el despertar nocturnal del Petrel, salí de FN más allá de la medianoche con el pretexto de propiciar su encuentro. Hice el mínimo sacrificio que es proponerse a punta de fuerza psicológica dejar la calidez del hogar para una excursión sin sentido, esto remitiéndome al gusto del ave diurna que soy. Abandonarse en la intemperie salvaje de madrugada es una anomalía, pero como dije el resorte ideal de la expedición era capturar el sonido del Petrel. Y no buscaba al Petrel después de los incendios del ocaso con el fin de regresar temprano, mucho antes de la media noche, sino que había que llegar al fondo de la noche transitando el alba.

Mis expediciones nocturnas no son una bofetada a la normalidad del residente en la urbanización Villa Juárez, son una variante en la dimensión donde me es posible ser expedicionario de la oscuridad apenas se abre el acceso al exterior prístino. Es de agradecer la diferencia en las formas del vividor, aunque lo sustancial es la transformación integral, no es arrebatado afirmar que fue el solipsismo del ciudadano de Villa Juárez lo que creó la energía para dar el salto al sujeto de la contemplación en Floreana Salvaje. Qué calidad de mansiones ambientalistas –en particular la mía–, construí para pudientes ciudadanos siglo XXI. Villa Juárez es la marca pública del arquitecto que fui, tiene las etiquetas de ecologista y futurista que el ilustre cabildo quiteño le otorgó. Fungí de mentalizador, diseñador y constructor de esa burbuja de hermosura residencial al pie de la caldera del cerro Ilaló, en aras de

ser el primer beneficiado de sus instalaciones ambientalistas que hace que uno se olvide que afuera de sus murallas ruge y palpita la jungla de cemento con toda su carga de fetidez desarrollista. Qué podía motivar al marmota urbano a abandonar su preciada burbuja, era inimaginable para el hogareño de Villa Juárez salir de noche para cualquier cosa, pues, tenía que moverlo un evento de quilates como asistir a las reuniones iniciáticas de Café Vía Tarot para descubrir o redescubrir al infinito una pintura, y más allá aún, una joya de arte pictórico, o ir de adolescente platónico a una cita con Clara que es lo mismo.

Aun en la jornada solar había reducido al mínimo zambullirme en las arterias escleróticas de la metrópoli capitalina con aires ahumados de megalópolis distópica, más conocida en el mundo literario como Medusa Multicolor. De repente iba al centro de la Medusa Multicolor como turista de Plaza de la Independencia, cuando me apetecía una buena charla existencial con Genaro Bustamante, y hacer una fiesta de la especialidad de media semana del Café Madrilón: moka café más buñuelos de Vilcabamba. Instalado en Villa Juárez, me sobraba tiempo para no hacer nada, esto desde que reduje drásticamente la jornada laboral que quedó convertida en un lapso más bien divertido e inocuo circunscrito al computador del estudio.

El solipsismo de Villa Juárez fue parte de la preparación psicobiológica que hizo que evite traumas emocionales al incorporarme como capitán de FN, sin que haya de por medio transiciones extenuantes. Con un sacrificio ínfimo he culminado con bienaventuranza la salida de media noche en adelante, capturé el alarido del Petrel pata-pegada. Me provoca hilaridad comparar “mi sacrificio ínfimo” con las ascensiones épicas de “los guerreros del hielo”, esos rinocerontes psicológicos a la zaga de Jerzy Kukuczka, me refiero a los polacos que cometen expediciones invernales por vertientes de miedo, lovecraftianas, en los montes Himalaya.

La primera vez que amanecí desayunando yucas a la hortelana, que vinieron gloriosas al paladar, fui a dar a la plataforma retrepada en barranco de la costa rocosa, desde que dejé FN había

seguido el senderito de rigor en medio de una nube espesa que al final del trayecto, cuando la música del océano empezó a ser perceptible y fue creciendo en la noche oscura, me daba la idea de estar adentrándome en la mar meciéndose apacible, con suma delicadeza, para no estropear el hilo de tierra que me sostenía entre aguas quietas. Y el colofón del trayecto de ida fueron las siluetas de Isla Española e Isla San Cristóbal en diálogo a tres con Floreana Salvaje, con esa fugaz pero nítida visión de los carboncillos de esas islas resolví mi situación geográfica, creí haber estado en el pico de la costa rocosa de Punta Ayora. No hubo decepción por la broma que me jugó el sendero que en vez de llevarme a los bosques de lechosos de la zona alta me condujo a la orilla oceánica que por un instante me hizo imaginar que iba a aparecer una nube negra y aullante de miles de individuos de Petrel pata-pegada rumbo a pescar en el piélago, un espectáculo impresionante si se hubiese dado y que no descarto pueda ser el teatro de gala de futura madrugada.

Ha sido mucha la expectativa por estar inmerso en el reclamo del Petrel, erróneamente pensé que iba a asentar fajos de palabras inmediatamente pasado el portento, no ha sido así, y no fue la excepción a la regla de que cuando más especulo en un hecho más surrealista se torna, y esto hace que al momento de trasladarlo a este cuaderno llegue exhausto de palabras a él. Sí fue un fenómeno el encuentro con el alarido del Petrel pero no únicamente por ese hecho cumbre, sino porque de principio a fin la salida fue en sí misma un portento. Caminé como si estuviese avanzando por estrecha garganta de paredes gigantes de granito azabache cortado a pique y, por cima de esa barrera infranqueable, tenía a constelaciones de astros titilando en la negritud del firmamento. Ayudó la pálida luz que brota del dispositivo que anida en mis pies que alumbraba los diez pasos siguientes del senderito que, conforme lo cubría, desaparecía a mis espaldas en una de esas noches que a la vez son oscuras y luminosas en el nocturno de Floreana Salvaje. Un momento dado me detuve en seco y voltéé a ver atrás el sendero como en ocasiones hago en trayectorias solares, por eso de convencerme de que no volveré a pisar la misma senda de nuevo porque se esfuma, y a pesar de conocer que la luz de mis pies no funciona si uno quiere desandar, fue como si tuviera la pared de

granito azabache al frente y no a los costados, y los astros seguían reverberando en la bóveda gris. No era ilusión la espesa oscuridad que me rodeaba y tampoco el hilo de luz que me impelía para arriba en la zona montañosa y cómo el terreno que pisaba era enfocado al detalle en su conformación mientras avanzaba, si me detenía quedaba petrificado en las tinieblas.

Mientras más oscura es la noche más se experimenta la sensación de estar perdido; sin embargo, esto acá viene a ser caminar bendito en las intimidades de Floreana Salvaje. Es fabuloso palpar la diferencia de no destilar terror como si se tratase del ser extraviado en una escena macabra de Carretera perdida, del cineasta Lynch. Experimenté con fuerza inusitada aquello de encarnar la antorcha del sendero que de repente desembocó en la sinfonía selvática del Petrel, el mentado alarido al cabo desembocó en la bóveda acústica que remitía distintos tonos musicales, en toda la gama de altos y bajos de una orquesta alada. Por momentos se daban combinaciones de reclamos existenciales de búhos y primates incluido el del neonato humano. Aquí dejo esto por ahora, no hay manera de acaparar con palabras el hallazgo multitudinario del despertar nocturno del Petrel Pata-Pegada, sé que surgirán nuevos encuentros con esa sinfonía alada, estoy inmerso en su temporada de anidación y eclosión, este acontecer fluirá de largo en el rumiante de FN.

A puesta del sol estuvo lejos de cuajar mediano incendio del piélago, no obstante desembocó en acuarela monocromática derivada de la garúa que no pasó a ser aguacero. La tenue lluvia que proveyó el cerro Pajas y Asilo de la Paz, su generoso sudor, vino a ser baño de agua bendita para el bosque seco. De lejos, la vastedad del océano argento, bruñido espejo de aguas en las apacibles bahías, lamía la costa volcánica gris que dispersó el eco de lobos marinos apiñados en ensenadas y caletas invisibles. De cerca, la acuarela se hace eufónica cuando el rugido de las loberías itinerantes conecta al canto gregoriano de los jilgueros vistiendo de gala con variopintos plumajes, ellos encarnan la música del palo-santo que se une al escenario oceánico.

Hubo ricos matices monocromáticos en el conjunto melódico, el ocaso fue acuarela plúmbea y música panteísta. No contuvo nubes arboladas formando figuras de titanes sanguinolentos, y eso hizo más vívido el pasado óleo del ocaso que me cautivó con los dragones azabaches cruzando entre sí espadas de fuego. Ser testigo del nacimiento del sol partiendo desde el alba es un teatro indeleble de excepción, estos acontecimientos aún son contados con los dedos de las manos pero es como si fuesen un montón, pesan en la memoria. No soy sujeto de madrugar, más bien soy de salir al exterior con el sol levantado en la fresca mañana, aunque desde mi posición horizontal en el lecho me sea dado el escuchar y ver algo del amanecer en la ventana ojo de buey que se abre al bosque. Mientras mi cuerpo-mente retoza satisfecho por el descanso, por el ojo de buey rueda el viaje sonoro y lumínico del alba a la mañana temprana, este apacible despertar del ave diurna es un abreboza para desayunar con jovial apetito.

El ocaso –con o sin el aperitivo del sol de los venados– es el evento que cierra los distintos escenarios hogareños del sujeto de la mañana prolongada. El ocaso trae el descanso a la modalidad

de la vista que reina en la jornada solar, y me beneficio de la noche oscura, con sus matices del interior de la nave y lo que corresponde al exterior. En Villa Juárez, casa adentro –cual chivo Drácula–, minimizaba el impacto de la contaminación lumínica que sufre la noche con un blindaje arbolado. Desde que arribé a FN, tengo un abanico creciente de formidables ocasos que se fusionarán con los menos agraciados y los grises pictóricos; al cabo, se unificarán los ocasos bajo un membrete, *Sol poniente de Floreana Salvaje*.

No me toca hacer álbumes para diferenciar a las fotos por sus particularidades, origen, fecha y hora de su exposición, no he adquirido esa afición que si es de verdad conlleva una fijación integral por los detalles que hacen el conjunto de las composiciones fotográficas. Esto último es innato al artista que lleva en su interior al fotógrafo que recobra a futuro el instante capturado en el pasado. Insisto, tuve a CCC para que me quite cualquier pena por pasar de inmortalizar el instante con instantáneas de Nikon modelo y lentes tal o cual. Claudio Cordero Crispin, tiene entre su selección fotográfica de Galápagos, una muestra que ha denominado “Las puestas de sol en el Archipiélago Encantado”, no sé cuántas instantáneas de ocasos corresponden a Isla Santa María, en todo caso si regreso a mi lar montañés haciendo una mota verde en la jungla de cemento, hieno y asfalto, será placentero ingresar en los incendios crepusculares indescriptibles de CCC, el que pregona algo parecido a esto: “El arte de retratar al ser salvaje consiste en obviar explicaciones. Las explicaciones las dan los autores de letras muertas, los oradores del espectro político, en suma los imagólogos de productos acabados”.

Uso palabras como ventana o ventanales para referirme a las vistas del exterior que tengo desde los interiores de FN; sin embargo, estas vistas panorámicas o de ojos de buey, no tienen rastros de cristales como las de las edificaciones de la normalidad Homo sapiens. Si paso mis manos por las “ventanas” de FN percibo al tacto la misma sensación de las paredes exteriores que son impenetrables y hacen honor al nombre de mi residencia en la isla mía. FN es una anfitriona que provocaría la envidia del conde Drácula, hospitalario como nadie de su casta. Estando en la dimensión de

Floreana Salvaje no evoco la dimensión de los parroquianos de Isla Santa María, no puedo reivindicar aquello que desconozco; he observado a Puerto Velasco Ibarra desde el gran angular del ciberespacio, y se me ha grabado como una maqueta que yace en los catálogos turísticos. A veces, desde distintos miradores, durante el tiempo de claridad solar y hasta entrando en algún crepúsculo incendiario, me digo “allá está el puerto de la otra isla”, a ver si por ilusión óptica asoma la figura del Beagle darwiniano arribando a la bahía de Playa Negra.

Tuve otro festejo con Clara de FN, su unidad sensual es una suerte de fusión entre un ente holográfico con uno onírico, ella viene a mí cuando en indefinible trance convoco a la feminidad de Floreana Salvaje. La cosa cierta es que se me presentó Clara de FN, su feminidad hecha materia perecible me atrapó del alba al nacimiento del sol. Al levantarme a hacer una más de las intrépidas expediciones de ente extraño en las intimidades de Floreana Salvaje, me alegra no ser cautivo de esa musa noctívaga; me siento como superalfa de *Chelonoidis nigra* ascendiendo al remanso de agua dulce de Colapso Suspiros.

24

ANTES del viaje a las Islas Encantadas, en esos momentos de relajamiento para compensar la potente tensión de la apuesta de aterrizar en lo ignoto, imaginé cuadros sabrosos en el pueblito de Puerto Velasco Ibarra. Observando las fotografías de Claudio Cordero Crispin, que desde adentro mostraban a un pueblito con vida pero vacío de humanos, se las había arreglado para retratar al puerto entero cometiendo siesta sempiterna. Las fotos panorámicas tiradas desde los miradores altos en el bosque seco o la montaña, exponían a la aldea como si fuese un caserío fantasma muy bien mantenido por sus invisibles residentes. Con estas imágenes prestadas de Puerto Velasco Ibarra, creía que iba a entrar y salir de él imponiéndome por las circunstancias sociabilizar con los parroquianos para que ellos sospechen poco de mí y yo sospechar otro tanto de ellos. Por lo demás, aquel propósito alegre de sociabilizar con mis congéneres (aprovechando la coyuntura de una isla apenas habitada por la humanidad en su centro urbano y haciendo presencia en la zona agrícola de las tierras altas), siendo infraestructuras montadas en la dimensión que aún no he puesto pies, se diluyó tan rápido como entró en mi mente-cuerpo la dimensión de FN.

He manifestado que no es que los parroquianos de Isla Santa María han desaparecido para mí y yo para ellos, sino que jamás hemos entrado en contacto mutuo y sin que de por medio haya en el aire inquietud por ello, por el contrario, se respira armonía.

No hay prójimos que se conecten entre sí gracias a que percibimos y sufrimos distintas realidades, estamos aislados en dimensiones diferentes e incompatibles entre sí. Estando en FN ni siquiera se me da el holograma de Puerto Velasco Ibarra tendido allá abajo, no me vienen escenas de su movimiento ralentizado que de pronto se rompe por el ruido de turistas que hablan a gritos.

Claudio Cordero Crispin, en *Crónicas de Islas Encantadas*, recrea escenas de turistas transeúntes que se cruzaron con él, su estilo narrativo es ficcional, no concibo otra forma de transferir una anécdota al lenguaje del relato sino es haciendo ficción de la fantástica realidad. Es interesante y divertido a la vez que uno puede montar su propia ficción de las lecturas que hizo de *Crónicas de Islas Encantadas*. Ahora mismo me asalta una escena inspiradora, digo así porque la voy a experimentar cual omnímodo narrador. A ver cómo me sale esta especie de apéndice, será una cortedad comparado con la extensión de la anécdota original, y, cuando llegue al final, no sabré cuánto se alejará de la historia que cuenta CCC.

De eso se trata este experimento, de no poder cotejar con las versiones originales (la virtual y/o la impresa) de la anécdota de *Crónicas de Islas Encantadas* intitulada: *Yo de incógnito en escena indeleble de Silvita de la Cuadra Ponzi*. No sé en qué se convertirá, pero sin duda encontraré aquello que busco: catarsis ficcional.

Yo de incógnito en escena indeleble de Silvita de la Cuadra Ponzi

Silvita de la Cuadra Ponzi, mujer de sobrios encantos otoñales -acorde con las fotos que ha liberado en el ciberespacio de FB y, mejor, de acuerdo con mi visión en carne y hueso de ella-, ha dicho de sí misma que es urbanícola de nacimiento y luego de tal acontecimiento mundano asegura que es urbanícola por convicción y arte del sujeto de la experiencia. Ella es fundadora de la página cienmilera-mielera que lleva un nombre larguísimo, *Si no te gusta la naturaleza virgen, ¿qué demonios haces en Galápagos?* (portal que hasta que perdí de vista seguía creciendo con más de cien mil seguidores que han votado más de millón me

gusta en la urna megustera del sitio). Silvita de la Cuadra Ponzi, manifiesta en el meollo de la presentación o el acerca de *Si no te gusta la naturaleza virgen, ¿qué demonios haces en Galápagos?*, que “[...] en tanto en cuanto no me ofendan yo no ofendo, de adrede no me encabrito, soy propositiva en la red FB en la que reside mi éxito social, respeto al cibernauta que no admite el no-me-gusta en su página, mismamente yo únicamente acepto el me-gusta en mi sitio, no me engaño, soy de vocación megustera y por mí me adelantara en el futuro para que me den no el millón de pinches me-gusta sino un año luz de *esto suyo es magistral*, ¿se imaginan ser receptores de un año luz de gentiles *esto suyo es magistral?*”. Hasta ahí, el discurso exacerbado de doña Silvita de la Cuadra Ponzi, es casi adorable, y ha sido guardado con la pisca de cariño al tiempo en que anduve afiliado a FB donde, por inercia de incesante run-rún bloomeano, pude montar particular mini-central de inteligencia e inmiscuirme en la intimidad del otro desde la invisibilidad que otorga el ciberespacio de la opinión fusionada con el chisme de halago o de insulto. No quiero acordarme si yo le solicité a ella la amistad pseudo-platónica o si ella a mí dentro del teatro obsceno de FB, el asunto es que con Silvita de la Cuadra Ponzi nos hicimos amigos pseudo-platónicos por azar propio de las redes sociales.

Cuánto agradecí la terquedad de no poner fotos mías en el muro de FB (mostrando el orgullo del cosmopolita: mi linda naricita aguileña bronceada), ahí apenas colgué enlaces a los artículos de la página literaria que vengo nutriendo a conciencia, el que es mi propio *Medio Venenoso*, así titula, y, por inercia, viene acompañado con la descripción de Blog libérrimo de Claudio Cordero Crispin. El bajo perfil que tenía en FB gracias a mi vocación de espía por libre, me salvó de que Silvita ni de relancina pudiera reconocerme, de carne y hueso, en un encuentro fortuito, que se acabó de concretar hace pocos días, y fue cuando yo sí tuve el placer de reconocerla camino al recurso turístico llamado *Donde anidan las iguanas*. Y es allí donde tuve ganas de romper el encanto y preguntarla a boca de urna megustera, “oyes, Silvita, ¿qué demonios haces en Galápagos?”. Ella que dice predicar resignación con su ejemplo, resignación a los seres humanos que envejecen en oficinas escultoras de neuróticos impasibles; ella que asegura ha sido eficiente en

el arte de esculpir su neurosis incurable, ella que es alguien en una sociedad volcada a la insectización; ella que exalta el trabajo de hormiga, y grita a los cuatro vientos que es una bendición ser causa y efecto de la esclavitud moderna. Yo creyéndola sumisa total a la matrix siglo XXI, diciéndome que no podría ser de otra manera siendo como es hija del sistema y, para serle fiel a la estupidización globalizada, es una ponzoña graduada con posgrados obtenidos en universidades decadentes, de esas que reparten doctorados honoris causa a diestra y siniestra del puro gusto de hacerlo y, mejor todavía, por la inyección de adrenalina que es un fajo de dólares donado para la ocasión por políticos putrefactos.

Y a todo esto la pregunta de rigor brotó de nuevo retumbando en mis adentros: "*Si no te gusta la naturaleza virgen, ¿qué demonios haces en Galápagos?*". Al parar en la caseta de registro e información del guarda parques, pude definir la cosa porque saludamos con la sonrisa de intrépidos viajeros desconocidos entre sí pero como diciendo al unísono: "aquí estamos en esta maravilla patrimonio de la humanidad, porque somos privilegiados". No arruiné el momento de reconocer en vivo a Silvita, fue instintivo en mí y felizmente no en ella, así que el instante se enmarcó dentro de un cortés saludo con mínimo contacto visual entre extraños visitantes de un mundo casi prístino en peligro de extinción latente por ser parte del planeta que administra la bestia *Homo sapiens*. No cruzamos palabra con Silvita, y aproveché para escurrirme hacia adelante forzando la marcha, así ella no tuvo la más mínima idea de quién podría ser el sujeto detrás de su camuflaje de turista común y silvestre.

La recompensa de escapar a buscar mi lugar contemplativo en el sitio de la costa rocosa denominado *Donde anidan las iguanas*, no se hizo esperar puesto que pillé a Silvita de la Cuadra Ponzi, nietzscheanamente hablando, en un pico alto de asimilación de verdad pura, capaz de enfrentar verdades insoportables para el ente de una existencia inauténtica. Presentí que estaba en un viaje a la angustia heideggeriana, que no es una desgracia sino tocar fondo en la nada donde anida el ser que no se deja sujetar, el que te dice "no te desquicies frente a la nada y aprovecha para

que nazca el vividor". En ese trance la pillé sin que se sienta observada ni pizca, percibo como las arañas cuando otro se percata de mi presencia o si me enfoca así lleve puestas negras gafas de sol. Ayudó mi disfraz y más aún el estar encaramado en altillo panorámico, algo así como reclinado sobre cierta formación que en sí era confortable perezosa de lava petrificada. Los grises de mi traje de sujeto del descubrimiento, las gafas impenetrables y la gorra ploma tipo desierto del Kalahari supieron camuflarme con la orilla rocosa, puedo jurar que ella no me vio ni con el rabo del ojo. Yo era coprotagonista silencioso de la obra teatral "Las confesiones secretas de Silvita de la Cuadra Ponzi", como un califa de la media luna convertido en garza ceniza para espiar a sus súbditos. Fue una sensación de dominio de la escena, aunque estaba tan embebido en el acontecer que menos mal que respiramos sin tener consciencia de ello. Ella, la urbanícola, rodeada de mansos reptiles producto de la temporada de eclosión primaveral. Ella, la cibernauta FB empedernida, contemplando ramilletes de iguanas bebés, ramilletes de iguanas maltonas y adultas entre el verdor de hierbas rastreras y las plataformas de lava de la orilla.

Silvita de la Cuadra Ponzi se dirigió a su impávido consorte -cual de intrépido expedicionario tenía los trapos de marca que vestía y las zapatillas deportivas con tecnología para proteger tobillos, de suelas antideslizantes, que calzaba- con voz seca, cortante, modular y precisa. Un encanto de voz me llegó con nitidez a los oídos, qué humor negro estremecedor destilaba en su mensaje:

"Oyes, Putaki, disculpa la risa nerviosa que me entra apenas imaginar que si te llamaría por las dos primeras sílabas o sea Puta, oyes Puta... sería una grosería en nuestro medio, debido a eso no me acostumbro a mentarte por tu apellido con el automático puesto, quiero decir que me encanta saborearlo a conciencia, ¡qué apellido tan raro tienes mi amorcito! ¿No habrás heredado esto de algún fin de mundo de la llanura húngara de Béla Tarr? Vamos al meollo de este asunto, escúchame bien Putaki, vine acá porque quise re-comprobar por mí misma que lo que predico en FB es gatoserpentoso. A la verdad, esto de *Si no te gusta la naturaleza virgen, ¿qué demonios haces en Galápagos?*, esconde

mi amor secreto por las iguanas y por segunda vez en la vida me angustia el encanto y el bálsamo para el alma que provoca esta bestia marina que de gris solo tiene el fondo de su piel presta a volverse pinturita tricolor, y que felizmente aquí la protegen más que a ti y a mí. No exagero si te digo que aquel machote, tal cual el que está estirado en la roca solitaria que te señalo, me abrumba con su atractivo, es comparable a la enhiesta majestuosidad de solitario pico nevado en radiante mañana andina, mañana de sol criminal que colabora con el imparable desnudamiento del coloso, el despojo de su ropaje millonario, sus glaciares [...]. Y aquí viene la gran contradicción que nace de mi angustia pura, mi amorcito, ¿qué es que yo propondría a los diputadillos patriotas?, habiendo como hay tanto muerto de hambre entre nuestros animales políticos en la palestra, propondría que ellos y sus secuaces hagan algo provechoso con su voraz apetito: tragarse los unos a los otros. De igual forma yo debería hacer algo provechoso contigo, mi amorcito, molerte a palos en vez de que la santa humanidad haga esa barbaridad con los pulpos. Yo haría de ti -y de los que son como tú- platillo exquisito, un devórame íntegro. Qué rico, quiero más Putaki a la gallega. Qué rico, quiero repetir el Putaki a la piedra galapagueña”.

25

EL punto culminante de la salida fue la escondida poza de aguas salinas estancadas, rica en algas y fuente de microorganismos que hacían las delicias de las aves que allí descubrí: pareja de flamencos rosados y trío de patillos de cuello blanco y cola pintada, un encanto en el escenario herboso a su medida. La pequeña poza, estaba invisible tras otra acotada obra de la naturaleza prístina, la caleta de playa inclinada, donde juveniles tortugas carey retozaban entre arena dorada, piedras negras y aguas transparentes.

La sorpresa de la poza de aguas fangosas se encuadró dentro de lo que es propio a las expediciones que he venido haciendo en la isla, y es encontrarse el rato menos pensado con algo que la realidad de Floreana Salvaje tenía pendiente para con uno. Así la pareja de flamencos combinando negros, blancos, rojos y rosados esplendorosos en su plumaje jugando con la brisa marina, ellos deleitándose en la charca escondida que se creó ante mis ojos; así los patillos que nunca antes había observado ni de lejos en la isla mía, intempestivamente se acicalaban tan cerca. Los patillos se incorporaron con honores al encuentro pospuesto por el hado que tenía con los flamencos, estos últimos habían pasado por mi gran angular a distintas distancias y alturas como un reflejo rosado, pero jamás en la intimidad de anteayer.

No iba a ser una sorpresa tener un encuentro cercano con los flamencos pero sí el cómo se daría ello. Desde arriba del peñón

W, a un kilómetro y medio aproximadamente de la gran cocha salina de Punta Cormorant, me deleité con la mancha rosada reverberando por el potente sol de mediodía. Antes tuve lejana y primera visión de la gran charca bordeando la caldera sinuosa del Pajas, cuando su cumbre vaporosa se vestía de helechos cobrizos perladados por el rocío matinal; la charca refulgía en lontananza, imaginé el reflejo rosáceo en el agua turbia de cuarenta o más flamencos reunidos para la postal que no ha sido grabada todavía en el jarro de café. Está por abrirse el sendero que ponga al sujeto del descubrimiento en el sitio mismo de la aglomeración de flamencos, cuando esto suceda estaré sumergido en la mancha rosada que se bambolea con multitud de patas zancudas removiendo el piso fangoso de la gran charca, y la danza de acoplamiento se anunciará con música de docenas de cornetas al viento. En todo caso, me contento que sea así, que primero arribó la diminuta poza anclada en íntimo verdor con las aves que pasarán a la memoria de encuentros interespecies.

En Crónicas de Islas Encantadas, CCC, cuenta que las charcas salinas de Puerto Villamil (Isla Isabela), están al alcance del turista más perezoso y reacio a caminar. A una cuadra del parque central y de la calle de los restauranteros del pueblito, el visitante empieza a echar ojo y lente a los flamencos rosados. No faltan estas aves a cualquier hora y época del año, medrando en sendas charcas salinas. CCC dice que la temporada de apareamiento es el clímax flamenco con la afamada danza del amor, que se vende muy bien en la literatura turística y entre los “guías fonómicos” es una cita obligada a sus clientes, incluida la risible imitación del bailoteo de apareamiento. Allá es cosa de andar cinco o diez minutos dentro o apenas en la periferia de Puerto Villamil, y el turista se topa con las aves que a mí se me aparecieron inesperadamente tras larga caminata que venía con ese aparente rumbo a la nada que es el sello de lo ignoto, que fascina porque de hecho en Floreana Salvaje la nada acaba ofreciendo mucho: florece.

En Villa Juárez, la fotografía de Claudio Cordero Crispin, transfería imágenes al microcosmos de Crónicas de Islas Encantadas. De repente se animaba la fotografía de CCC, creando

escenarios para sus anécdotas. Veía los cuadros de la noche lunática con los ojos del romántico poeta ensimismado en intermitente toque de trompetas de flamencos noctámbulos, veía las cochas salinas en un horizonte bañado por luz monocromática. El ramaje artrítico de árboles de manzanillo, era fábrica de sombras arbóreas reflejándose en la película de aguas quietas.

CCC, en sus Crónicas de Islas Encantadas, a propósito de las pozas salinas de Puerto Villamil, comienza a usar expresiones tan graciosas como significativas, me refiero a palabras compuestas tipo “guía-fonomímico” o “turista-aturdido”. El turista-aturdido es el que por la premura del tiempo que pagó para tragarse a las Islas Encantadas, tiene que a vuelo de pájaro emigrante tirar fotos por doquier. El turista-aturdido, no se queda con el instante, pasa del instante, y el guía-fonomímico se encarga que sea así, que su tiempo de distraerse vuele. El turista-aturdido, como prueba de que anduvo por las Islas Galápagos envía señales al mundo de que se lleva imágenes donde la fauna y flora del lugar son actores secundarios, vienen expuestas detrás del actor principal que apostó a abarcar más de él mismo dentro de los paquetes turísticos que promocionan taxistas, agencias de viajes y operadoras. El turista-aturdido recepta de buen grado el paquete que le brinda el guía-fonomímico, sin chistar obedece sus instrucciones y pasa con embudo su letanía, si no es manso será una arruga en la satinada dulzura del rebaño. Se me viene a la mente la anécdota de la pareja que el guía-fonomímico hace sentir culpable por no ver lo que él sí vio junto a otros turistas aturdidos con suerte:

—Aquí mismo, exactamente donde estamos pisando en el camino elevado de Poza del Amor, igual con el agua turbia que apenas le llega a los tobillos a ese solitario flamenco que tenemos abajo, se celebró la danza del amor con el concurso de una docena de flamencos reunidos, qué maravilla fue verlos moverse como si fuese una parada militar de bípedos emplumados, se movían así... así... El final, ¡de película!, cada cual con su pareja, unieron los picos formando con los cuellos retorcidos seis corazones rosados. ¡Qué pena!, ustedes tendrán que regresar el próximo año para verlos enamorándose, no estamos en temporada de apareamiento.

La maravilla que surgió del filo costanero, tuvo ese añadido de convertir un punto de ninguna parte en lugar entrañable, esto sea con nombre pasajero o perdurable en el mapa del sujeto que descubre, mapa que va aumentando conforme se suceden las salidas de engorde existencial. Regresando de la charca nombré al cuadro animado que estuvo ahí para capturar el instante, mi instante y el de nadie más, no fue un producto vendido como recurso turístico al montón por un guía-fonomímico.

Enfoqué *Oasis para dos flamencos y tres patillos*, desde el filo de la colina que había anhelado con vehemencia sea la última que supere, y me dije algo que antes no me había dicho: “así no sea el tope ideal de la excursión voy a quedarme tomando aliento para luego dar media vuelta con la proa puesta en automático hacia la Cerdita Comunista, no me faltará ánimo saboreando el reposo en FN del intrépido expedicionario”. No soy un preso que graba la sucesión de jornadas funestas en el calendario astronómico Homo sapiens, soy el director del destino donde se han sucedido las jornadas del sujeto que descubre por y para sí mismo las delicias de Floreana Salvaje. Me resulta irrelevante conocer el número de las salidas al exterior han quedado fuera de este cuaderno, y no es del caso decir que no están aquí porque no tenían fuerza para ser incluidas, más bien ha sido por una suerte de selección arbitraria al ritmo de mi gana intermitente de recolectar y juntar palabras en un lenguaje propio. Mis escritos incluyen recuerdos involuntarios que de repente me visitan dóciles, y vienen para ser asentados con el orden dado por este cuaderno. En todo caso, la inmensa mayoría de recuerdos involuntarios son indomables e independientes y me asaltan como un rayo de luz, sin pedir permiso y a galope surrealista poseionan en la mente instantes de Floreana Salvaje que jamás serán parte de cuaderno alguno, y no obstante pesan igual o más que los acontecimientos que aquí encierro.

Hay particularidades que se han mantenido para mi regocijo de sujeto que descubre sin ánimo de explorar para explotar (eso que hace exitosamente la bestia humana en pos de recursos naturales para su desarrollismo), la modalidad caminata contemplativa que viene señalada por dos cintas. La cinta de partida está

a mano en cualquier dirección desde FN, es la que me dice: puedes perderte en tu contemplación porque no extraviarás el camino. La señal que pone fin al trayecto de ida viene con la palabra que retumba en la cabeza: ¡llegaste!, y coincide con la cinta que se crea en la mente para el retorno a FN. Las cintas, no varían de color, tengo la cinta azul marino al inicio y la roja al tope de la media vuelta. Hubo un añadido en la excursión de *Oasis para dos flamencos y tres patillos*, además del sendero que latía en los pies entre las rocas volcánicas del bosque seco desembocando a la línea costanera, ayudaron las piedras grises fosforescentes sujetas a cualesquier planta como palo-santo, cactus, etcétera.

La máxima, “no hay sendero de ida que se repita al regreso”, va conforme al tiempo-espacio continuo. Si hubiese una memoria virtual de los recorridos que hago, visualizados en un plano holográfico de la isla, con el tiempo vería cómo se cruzan o incluso repisan entre sí, pero no existe tal seguimiento y estoy muy a gusto con que sobre el terreno concreto los senderos hechos se esfumen sin dejar huella alguna para dar paso al sendero del instante. Así como no hay novedad en que no se repiten tampoco la hay si se asemejan entre sí, de hecho más en las salidas nocturnas cuando las sombras y la naturaleza vegetal se funden incorporándose a la modalidad de caminata segura. No extraviar el camino así uno vuela con la imaginación es más patente durante la noche, mi regocijo por la claridad de los senderos noctámbulos es inefable, de no ser así no tuviese a discreción la saludable alternativa de contrastar con las caminatas diurnas. Salir en la noche exige menos en la parte física en aras de la preparación psicológica que se requiere para dejar las dulzuras de la cueva del ave solar que soy.

Con luz solar, sumido en la calentura del bosque seco o ventilado por bosque vaporoso, la claridad hace en apariencia trajinados a los senderos por su corte limpio en su angostura hasta dar con la cinta que reconfirma el fin de ida, pues, como he dicho la primera señal es mental y es la que predispone al cuerpo al relajamiento antes de la media vuelta que transforma el retorno en distinto sendero. Franqueado entre paredes verdes de bosque nublado, he imaginado que si no tuviese la senda única de regreso

y tuviese que meterme en la espesura para abrirme camino a lo bestia humana entraría a un bosque carnívoro presto a devorarme. Adoro este toque de humor lemniano, me provoca soltar carcajadas de loco divino haciendo del retorno a FN una oda al jueves de Leopoldo “grasiento” Bloom.

Antes del encuentro con los patillos y flamencos no había sufrido de impaciencia por llegar a donde me lleva el sendero de ocasión, ansiaba el momento de concluir el trayecto de ida. Sucedió en el lapso abierto de sendero lavado –allá por los campos rocosos ondulados y de color almibarado del filo oceánico del sur–, apenas visible entre hierbas mustias ahítas de semillas pegajosas que no se prenden en mi ropaje que, además de liviano y fresco, en la fricción la materia le resbala tal como las paredes de FN. Se me hizo inacabable el panorama pastel rocoso dejando atrás señales fosforescentes en cactus candelabro, estacionados cual gendarmes señalándome que no pare, su reflejo era inconfundible a veinte metros de distancia.

La anormalidad venía por las tantas piedras entre los tantos cactus que se convirtieron en avisos extras de “dale, dale, vas bien”, factor que me resultó exasperante, empecé a desear intensamente que el siguiente cactus candelabro luzca la bufanda roja y no la piedra azabache fosforescente, y sea el punto culminante sin más juegos de falta para llegar, y tal vez mucho. La marca de “llegaste” revotaba y no venía a mí la sensación de alivio y alegría íntima de haber concluido la mitad del kilometraje senderista de la jornada. La cosa molesta y rara era que anhelaba terminar con una caminata llamada a ser sustanciosa porque abría ruta desde la mañana temprana, echarse a la isla para aprovechar la frescura mañanera andando por el filo rocoso de orilla ha sido una maravilla. La anomalía era evidente porque no me sumergía en el viaje al mediodía ecuatorial, clamaba por las bondades de FN, sin siquiera haber hecho la mitad del camino. La marcha carecía del monólogo surrealista que la distraiga del apuro de llegar, el viento no aliviaba mi desencanto con las caprichosas formas de la antiquísima lava petrificada; quería sentarme, apaciguar el mal genio con una siesta obligada, y que la brisa me entregue a un rapto de alegría a la som-

bra de un manglar, que el piélago vuelva a ser el insondable hábitat de leviatanes voraces, que agradezca con carcajadas de loco no ser comida fácil de alta mar sino lobo andino de orilla.

Cómo entender qué pasaba conmigo, cierto instante imaginé ser el número 1184, estando bajo el mando de la animadora 9, embebido en una mañana normal de distopía orwelliana. La animadora número 9 me ordenaba con inapelable discurso continuar caminando en el holograma del mal vivir autómatas. “1184, no te resistas a la matrix, es irresistible; sufre la matrix a tope y verás cuán grande es el premio del fanteche cumplidor”. Y yo avanzando en el holograma de cansino paisaje volcánico, mientras la pantalla injerta en la palma de la mano derecha me ofrecía las estadísticas completas del obligado esfuerzo. En ese trance infeliz aguardaba que surja la voz sensual, de la animadora 9, con la buena nueva: “Basta, felicitaciones 1184, hiciste el 50% de tu tarea matinal, tómate el tiempo que te concedemos de reposo, hidrátate con brisa regeneradora, cálmate con el paisaje marino, y regresa renovado para que cumplas con el 100% de tu salida de engorde. Ánimo 1184, el premio al sujeto que da todo de sí en el purgatorio será tuyo”.

Maldecía por el derrumbe psicobiológico, era una burla a la experiencia del sujeto que descubre, las jornadas anteriores se me ocurrían inservibles para capear el momento, cual broma macabra. Resentido por los estragos que me produjo el trayecto principal, el de ida, culpaba de mi lamentable estado a la ilusión de vigor infatigable por haberme acostumbrado a seguir senderitos mágicos con puntos culminantes más mágicos aún, a los que he arribado con suficientes arrestos físicos mentales. Me había convencido de que podía caminar el doble de la salida más exigente de ida, pero no se trata de una travesía sin retorno al punto de partida, el regreso da la medida del paseo, al concluir el sendero de vuelta hago cuentas por interno no cuán largo fue con respecto a otras excursiones, sino cuán semejante o distinto fue al sendero tal o cual que brinca a la memoria, qué emociones se dispararon más a costa del sacrificio de las que fueron a menos.

Fue motivo de festejo sorprenderme con los elementos subjetivos de la excursión a *Oasis para...*, esto frente a los datos también subjetivos que proporciona la memoria del sujeto de la experiencia, no hay datos estadísticos de las anteriores excursiones, es cosa mía montar el mapa mental de la isla y hacer la medición de esfuerzo por dificultad del terreno y kilometraje. Los pormenores de las salidas no están guardados en una memoria externa, y es un placer estar libre de frías estadísticas de las excursiones para compararlas entre sí. La relatividad del tiempo-espacio juega conmigo, ejemplo, puedo haber sentido que caminé mucho más en *Oasis para...*, que en la expedición al cerrito Chanchos, y nada me quita de que aquel esfuerzo psicofisiológico fue menor –apenas considerando la ida, puesto que el regreso de *Oasis para...*, fue papaya–, no obstante, tirando líneas en el plano mental del sujeto que descubre dicen que hice ostensiblemente menos kilometraje que el viaje a Chanchos.

Las sucesivas marchas pasadas no me habían preparado para rendir a *Oasis para...*, fue como el ascensionista que lucha contra la falta de gana de hollar la cumbre porque la ha perdido de vista, éste sabe que las banderolas salvan de extraviarse en la desolada inhospitalidad de rampas de nieve, hielo y rocas, pero esa muleta psicológica no libra de sentir de que cada banderola que supera es una mini cumbre del hastío. Para un andinista su cuerpo es la máquina animal entrenada para resistir al deseo de abandonar la conquista del ser inútil. La mente se eleva por encima de la nada, son los pasos que da hasta la siguiente banderola, le repite algo que él ha experimentado con antelación: “mañana, este sufrimiento voluntario te vivificará, vendrán a ti las imágenes de gélida belleza que captó el microcosmos en aras de asaltarte cualquier momento del futuro con tu mundo vertical divino-enedemoniado. Entretanto, bebe de los desniveles de locura y el aire enrarecido de los altos Andes ecuatorianos, este rato los soberbios paisajes de altitud no son una inspiración ni consuelo, mañana sí serán”. Mucha literatura ajena; sí, mucha, porque esto último está asentado por alguien que no es un montañero contumaz sino el sujeto que tiene a su haber, cual máxima experiencia ascensionista, el haber subido de vez en cuando al manso cerro Ilaló, vía la me-

dio–venenosa caldera de Guangopolo. La cumbre del manso Ilaló alberga sembrados de las fincas que antaño fueron parte de la legendaria hacienda del marqués cuyo nombre no me acuerdo pero sí de su alias, *el dilapidador*.

Funcionó el ultimátum que me di a mí mismo, coincidió con el hallazgo que hizo que esta sea la jornada de *Oasis para dos flamencos y tres patillos* –sin palmeras ni piscina de agua dulce transparente–. Los ojos de la mente volvieron a ser los emperadores de la modalidad visual, el medio para subyugar desde arriba, cuando el paisaje de repente se tornó en la cinta airosa portando el rojo del fin de sendero. De ser caminante de poca fe salté a ser develador del tesoro escondido, enfoqué la poza que contenía a dos perlas rosadas. ¡Flamencos!, aullé como si tuviese ante sí a la tierra prometida a un naufrago. Y no es que me falte oportunidad de maravillarme sobre la marcha con la galanura de aves a granel: pinzones de Darwin, fragatas reales, papamoscas, garzas de lava, garzas nocturnas, garzas cenizas, piqueros patas azules, pelícanos de cuello café, gaviotas de lava, gaviotas de cola bifurcada, pingüinos tropicales, gavilanes, lechuzas, ostreros, cucuves... posando allí y acullá, tolerando mi silenciosa proximidad y a la vez lanzando miradas curiosas al extraño bípedo implume. Como asignatura obligada pendiente entre las aves tengo aún al cormorant, vendrá con sobreabundancia cual Petrel que he capturado más que con los ojos con los oídos del noctívago de los bosques de scalesia.

Me concentré en el furtivo acercamiento a la poza mágica, por nada del mundo quería cometer una torpeza que ahuyente a los flamencos antes de empaparme de su salvaje presencia, aposté a ser sigiloso cual leopardo de las nieves. El encuentro con la pareja de flamencos trajo en el sitio el hallazgo de los patillos que no detecté a la distancia, un añadido que por sí mismo fue parte de la inyección de adrenalina que animó el paisaje de los contornos que poco antes me venían inertes. La naturaleza insípida se transformó en danzante enseñada de montículos de roca gris camuflando, entre verdes pastos voluptuosos, a la diminuta poza de aguas fangosas, depósito de nutrientes para la acuarela de avifauna que expulsó de sí al hastío. Por añadidura, hubo otras pinturitas aspirantes a

memorables: zayapas asociadas con iguanas marinas, emergiendo de capricho ambarino petrificado; océano antediluviano conteniendo docenas de cabezas de tortugas verdes y tortugas carey, danza de periscopios de submarinos biológicos.

26

TUVE una mañana nítida, fueron horas que la atmósfera se contuvo en transparencia inusual por su largueza, en especial cuando se me ofreció pedestal panorámico como final de la caminata a la charca grande de Punta Cormorant y el paso al otro lado que tenía pendiente para cerrar el círculo costanero por el norte, teniendo al islote Champion como referente ineludible de mi situación geográfica. Hubo dos acontecimientos en este viaje al norte de la isla, la ausencia de flamencos en la charca grande y el primer encuentro cercano con el Cormorant, ave impresionante de aspecto prehistórico que se asemeja a un pequeño velociraptor por su imposibilidad de volar, sus alas cortas se especializaron para zambullirse y pescar en las piscinas que se forman en caletas rocosas.

“Sumérgete en cuadros espectaculares de Isla Santa María, vive parajes prístinos rebozando bondades de archipiélago encantado”, frases así podrían resaltar en el catálogo de los recursos turísticos más promocionados por las operadoras de cruceros autorizados para ofrecer paquetes de lujo, no para cualquiera. La procesión de acaudalados turistas a Isla Santa María, beneficiándose de husmear en lugares consagrados por la propaganda de la dimensión consumista, ha hecho que se proyecten al infinito mis privilegios como expedicionario en solitario de la isla mía. Los senderos de la jornada del sujeto que descubre, no llegan a ninguna parte del turismo común o de lujo en Isla Santa María.

Es inconmensurable la distancia que separa el asombró intempestivo del huésped de FN con el asombro pactado del turista

que va a observar aquello que ha pagado para observar. Recorrer lo propio ha venido a ser el condumio del tiempo expedicionario, mis senderos, no se han quedado en medios intrascendentes del que llega a alguna parte con su paloselfie en ristre para obtener pruebas visuales de que sí holló con su rostro retratado a granel, por ejemplo, la afamada Bahía de Correos que desconozco porque yo anduve por una playa y bahía que en sí misma y en sus alrededores no guarda vestigio alguno de la humanidad fungiendo de plaga principal portadora de otras plagas consigo en su exploración para la explotación, hasta la última consecuencia, del planeta Tierra.

Me sucedió camino a Punta Cormorant con mucha más fuerza e intensidad que en la mansión del montañés de Villa Juárez. En mi hogar al pie del luminoso Ilaló he gozado del fenómeno que surge de tardes plomizas matizadas por chubascos, tormentas eléctricas y granizo que paradójicamente han tenido con antelación un amanecer radiante, de cielo celeste y aires primaverales que por doquier muestran aislados picos sobresaliendo con sus heleros de los nudos andinos. El trance venía espontáneo, de súbito era sujeto de arrobamiento delicioso mientras con el automático puesto preparaba los ingredientes (sofrito de espárragos, cebolla paiteña, ajos manchegos, pimientos morrones, tomate riñón, champiñones portobello, ají jalapeño...) para la paella vegetariana que se me antojaba lograr en la ventana de la selvita de los arupos, de cara a mojado horizonte de blanco otoñal que sustituyó a límpido azul mañanero. A este trance lo he percibido zaratrustiano en contraposición al trance roquentiniano; ambos trances existencialistas aunque radicalmente opuestos: el primero, clímax vital; el segundo, la náusea en su apogeo.

El trance zaratrustiano es la visión aérea que he tenido de mí mismo haciendo la paella de la dicha, mi lar se transforma en islote verde sometido a caprichos meteorológicos inocuos, y viene rodeado de somero lago turquesa... Sí, cabría decir que es cuadro derivado de la última toma del *Solaris* tarkovskiano, la joya cinematográfica de A. Tarkovsky sustentada por la novela homónima de S. Lem, a quien no le entalló que *Solaris* sea interpretada por

un cineasta que le imprimió su personalidad, su filosofía, su sello artístico propio, es que si no cómo la película iba a llevar la firma del ruso, y eso le da aún más brío al reclamo de Stanislaw Lem. Al escritor polaco no le cayó en gracia que su novela de ciencia ficción filosófica lemniana tome el rostro de la poesía visual tarkovskiana. Es una pena que Andrei y Stanislaw no hayan congeniado, hubieran tenido material filosófico existencial para conversar –de entrada– trece horas, a semejanza de la primera charla que sostuvieron el rey del psicoanálisis y su príncipe heredero (aunque al cabo de los años terminaron mutuamente desobligados). En todo caso, Lem y Tarkovsky, han hecho que yo sea bicho-monstruo devorador de sus obras incomparables entre sí, no hay para qué compararlas, emiten luz inherente a sus distintas galaxias.

Arribando sin mayor esfuerzo al punto que creí iba a ser el culminante de ida, la gran charca detrás de Punta Cormorant, subido en un altillo que regalaba de norte a sur la vista panorámica donde esperaba enfocar multitud de flamencos a unos treinta metros de la orilla fangosa, la hallé vacía de reflejos rosáceos y por ende echando en falta el sonido de trompetas aladas anunciando la danza de apareamiento. Apenas me detuve a beber del armonioso silencio, no estaba para decepcionarme por la falta de flamencos, seguí caminando diciéndome que al regreso los encontraría en multitud sonora tal como espero de ellos en este sitio, pero el retorno no solo fue por diferente sendero –que es la normalidad– sino que evitó mínima vista panorámica a la gran charca salina de Punta Cormorant.

La imagen de vacío perfecto del espejo de agua se fue dissipando conforme me alejaba por el senderito, entré a perfumado bosque seco que me invitaba a pasar al otro lado de Punta Cormorant. La compañía festiva musical de pinzones, palomas y los atentos cucubes que clavan sus ojazos en uno como si fuesen descarados pesquisas, hizo que me olvide de regresar a ver en las fallidas imágenes de flamencos rosados por doquier; la postal prometida en catálogos de viajes al paraíso quedó pospuesta para otra ocasión que de venir, vendrá. Aquí fue que me sobrevino el trance vital zaratustriano (por el Zaratustra nietzscheano) que es la

antípoda de la náusea gelatinosa roquentiniana (por el Roquentin sartriano), haciendo que valoré más aún la intimidad que tuve con dos flamencos y tres patos en la pequeña poza escondida de jornada pasada, después de la caminata de ida que se me presentó cual purgatorio y el regreso a FN cual rayo resucitador.

La falta a la cita de los flamencos en multitud fue sucedida por regia visión panorámica 360 grados, desde el punto culminante de la travesía por el valle de bosques de manzanillo. Subido en la colina que a media mañana me recibió con la vista de la playa crema del lado norte, gocé de la presencia piramidal de Islote Champion, tan cerca y tan lejos en la atmosfera de amplio espectro oceánico. Qué cuadros estupendos del otro lado de Punta Cormorant, en la bahía homónima, ¡vaya constelación de estrellas paisajísticas! Rocas submarinas sobresaliendo de la acuarela azul-turquesa, fueron bonitas manchas de la avifauna de orilla que me sirvieron para convertirlas en efímeros yates blancos modernos anclados aquí y acullá. Otro cantar es la fijación mental que tengo con el pintoresco velero que ultimadamente da conmigo la vuelta a la isla, que no me desampara cuando se trata de escrutar en el piélago, me refiero al *Beagle*, cómo no reconocer su porte majestuoso decimonónico, darwiniano. No me engaño, es la imagen que he transferido de mi estudio de Villa Juárez a Floreana Salvaje; se trata de la réplica del *Beagle* en miniatura de madera de caoba, y me place haberla echado al océano cual gracioso fantasma del mentado y concreto HMS *Beagle*.

El clímax de la expedición a la playita de Bahía Cormorant, llegó con el instante que creí estar dando vueltas en la nave FN, y que la visión del ave que la evolución sacrificó sus alas para hacerla pescadora submarino de orilla rocosa, era un holograma edénico. Los interiores del monolito hogareño ofrecen suficiente espacio libre de obstáculos para sumar los kilómetros que tomaría una excursión liviana en exteriores, y los hologramas podrían ser nítidos. Ayudaba la excepcional claridad del paisaje a medio día para por un instante creer que era presa de una fantasía o broma de buen gusto de FN. Ahí quedó la cosa, arribé a la cinta roja que dijo "hasta aquí llegaste", no era sujeto de holograma alguno, Floreana

Salvaje es la madre nutricia del ser que descubre: fui testigo del comportamiento en su hábitat del cormorán no volador, y en acción de grupo. Vaya dicha la del espectador de estas aves que me vinieron como un eslabón meridiano con el tiempo antediluviano de los dinosaurios; se clavaban desde su trampolín natural a la piscina marina de aguas cristalinas formando acuarela de algas, piedras y pececillos brillantes en un fondo de siete metros o algo así, eran bípedos turnándose a zambullirse no para pescar perlas sino algo mejor, manjares de Gaia. Floreana Salvaje es mito y magia sin que un aprendiz de creador me haga el honor de que husmee en ella estando encerrado en FN. No me hallaba pisando un holograma sino la isla que tengo aquí para interpretarla con mis acciones y la mente que no dudo está conectada con la Mente del Universo, no hacen falta más intermediarios a esta trilogía: Floreana Salvaje, este servidor y el Universo (o si se quiere más amplitud: Floreana Salvaje, este servidor y el Multiverso).

En la normalidad de Quito Metropolitano, ni bien salía de mi hogar de Villa Juárez, era el individuo que se exponía a la matrix de la esclavitud moderna, percibía de corrido que materializaba al disidente de la edad del robot biológico desechable. Me sentía ajeno el oscurantismo del neurótico terminal orando por su salvación en los templos de la tecnolatría. Mientras más despejado de mente transitaba por las calles de la alienación *Homo sapiens*, más liviano circulaba por ellas cual ente imperceptible entre las masas volcadas al nihilismo desarrollista. En Floreana Salvaje también soy un extraño, pero un extraño que descubre y se descubre en una dimensión prístina.

Ni por asomo busco respuestas lógicas para el no contacto con todo eso que implica la mano humana en Isla Santa María, ningún sendero me lleva a fincas locales ni a nada que indique la presencia de parroquianos en esa dimensión. Ellos, los habitantes de Puerto Velasco Ibarra, existen en la cotidianidad de parroquia Santa María, mas no en la Bahía Playa Negra que diviso desde FN, que viene a ser un aviso permanente de que cada quien, ellos y yo, respiramos en islas distintas en el espacio-tiempo. A la intemperie camino por una isla pre-antropoceno mientras que al amparo

de FN me muevo en una nave post-antropoceno. Esto quise, no toparme con la huella que pueda provenir de granjas agrícolas, no entrar en sembrados ni avistar animales de corral extraviados, tampoco gatos salvajes, ratas noruegas, hormigas, moscos, chivos, etcétera... Cero ejércitos de microbios producto de la civilización humana. Tampoco me he topado con especies exóticas vegetales como la mora que ha venido a ser en Galápagos una plaga traída del continente junto con las plagas diminutas, atómicas, que desatan exterminios microscópicos. ¿Cuántas veces debí haber cruzado la única carretera que concluye en Asilo de la Paz? Así esta mañana y tarde tenía que haberlo hecho a la ida y a la vuelta; sin embargo, los senderitos no atravesaron la vía grande y sus adláteres construidas por el ser humano. Los turistas de Isla Santa María sí tienen una visita obligada a Asilo de la Paz, que está asentado en loma vital por el ojo agua dulce de manantial, agua deliciosa que brota de las entrañas de la montaña, que es la vida para los residentes de Puerto Velasco Ibarra. Allá también se exhiben las cuevas históricas donde se refugió el bucanero símbolo del aniquilamiento de los quelonios galápagos endémicos de Isla Santa María, o que fueron habitáculos del dentista que arribó desdentado para no sufrir dolor de muelas y ser filósofo por la gracia de la autosuficiencia que no le alcanzó para bien morir, es decir salió del mundo a destiempo. Qué sé yo de esos misterios menores, qué sé yo de las crónicas de purgatorios humanos desatados desde Asilo de la Paz. No aterricé en el plano histórico de Isla Santa María, con mis sentidos encarnando a un turista recolector de instantáneas de los vestigios que dejaron aquellos colonizadores porque se me ha dado el autentico cerro Asilo de la Paz, del que suben y bajan las tortugas gigantes endémicas de Floreana Salvaje, en un mundo donde nunca fueron exterminadas por el Homo sapiens.

El detente psíquico de un sendero es inconfundible, más allá de la cinta roja proclamando el "hasta aquí llegaste", el caminante, siente que llegó al final del trayecto de ida y se relaja ipso facto, no se propone seguir adelante porque se dedica a contemplar entre la regia bebida hidratante que proporciona la brisa y/o la vaporosa humedad de tierra altas. El hecho de regresar a las delicias que provee la cocina por integración molecular de FN,

fue el mayor aliciente del sendero que desde la caleta de Bahía Cormorant tomé para desviarme del todo de la gran charca de flamencos ausentes, con el añadido de que venía refocilándome con las imágenes del silencio de su vacío, contento de que no hubo para mí la postal del turista afortunado sino cormoranes a placer.

Lo contrario a la claridad de las trochas en selvas sudorosas e impenetrables de Scalesia, o a los caminitos que atraviesan espinada y urticante maleza de sotobosque de palo santo, son los senderos lavados, apenas visibles, de los campos rocosos a orillas del mar. Se igualan todos los senderos en que poseen el detente psíquico que es la cinta roja señalando la conclusión del camino de ida, y se borra la huella a seguir de regreso como sucedió ahora, no se distingue el sendero de vuelta a FN sino cuando uno está listo para entrar en él, entonces es que se hace visible con la apertura inequívoca del retorno. Este proceso se da sin apuros, casi con el automático puesto del caminante; hasta en las sombras de la noche no hay dónde extraviarse, los colores de las cintas resaltan más por su fosforescencia. Continua vigente el encanto del sendero que no deja rastro una vez que ha sido caminado, es de uso único, se esfuma en el tiempo-espacio como si fuese un sacrificio en función de la creación del caminito sucesor.

El regreso fue una travesía norte-sur en semicírculo por el centro este de la isla, el sendero vino manso con suaves subidas y bajadas por el bosque de transición a las tierras bajas, teniendo como máximos puntos de referencia al este los cerros Asilo de la Paz y Pajas, quedaron fuera de vista la orilla volcánica noroeste y los paisajes que se regalan desde las formaciones de toba basáltica antes de la gran charca vacía de flamencos. En un altillo cerca de la invisible FN, divisé el bosque seco ámbar desembocando en la tardecita retozando con el sol de los venados, enfoqué con el gran angular la ensenada Lobo peletero reverberando con sus aguas turquesas. Recreé la quietud de caletas de plataformas de roca azabache, imaginé las playitas de arenas de oro mientras por fuera de ese remanso para iguanas y tortugas marinas y lobos peleteros, la inmensidad inescrutable del océano azul llegaba a la orilla con el oleaje plañidero de marea baja.

Las caletas son un manjar de los sentidos sin que se me ocurra zambullirme en sus piscinas naturales, gozo de ellas desde la orilla donde el lobo de páramo apenas chapotea con agua hasta los tobillos sí es del caso. Es instinto, más allá de que calce una piel para doblar el aguijón del pez águila o repeler la mordida de una tintorera, evito exponerme a la agresión de los animales marinos. A la verdad, las playitas y caletas no son piscinas para solaz del lobo de páramo, allí soy caminante de orilla que siente con sus pies la arena negra porosa, la gruesa arena de oro o la rara arena blanca, y mejor si tienen el respaldo de tupido bosque de manglares ganándole espacio al mar. Me fascina el mundo acuático, los leviatanes del océano que he contemplado desde miradores de acantilado son resortes de las visiones que me estremecen con monstruos tipo Cthulhu, derivados del terror cósmico de Lovecraft. Soy dichoso hundiendo mis piernas en los ojos de agua dulce de Floreana Salvaje.

Dejé mi hogar de Villa Juárez bajo el sol calcinante de media mañana de valle interandino a 2640 msnm, metido en veranillo de cielo celeste y viento fresco que se coló en una semana que ha venido plomiza, otoñal, augurando chubasco posmeridiano que trae frío, humedad y hasta hielo de páramo ecuatorial. Los verdes de la ondulante serranía refulgían por las recientes lluvias, los volcanes solitarios vestían de gala sus cumbres de roca y hielo, fue una fiesta de paisajes y colores de altitud el traslado de aproximadamente cuarenta kilómetros que, sin tráfico en los embudos de rigor, movió al taxi con viento en popa para depositarme en el aeropuerto de Tababela. Tenía tiempo de sobra para tomar el vuelo que me tiene al fin contándome a mí mismo cómo vine a parar en la dimensión de Floreana Salvaje. Regocijo púber me asaltó mientras iba rodando por la autopista con rumbo cierto a mi aventura meta-galapagueña, “estas quemando las naves” me decía liviano al extremo pasando de portar equipaje de mano ni de carga, listo para subir a bordo sin presentarme en las instalaciones de la compañía aérea, pues, tenía impreso el pasaje y únicamente había de registrarme en la oficina de migración y control turístico del gobierno provincial de Galápagos. No era el típico pasajero y así entendió la conocida conductora del taxi que en breve cruce de palabras me preguntó si iba al aeropuerto a recibir a alguien o por trabajo, de hecho ella podía imaginar cualquier cosa menos que su cliente tenía por delante una travesía ignota. “Sí, es por el maldito trabajo”, respondí de buen talante pero con énfasis para disfrutar del traslado en silencio.

Desde el vamos de la travesía, cumplí la apuesta que hice con Clara de entregarme a conciencia al viajero que al momento

está vigente en Fortaleza Negra. El escueto mensaje que me envió a mi correo hogareño de Villa Juárez, resumía ese humor risueño tan propio de ella para decir su verdad: "Itinerario alucinante. Suena a simple esto complejo: el presente genera la singularidad que crea el futuro". Me despedí de la tortuga amazónica Pepa que sobrevivió a mis propios mastines, estos animalitos vinieron al mundo llenos de males por ser de pedigrí rosado, fallecieron relativamente jóvenes, no volví a adquirir mascotas porque coincidió que mi vecina Antonia adoptó unos canes de ficción, sacados de la realidad fantástica del género canino callejero, me refiero a los mentados –en este cuaderno– perros cantores de San Pedro del Tingo. Pepa, visionaria como es, prácticamente se mudó desde hace fechas a los predios silvestres de Antonia, me fui confiando en el buen talante y cariño que mi vecina tiene para los animales puros, cuando ella se familiarizó con la tortuga amazónica me contó que se dijo: "nos va a enterrar a todos".

Era un goce moverme ultraligero con cuatro cosas útiles incorporadas a la ropa y calzado especializado. Me embarqué portando conmigo lo siguiente: camisa de manga larga hecha con puntos de ventilación para resistir el calor seco tropical, pantalón de secado rápido con canguro secreto incorporado a la cintura, gafas negras marca Mosco, gorra tipo desierto del Kalahari, sandalias de suela antideslizante con protector de tobillos y dedos, un tubo de protector solar, tres billetes de veinte dólares, tarjeta de débito, cédula de identidad, pasaje y documento de control de tránsito a Galápagos.

Cuando inauguré este cuaderno que tengo entre manos hubiese sido lógico que comience por el día primero del viaje, el que propició el lapso inmedible en el tiempo que ha venido siendo mi estancia en FN. De hecho, contarme a mí mismo el comienzo del viaje quedó en suspenso hasta que llegue el tiempo ineludible de tomarlo tal como fue: un salto al ser mudable que soy en Floreana Salvaje. A esa tarea estoy entregado este instante, no se trata de hacer fajos de palabras a semejanza del día joyceano en Dublín, o la híper-novela de Proust o para no ir más lejos y que está recién salida del horno de obras monumentales, las crónicas de Claudio

Cordero Crispin, gracias a ellos me he librado de pretensiones gigantes en mis humildes letras. Aquí no hay otra manifestación que la de recrear sucintamente el fenómeno del salto interdimensional, esto gracias a la lejanía suficiente que espontáneamente y por fin se dio con esa mañana intensa, había que rumiarla lentamente con el piloto en automático. He logrado que la travesía del vamos se integre por sí misma con el sujeto de la experiencia descubriéndose en Floreana Salvaje, jornada tras jornada.

Abandoné mi hábitat de valle manso interandino, apenas sabiendo que iba a arribar en vuelo regular directo a las Islas Encantadas, entrando por el aeropuerto ecológico de Isla Baltra. Atendiendo la información turística recabada de *Crónicas de Islas Encantadas*, imaginé un itinerario normal aunque lleve la etiqueta de alucinante porque se iría creando conforme avance en él, mas no esperaba ni de lejos un tirón así de fuerte. Por la única dirección postal que me entregó Clara, para pernoctar en Puerto Ayora y a la mañana siguiente embarcarme a Isla Santa María, en la lancha Queen Astrid donde tenía reservado un puesto, me había hecho a la idea de que cruzaría sí o sí el estrecho canal que separa a Isla Baltra de Isla Santa Cruz. Una vez en Isla Santa Cruz no iba a realizar la debida aclimatación tropical en Puerto Ayora pernoctando cuatro noches ahí (esto a la manera del avezado viajero-escritor Claudio Cordero Crispin, que nunca pierde el tiempo sino que crea a gusto su propio tiempo a donde va), y a la mañana del quinto día embarcarme rumbo a Puerto Velasco Ibarra. Mas ni pisca probé de lo que concierne a la normalidad de un turista común y corriente entrando al Archipiélago de Galápagos.

Por reflejo de *Crónicas de Islas Encantadas*, auguraba que mi primer viaje a Galápagos se parezca al de CCC, o sea que me serviría de cuatro noches de estupenda aclimatación isleña tropical en Puerto Ayora: suite de lujo con vista a la bahía de aguas turquesas, equipada para satisfacer al más exigente usuario, incluyendo ropa y artículos de higiene personal, además del resto de vituallas conforme al pedido expreso de Clara de que no porte equipaje. La programación de viajes que me había sugestionado por la lectura de *Crónicas de Islas Encantadas*, no tuvo empaque alguno con el

“itinerario alucinante” como jocosamente lo denominó Clara. Para empezar ni siquiera arribé al Canal de Itabaca, no se diga a pernocar en Puerto Ayora una noche para temprano en la mañana tomar la lancha rápida de línea rumbo a Isla Santa María, y viajar entre islas como cualquier mortal.

Revestido de la serena alegría de los volcanes andinos presentes en las ventanas panorámicas del aeropuerto de Tababela, aguardé que corra la cola para que me extiendan el permiso de privilegiado visitante de las Islas Encantadas. Me concedieron de una vez el tiempo límite permitido al año en calidad de turista transeúnte, la dama encargada del interrogatorio de rigor me entregó la tarjeta de control de tránsito con un risueño y perspicaz “cuidado desaparezca señor existente... ¡qué miedo!, tantos días que se va a quedar en Isla Santa María”. Parece que a la buena señora le agradó mis respuestas a las preguntas claves de “¿qué es usted?” y “¿qué va hacer usted allá tanto tiempo?”. A la primera contesté “soy existente vividor”, y a la segunda respondí en coherencia con la primera respuesta: “existir viviendo”. Aquí sentí el espíritu del difunto Berdog tomándose mi instante, acordándome de su manera gloriosa de responder cuando era inquirido sobre su oficio y beneficio en el trocito de planeta que habitaba.

Sobrevolar la serranía fue exhibición de nubes multiformes y cumbres andinas desfilando; allá, en las alturas, se quedaron congeladas las imágenes de rocas cimeras y domos volcánicos de Los Pichinchas, El Corazón, Los Illinizas, El Cotopaxi y El Chimborazo. El resto fue ensueño entre el cielo y el océano Pacífico abiertos al infinito, hasta que observé que una isla grande daba la bienvenida al archipiélago de Galápagos, Isla San Cristóbal marcó lento descenso a las manchas azules y turquesas que anunciaban el arribo al aeropuerto de Isla Baltra. Desde la primera visión edénica de las islas donde anidan las iguanas marinas, hice apuestas de cuántas aventuras me aguardaban aterrizando en la zona del post-mediodía ecuatorial, habiendo ganado tiempo frente al uso horario del continente.

Ninguna de mis previsiones turísticas se materializaron, obviando así el cosmopolitismo de Puerto Ayora que hice el quite

porque tuve que subir a la maquina animal transportadora que impidió cruce el Canal de Itabaca. Este impensado portento ocurrió cuando me disponía a entrar en la sala de desembarque para salir del aeropuerto de Isla Baltra como otro viajero más que ingresa a Galápagos. No puse pies en las instalaciones de registro y control migratorio, no anduve por las salas ecológicas del aeropuerto para dirigirme al autobús que presta a los pasajeros el servicio de recorrido de los seis y medio kilómetros que separan del Canal de Itabaca, no atravesé el canal para tomar un taxi o el bus de línea y rodar 42 kilómetros, de punta a punta de Isla Santa Cruz, y por fin llegar a la única dirección que me dio Clara, en la pequeña urbe cosmopolita de Puerto Ayora.

Ni siquiera articulé palabra para resistirme al giro radical imprevisto, por el contrario, me despabilé del todo para que las células que conforman la unidad de carbono se entreguen de lleno a eso que en sí fue el ingreso a mi aventura en modalidad alucinante. Tampoco fui sujeto de los filtros de control migratorio y turístico del aeropuerto de Isla Baltra, antes de entrar a las salas especializadas fui abordado por la persona fácil de recordar no por su rostro camaleónico sino por ser una artista del mimo, la joven mujer que vestía ropa fresca y holgada correspondiente al clima tropical seco que al descender por la escalerilla del avión me acarició con el fognazo galapagueño de bienvenida. Era una mujer divina de complexión elástica, de faz indefinible por su versatilidad mímica, aunque entendí de inmediato su lenguaje corporal como si fuese mi propia lengua esencial. Vino a mí con una camiseta de manga larga que tenía estampado en el ancho del pecho un mandato inapelable, ¡sígueme! Obedecí sin pestañear, acorde con el lenguaje corporal tan elocuente y convincente de la recepcionista y conductora de mi próximo destino, no dude en ir a paso ligero junto a ella. Por un instante pensé que podía ser Clara disfrazada de mimo, y que la normalidad iba a regresar con una gran carcajada de su parte y yo más que sorprendido por su gracia me hubiese hundido en el desencanto, no por ella sino porque me fascinó ese mandato de “¡sígueme!”. Pero no, sin distracciones de por medio mis pasos y los de ella se detuvieron ante la insospechada máquina animal que se me ha grabado en la mente cual colosal insecto saltarán púr-

pura, semejante a los diminutos que he observado en mi lar de Villa Juárez. La guía me invitó a subir con una venía hilarante que disparó en mí el resorte de no retorno, de no regresar a ver a atrás, y me encaramé ágil como el púber escapándose de las jaulas de su centro de adoctrinamiento para la estupidización, ocupando la única butaca trasera disponible, por decirlo así. La bella magnética, al mismo tiempo que el solitario pasajero, subió por la escalerilla del piloto y una vez retrepada en el sillón de mando adoptó pose hierática mimetizándose con el Saltarín Púrpura, que de inmediato brincó a los cielos, ¿es qué algo más podría añadir al respecto?

El salto vino libre de vibraciones ni traqueteos propios de un helicóptero en despegue vertical, ningún tipo de estridencia de una aeronave creada por el Homo sapiens. Mi cuerpo-mente no se enteró del despegue ni tuvo oportunidad de contemplar en estampas de mar adentro, fue un instante memorable de silencio y paz a pesar del suspiro que transcurrió en el interior del Saltarín Púrpura que me negó la experiencia visual de un vuelo entre islas distantes, algo así como noventa y seis kilómetros separa a Isla Baltra de Isla Floreana. Quise capturar algún gesto de la guía-piloto o lo que fuere, pero era un ente que se había mimetizado con el interior de la máquina animal, me he quedado con su perfil como lo haría con un grillo verde en una hoja verde y yo siendo el extraño viajero dentro del Saltarín Púrpura. Al cabo de un pestañeo que ahora es parte del tiempo inmedible por relativo en el que me muevo a gusto, entramos en la nube que no pude ver de lejos aunque ahora se me antoja tenía la forma de una isla oblonga con cuernos en su extremo anterior y pinzas en su extremo exterior, cual proyección vaporosa del insecto "tijeretas", tan familiar en los cuartos de Villa Juárez.

Previamente, poco antes de aterrizar con el vuelo regular del continente al Archipiélago de Galápagos, sí me extasié con la nube que confundí con una isla entre el cielo y el océano despejados formando un horizonte que unía el celeste aéreo y el azul marino. Serena claridad me invadió cuando descendía mansamente, como en caída de hoja, a la luminosidad ceniza del bosque seco, esto más allá de que con mi guía y piloto no habíamos tenido con-

tacto ocular desde que cada quien tomó su lugar en la máquina animal transportadora. Es justo eso porque jamás observé los dispositivos y paneles de control de una aeronave *Homo sapiens*.

Como he manifestado, mi aterrizaje en sí a la dimensión de Floreana Salvaje fue un abrir y cerrar de ojos; sin embargo, en la mente, tiene un espacio más duradero que el viaje regular desde el continente, este mismo momento me veo inmerso en el Saltarín Púrpura que no se posó en tierra conteniéndose en el aire aproximadamente a cincuenta metros del piso vegetal o mancha herbosa verde abierta entre el plomizo bosque seco. Sé que sin previo aviso fui deslizado para abajo y me hallé vertical incorporado sobre mis extremidades de bípedo implume, esta operación se ejecutó con una delicadeza milimétrica. El cuerpo-mente aunque alerta mantenía la serena predisposición del sujeto que se descubre en otra dimensión. Para cuando alcé los ojos al concierto de nubes cremosas por cima de la claridad donde había aterrizado, no encontré el menor rastro del Saltarín Púrpura, ni siquiera una estela luminosa que diga por ahí desapareció. No fui sujeto de un vuelo entre islas sino de un salto entre islas que me dejó de pies incorporado al claro herboso verde rodeado de bosque seco, aunque sin poder observar lejanías a los cuatro costados porque estaba en una especie de cañada, no tenía duda de que había hecho destino aunque nada me decía que estaba en Isla Santa María, inmutable en mi alegría interior me dije: “vendrá el cielo celeste, la isla prometida y la inmensidad marina de distintos colores a orientarme en la tarde temprana”.

Dando la vuelta al plano, circular, claro de matas verdes donde aterricé en medio de la inclemente canícula del bosque seco a punto de ebullición, encontré a simple vista el único senderito transversal y de amable pendiente que me invitó a seguirlo sin dubitaciones, entre en él como si fuese lo más familiar del mundo. A pesar de no poder hacer todavía un mínimo ejercicio de orientación en la isla de 173 km., la que repasé sus mapas regulares en mi hogar de Villa Juárez y, con cierto fanatismo, la visité en situ conectándome a los satélites del ciberespacio, no experimenté pisco del horror que podría apoderarse de un ciudadano sintiéndose

abandonado a su suerte en una isla antediluviana, al contrario, un gozo inmenso me produjo hacer el senderito que preludiaba una tarde lúcida. Mientras tanto anduve en compañía del concierto de jilgueros que no los reconocía y diferenciaba como papamoscas, pinzones, cucubes, etcétera.

Emergiendo del todo de la ardiente cañada en la que me depositó gentilmente el Saltarín Purpura, las nubes que cubrían la zona alta se dispararon junto con la bruma inferior de las tierras bajas y línea costanera de la isla, de tanto en tanto se abrían rendijas en el senderito que se asemejaba a un túnel vegetal proveyendo algo de sombra, algo de brisa y bastante de música alada. Iba respirando maravillado de los aromas despedidos por el bosque seco, y reconocí el aporte del palo-santo. En su conjunto, el bosque seco, despedía intermitentes vaharadas de calor como si se tratase de un horno que expele fragancias de pan quemado. No sufrí sed ni hambre en el trayecto. El desayuno campero que tomé a media mañana en el aeropuerto de Tababela me sostenía fielmente, hasta llegué a rumiar el banquete de bolones de verde con pimiento morrón y abundante ají de tomate de árbol, pasado con medio litro de café filtrado, sumando a esto los tres cuartos de litro de bebida hidratante que ingerí por inercia durante el vuelo del continente al archipiélago.

De repente, el caminito desembocó en amplio mirador, me paré en la única acacia que hacía de sombrilla natural al filo de la plataforma de lava gris que me permitió la primera impresión panorámica del bosque seco bajando al océano azul y turquesa laminiendo la costa rocosa de la isla prometida. El trabajo previo de reconocimiento de Isla Santa María que hice en mi hogar al pie del volcán Ilaló, surtió efecto y pude identificar las zonas y accidentes geográficos aledaños a la dimensión en la que se asienta Puerto Velasco Ibarra, me decía que podría hallarme en una ilusión óptica porque nada había en el paisaje de cercanías y lejanías que dé señas de presencia humana en la isla. Suponía que allá abajo estaban los nombres geográficos que son parte del mapa de Isla Santa María. Floreana Salvaje, es la única denominación que uso para la isla

mía; Isla Santa María, quedó para el nombre del territorio habitado por la actualidad de los parroquianos de Puerto Velasco Ibarra.

Me acomodé de cara al mar bajo la acacia y su providencial sombra, el cuerpo–mente se acopló de una a la cama de piedra que transfirió la energía contemplativa del mirador a la orilla rocosa volcánica, la brisa fue baño de frescor que vino con festiva siesta y la intuición de que había arribado al punto culminante de la travesía, nada perturbó la deliciosa ensoñación de bienvenida a Floreana Salvaje. Con la tardecita me quité de la reparadora siesta e incorporándome al sol de venados di la espalda al mar bruñido, no tuve tiempo para hacerme la pregunta fundamental: ¿dónde iba a pernoctar y cómo sobreviviría en la isla desierta?, porque estaba a las puertas de mi flamante hogar, Fortaleza Negra. El sol de venados revistió de intensidad lumínica a la plataforma de piedra volcánica que de gris lavado pasó a azabache mate. Tenía ante sí la pared rectangular cual mármol de Carrara liso que se levantaba a unos quince metros de distancia de mi asombro, he manifestado antes que la primera impresión que tuve fue de estar ante un monolito sacado de la ciencia ficción filosófica de *Odisea Espacial 2001* y de la fortaleza inexpugnable de Estación de Tránsito, una fusión arquitectónica de las mentes De Simak, Clark y Kubrick. Cuando me acerqué al edificio con la intención de encontrar el dispositivo que me permita ingresar a sus intimidades, se disparó el acceso a ella, únicamente tuve que ingresar con el automático puesto, tal como lo hice al Saltarín Púrpura o al sendero que condujo a la plataforma de la siesta inevitable bajo la acacia. Así fue de natural mi integración a Fortaleza Negra, como cuando inauguré mi hogar de valle interandino hecho a la medida y con minuciosidad para el contemplativo de Villa Juárez. La diferencia vino con la súbita necesidad de despojarme del calzado y la ropa traída del continente y con ello de las cuatro cosas útiles del viajero, me imbuí de las palabras de bienvenida del conde Drácula a su huésped, parafraseando algo que se acople a mis circunstancias: “entra a tu nuevo hogar dejando todas tus preocupaciones y material mundano afuera”.

Cursando el preámbulo del crepúsculo, se me vino al calletre apenas instalado en FN –por decirlo así–, la urgencia de salir

afuera y entrar inmediatamente de nuevo apenas por el prurito de comprobar que el dispositivo que abría el interior y el exterior no fallaba, descubriendo que no se trataba de una puerta sino de un portal ubicuo en todo el frente oceánico del monolito. Me abstuve de dar una vuelta a los exteriores de la edificación por temor a exponerme a la picadura de sancudos y mosquitos, adentro era una cámara esterilizada en la que no se oía ni se observaba el menor rastro de insectos voladores o cualquier otro bicho terrenal. Descubrí la asepsia FN en la hora de ventanas nítidas al ocaso, el primero crepúsculo fue de ralos incendios en horizonte marino metálico.

Posesionarme en FN fue recorrer el ambiente minimalista aparentemente vacío del interior, tan amplio como el escenario de un teatro majestuoso con vista al bosque seco y al océano que plegaron a la tardecita de tonalidades metálicas rindiéndose a la creación del artista impresionista de mis ojos. En interiores todo era tibieza y acogedora fragancia que deduje provenía del bosque seco y del bosque vaporoso de la zona alta. Tenue aire circulaba en medio de la sensación de estar medrando del clima de valle subtropical interandino, idea que se fijó debido a que mi cuerpo contrastaba la mansa calidez a la sombra del hogar con el recuerdo de la canícula tropical posmeridiano que me recibió junto al sendero para ascender a la plataforma pétreo de FN, ubicándome en diagonal a la colina Cerdita Comunista que vino a ser el jardín posterior de mi hogar.

Al cabo, el crepúsculo metálico de bienvenida, despertó mi gana por las cosas de comer que había relegado por andar embebido en los descubrimientos de la travesía que condujeron al providencial hallazgo de FN. Después de la siesta en la ergonómica cama gris de lava volcánica petrificada a la sombra fresca de la acacia, no tuve tiempo de angustiarme buscando dónde pasar la noche que inicie todas las noches de Floreana Salvaje; no obstante, para cuando sentí el llamado de mi unidad de carbono a la buena mesa imaginando platillos sabrosos, derivados de la cocina regional sureña, que he preparado con magníficos resultados en la cocina caliente y fría de Villa Juárez, se me hizo agua la boca.

Mis evocaciones gastronómicas me trajeron a la cruda realidad del sujeto que come, y aquí fue que tuve instantes de duda al verme desposeído de algo que se parezca a una cocina con sus respectivos electrodomésticos y despensa que provea materia prima para montar el programa de menús del huésped. La idea de padecer hambre y sed se esfumó tan pronto surgió de la nada o del todo mimético, eso que he denominado desde entonces la consola de mando del capitán de la nave FN.

La noche cerró mientras comía peripatético, tal como es mi gusto desde que me mudé a residir en Villa Juárez, saboreando con deleite cada cucharada del recipiente que contenía el menú dos o merienda, a la mañana siguiente supe que el menú uno era el desayuno que sostenía la jornada del caminante. Estas dos comidas principales brotan al buen criterio gourmet de la invisible cocina de integración molecular de FN, cero picadas intermedias, no hay más momentos para la mesa servida y en verdad nunca antes he estado mejor alimentado, satisfecho y a la par despreocupado por conseguir las cosas de comer. Los alimentos de FN se presentan frescos, apetecibles, fragantes y coloridos al gourmet que medra del tiempo de comer. La noche fue la cortina que se tendió en las paredes que dejaron de ser ventanas al bosque seco desembocando en la orilla rocosa y ésta en el horizonte de océano y cielo. Este interior nocturnal era tan acogedor, fresco y tibio, aireado y cálido, como el mirador que me acogió a media tarde con sombra y brisa. El techo falso que con luz solar asomó como esculpido en adobe ámbar con irregulares protuberancias y cráteres, cambió radicalmente a un techo raso combinando sendos tragaluces de luna que hacían claros pálidos matizando con sombras que parecían carboncillos de ramas frondosas llenas de hojas lanceoladas del árbol de arupo.

Desde la noche iniciática de FN no he vuelto a saber de la corriente eléctrica para ningún uso, acá no existe la contaminación lumínica. En principio creí que el nocturno de FN había cerrado el paso al sonido de Floreana Salvaje, pero no, más bien penetraba con la versatilidad que la naturaleza meteorológica brinda noche a noche, así el lamento existencial de lobos marinos vino y se fue, tan

fino estaba el aire que fui arrullado por el mar en la mecedora que se materializó de repente. Tuve la visión de la isla a media tarde, la que atrapé con los ojos antes de caer en la siesta al pie de la acacia emisora de paz. Fui cautivo de la belleza de los cambiantes pisos geológicos que partían del verdor del bosque de scalesia del cerro Pajas, tenía a mi haber el primer contacto con el archipiélago que me encantó con la espontaneidad de los instantes que al concluir la jornada devienen en acontecimientos.

La cortedad de mi paso por Isla Baltra sin entrar a Isla Santa Cruz, fue revelador sin proponérmelo porque había pensado permanecer al menos la noche de rigor en Puerto Ayora, tenía que pernoctar en la isla donde falleció el solitario George, aunque no hubiese lugar a una correcta aclimatación de cuatro noches como aconseja CCC, antes de entrar a las particularidades de Galápagos. No tuve ni el mínimo contacto con Isla Santa Cruz, el que Clara propuso nada más que con una dirección en Puerto Ayora y el nombre de la lancha que debía tomar a la mañana siguiente en el muelle de pasajeros. Yo, como novato en las Islas Encantadas, creía que la aventura se iba a dar más o menos en la línea de Crónicas de Islas Encantadas. Me debes más de una, querida Clara, pero qué sería de mí sin tu hechizo para que me convenza de que había un plan de viaje cuando no existía ninguno.

ME he preguntado cómo sería mi arribo, en condiciones de turista corriente invitado por Clara, a la dimensión de los parroquianos de Puerto Velasco Ibarra. He manifestado que la única manera de abandonar FN e Isla Floreana Salvaje donde vivo voluntariamente sería mediante involuntario traslado al punto donde la ruta se bifurcó en Isla Baltra y no tomando de regreso el Saltarín Púrpura que jamás volverá a por mí. De hecho no me vendría mal experimentar la otra isla (Santa María, la que contiene a la parroquia enquistada en el siglo XXI Homo sapiens). Supongo que todo comenzaría aterrizando en el aeropuerto por el cual ingresé a las Islas Encantadas, y me place hacer una ficción de esto como si fuese un apéndice mío adjunto a las crónicas de Claudio Cordero Crispin.

Viaje a Isla Santa María

Las emociones fuertes empezaron con el aterrizaje en Isla Baltra, debido al fuerte viento que corría a ras de pista, cuando parecía que aterrizar era inminente, el piloto a último momento decidió no tocar tierra y se elevó en función de preparar una nueva suerte más segura. Venía de un viaje apacible y cómodo, de zapatos afuera y copando por entero la tercera fila izquierda contando desde la cola del avión, en esta sección trasera de la aeronave cundía la holgura y el reposo a sus anchas de los suertudos que la ocupaban. En el segundo intento la nave aterrizó

en medio del aplauso y algazara de los pasajeros, y fue que escuché con alivio que alguien decía que en caso de levantar vuelo por segunda ocasión el avión hubiese tenido que regresar ipsofacto al continente, al aeropuerto internacional de Guayaquil, no se dio así, de hecho hubiese arruinado el primer suceso anormal entrando a las Islas Galápagos. Más bien el pequeño susto sirvió para que el avión haga, a baja altura y velocidad, una vuelta completa a la casi plana y terrosa Isla Baltra, regalando sendos cuadros de las tierras altas de Isla Santa Cruz, y de otras islas e islotes cercanos, además del famoso Canal de Itabaca que lucía esplendido en su manse-dumbre turquesa con yates de lujo de distinto calado anclados a la espera de sus solventes usuarios. Qué buen augurio me trajo esa vuelta de cortesía coronada por impecable aterrizaje.

El personal de aeropuerto colocó una escalerilla posterior a más de la anterior, gentileza que hizo que los suertudos de atrás bajemos tan pronto como los viajeros de las primeras filas, de hecho me vi tomando la delantera al resto de pasajeros, como empujado por la corriente de aire tropical tomé en solitario el acceso exterior techado que conducía a los filtros de migración y control del Parque Nacional Galápagos. El diseño arquitectónico de aireación y ventilación del edificio ecológico funcionaba tan bien como la corriente eléctrica obtenida de la energía eólica de los molinos de viento apostados cerca de la zona anterior y cara principal del aeropuerto, donde aguardaban los autobuses que hacen el servicio de traslado al Canal de Itabaca, situado a menos de siete kilómetros de distancia. En el mostrador de registro y control de pasajeros presenté mi cédula de identidad, la tarjeta de turista transeúnte con la fecha de entrada y salida del archipiélago, el formulario lleno de control de plagas y el billete de veinte con el que pagué los seis dólares de acceso al Parque Nacional Galápagos, que en el papel constituye más del 90% del territorio de las Islas Encantadas. Salí del mostrador con los buenos deseos de vacacionar en grande, ligero o más bien vacío de equipaje emergí del fresco interior del edificio del aeropuerto para cubrir el corto espacio que me separaba del autobús presto a partir al Canal de Itabaca. Recibí el golpe de calor seco tropical que impregnaba viscosidad ámbar al paisaje de tierra cuarteada cubierta por vegetación leñosa. Tan pronto me

acomodé a la ventana que escogí del autobús en calidad de primer pasajero, se me vino a la mente el pasaje de *Crónicas de Islas Encantadas*, en el que CCC cuenta que al enterarse que su vuelo al continente se iba a retrasar decidió luego de chequear su equipaje acompañado hacer tiempo andando al muelle de pasajeros con su pequeña mochila de fotógrafo y, las instantáneas que saco de la aparente carencia de vida zoológica de Isla Baltra, fueron extraordinarias. Llegué al autobús como si se tratase de ganar una carrera de caballos donde el ganador es un cuadrúpedo astuto que sin peso alguno en los lomos aventajó al resto desde la partida, y ahí estaba condenado a que la manada le dé alcance para apretarlo contra la ventana porque el conductor le avisó que no saldría sino hasta que el autobús esté más o menos lleno. Me dije: detente animalito terrestre continental, ¿qué prisa tiene el lobo de páramo por llegar al Canal de Itabaca?: ¡ninguna! Me bajé del bus por llenar tan rápido como me subí a éste, fui al quiosco de golosinas del andén y compré un litro de bebida hidratante, me embutí la gorra tipo desierto del Kalahari y me eché andar por la única vía asfaltada que había a la vista y que estaba ahí para que yo la pise de principio a fin. Mi marcha era uniforme y ligera aunque alerta a ver si también se me daba la fortuna de CCC y toparme con las iguanas terrestres endémicas de Galápagos, pues, de las iguanas marinas habría tiempo de sobra para mirarlas en la orilla oceánica.

Los seis y medio kilómetros caminados en el asfalto quemante fueron divinos, el aperitivo de poesía visual zoológica vino con el trío de tórtolas de Galápagos, aves angelicales de anillos celestes en los párpados que se hallaban ensimismadas sobre ramas espinudas de planta leñosa. Y siguió con el menú de platillos exuberantes que fue el avistamiento de las iguanas terrestres, que formas y colores reptilianas me extasiaron conforme dejaba atrás las instalaciones del aeropuerto. Inicié con el ejemplar macho que estaba tostando su piel terrosa naranja-mostaza al dar la vuelta al arbusto que escogí para orinar amparándome en su sombra. Más allá, me cautivo un individuo enorme en movimiento entre las ruinas de la base de la Armada USA, que se remonta a la segunda guerra mundial, y donde las grietas sirven de refugio a las iguanas terrestres. Estos magníficos reptiles, de estar mimetizadas en

los arbustos y rocas volcánicas, se hacen visibles sobre la marcha al moverse por los pisos de cemento y baldosa que subsisten de las edificaciones abandonadas. La vía principal que cruza por la mitad de la isla desde el aeropuerto al canal, tenía una bifurcación antes del Ojo USA, mural que resalta de una de las ralas paredes en pie, llamado así por la pintura de un ojo humano que impresionaba. Aquella autovía asfaltada se desviaba a la bahía que aloja las instalaciones actuales de la Armada del Ecuador, y al muelle de pasajeros de cruceros turísticos. Hubo más de un letrero que prohibía apartarse de la carretera al canal que a la distancia parecía de caucho reverberando y ondulándose por la canícula; aviso que me provocó hilaridad, lo menos que quería era desviarme de la línea que materializaba una caminata memorable. A continuación de haber cruzado el Aeropuerto Seymour, estaba haciendo algo inusual, caminar al Canal de Itabaca cuando el objetivo único de hacer ese trayecto de minutos en autobús es entrar a Isla Santa Cruz, donde oficialmente inicia la aventura galapagueña, no antes.

Habría lugar, en otro tiempo-espacio, para meterme a husmear por las vías permitidas que parten a lo prohibido de Isla Baltra; es decir, adentrarme por la senda escondida que se descubre abriendo sus encantos. Tenía ante mí ancha carretera de ardiente asfalto, y la pregunta flotando en el aire viscoso era ¿quién demonios busca agotarse con una marcha forzada en la cruel canícula del mediodía ecuatorial atravesando una isla de rocas mustias, vegetación leñosa y los desolados vestigios de la base militar USA?: ¡Yo!, aullé con deleite.

Me detuve ante el paisaje que en mi imaginación contenía el primer plano del mural del ojo humano que pervivía copando la pared en pie a unos veinte o treinta metros de la carretera. Estaba ante el Ojo USA, mentado así por CCC, el que se me grabó con meridiana claridad de la fotografía de su paso por acá. Saque la botella hidratante del bolsillo horizontal de cintura a manera de un canguro incorporado al pantalón, no se había entibiado todavía conservando un mínimo de frío refrescante, no calculé cuánto había recorrido y bebí medio litro dejando el resto a cuenta del arribo al Canal de Itabaca. No me acerqué al Ojo USA para no destruir la

perspectiva de su atractivo con los detalles de la pared en ruinas. El primer plano de la foto tomada por CCC, había capturado una obra de arte imperecedera en mi retina platónica, y así se quedará, como el mural de acceso al cine y teatro que hubo allí. Sé que la madera y demás materiales de construcción removibles de la base aérea USA, fueron usados para levantar edificios que aún están en uso –y otros a vista destruyéndose–, en Puerto Ayora y Puerto Baquerizo Moreno.

Dos acontecimientos se presentaron dejando atrás al Ojo USA, el uno fue grandioso, y el otro fue cómico. Apenas a cinco o seis metros de distancia de mis ojos, admiré al rey iguana terrestre atravesar calmosamente la plataforma rectangular de cemento armado de aquello que debió haber sido una estructura para el hospedaje o comedor de tropa, y seguí a paso sigiloso por la vía paralela hasta que se paró posando hierático con su reverendísima papada, ojos verde-amarillos y cuerpo de tonalidades miel-mostaza, piel rugosa resplandeciendo de los cuernos a la cola cual deidad reptiliana. Al cabo, se hundió en una grieta del piso rodeada de arbustos, para entonces me dije que la recompensa por concluir la caminata la había cobrado desde ese instante. Anduve absorto relamiendo el cuadro final del formidable reptil, a tranco ligero y calmoso a la vez, cuando escuché el ruido mecánico sulfuroso que rompió radicalmente con el precioso silencio del espectador, me saturó el aliento putrefacto del autobús a diesel que raudo se alejaba con un pitido de cómo así no viniste conmigo. Alzando a ver su figura oblonga bamboleante, me quedé con la mano del conductor agitándose fuera de la ventanilla y yo todo cubierto por mi disfraz de intrépido expedicionario, alce la mano respondiendo el saludo a la nada en autobús, mi cuerpo–mente festejó haber evitado a tiempo ser un bulto más del colectivo portando a la humanidad entera y sus maletas rumbo al muelle del Canal de Itabaca.

Vi otras iguanas pero se extraviaron ante mis ojos por hallarse camufladas entre rocas grandes e inaccesibles, escurridizas en el terreno irregular de la isla que a la sazón no era plana del todo, abrigaba accidentes geográficos descendiendo de la plataforma donde yacía el aeropuerto y la vía asfaltada de acceso a éste,

desde el aire observé la parda costa rocosa matizada por caletas y bahías de playas cremosas. La carretera giró a la derecha bajando al encuentro de las murallas del Canal de Itabaca, antes de descender por ella me desvié a la izquierda a la repisa de grava y yerbas mustias que descansaba al filo del barranco, volcándome al panorámico paisaje y majestuosidad del paso acuático a Isla Santa Cruz, que resaltaba por el verdor de sus tierras altas contrastando con el bosque seco del llano ardiendo a mediodía.

Fue divertido bajar por las curvas azas cerradas del tramo final de la carretera al muelle de pasajeros, la que no admitía más de un autobús a la vez. Hubo lugar a una última parada del caminante cuando avisté a una regia iguana terrestre juvenil, a pesar que no impactaba por su tamaño, color y volumen como el rey lagarto de la explanada, despedía gracia a granel encaramada en retorcida rama del árbol de palosanto brotando de las entrañas del conglomerado marrón rojizo de rocas volcánicas; no interactuó conmigo, pero sí sostuvimos un contacto visual propiciado por ojos que se encontraron a la misma altura. No arruiné el instante intentando ver más de lo que vi en esa fascinante criatura hierática, y continué al encuentro del pintoresco muelle donde estaba estacionado el autobús que se disponía a regresar al aeropuerto con pasajeros en pos de volar al continente. El autobús listo para partir del parqueadero tuvo que esperar a que lleguen dos colectivos que anunciaron su presencia, uno tras otro, en lo alto del barranco. Escuché el bufido de los frenos de aire acompañado del bocinazo de advertencia que emitió el primer autobús solicitando con ello que despejen la vía para poder maniobrar a discreción en las cerradas curvas que descienden al muelle. Fue un alivio haber llegado al Canal de Itabaca antes que la estridente fetidez de la combustión a diesel de los dos colectivos azoten mi cuerpo-mente, con el tiempo justo cometí feliz descenso a la plataforma del barranco. Llegar fue apoderarme de una banca de madera a la sombra fresca de pérgola de orilla marina, fue beber el medio litro restante de líquido hidratante y entregarme al goce de saborear con antelación del surcar de aguas mansas del canal, esto atizado por la visión de críos de tiburón tintorera deslizándose entre pececillos apetecidos por gaviotas de lava revoloteando con algazara.

Junto a los viajeros de los dos colectivos últimos crucé el Canal de Itabaca a bordo de moderno transbordador, desembarcando al otro lado entre avanzadas de mangles apostados con sus raíces rojas en aguas someras reflejando el verdor de coposos ramajes. La bienvenida a Isla Santa Cruz la dieron manchas aladas de piqueros de patas azules clavándose con estrépito en las piscinas de aguas cristalinas de orilla rocosa ofreciendo bancos de peces plateados. Vaya suculento arribo a Isla Santa Cruz, de una vez vi en acción a cientos de especímenes del piquero azul que jamás había contemplado antes, y esto hice como un espectador que no se veía a sí mismo como el turista recién arribado con su carga física y existencial. A la vista del prójimo podía ser un aventurero que tenía días de estar paseando por la isla y que se había otorgado el tiempo para vagar a su albedrío entre Isla Baltra e Isla Santa Cruz.

De la larga fila de camionetas-taxis aguardando en línea hasta dos cuadras fuera del parqueadero del muelle, sabía que no iba a ver un conductor que expresamente se dirija a mí con el letrero fulano de tal, ni yo haría el intento de regatear la carrera con un taxi cualquiera puesto que el dinerillo que portaba estaba por debajo de la tarifa oficial de veinticinco dólares, y tampoco buscaría compartir taxi con otros dos o tres pasajeros, no había prisa y al momento encarnaba al paseante que se amolda con placer a sus circunstancias. Estando a punto de desembarcar en Isla Santa Cruz, una joven mochilera de acento rioplatense –prefiero recordar que provenía del lado uruguayo– preguntó suelta y amable a cierto operario del transbordador dónde se tomaba el autobús de línea a Puerto Ayora, “allá está parqueado uno de turno, siga recto a su derecha y se topará con el bus de color azul con blanco”. Capturada al vuelo la información, subí raudo la rampa de desembarco haciendo caso omiso a las voces ofreciendo “taxi... taxi”.

No me fijé en los letreros con los nombres de las personas que habían contratado previamente el servicio privado de transporte y/o eran requeridos por los establecimientos hoteleros donde se alojarían, y pasé sin detenerme por un costado de la cabaña de comidas y bebidas con sus mesas a medio llenar. Fui directo a por el autobús que señaló bien el operario del transbordador, el

chofer que estaba afuera me invitó a subir al par que anunciaba al pie de la escalerilla y con las puertas laterales abiertas para guardar el equipaje de los pasajeros que saldría en cuanto se ocupen los asientos del transporte que tenía sendos letreros de “únicamente pasajeros sentados”. Me gustó el aviso, no había espacios para la aglomeración. Ingresando al autobús –aproximándose a cubrir su aforo– hallé vacío el solitario asiento ubicado al extremo derecho de la línea frontal, teniendo la butaca del chofer al extremo izquierdo. Me acomodé en la butaca marca “aquí me quedo”, de amplia ventana panorámica y con ventolera modular exterior a la derecha. Por el espejo retrovisor observé que la chica mochilera entregó su voluminosa carga al chofer, todavía tenía asientos al escoger en la parte posterior, después de ella no tardó en completarse el aforo del autobús. Fue un alivio el aire fresco que entraba seguramente proveniente de la montaña y no del pálido bosque seco ascendiendo por una carretera recta nebulosa y ondulante que parecía hecha de maleable asfalto.

La autovía de dos sentidos hacía que el tráfico se sienta pesado, esto más debido a la lentitud del autobús que era rebasado fácilmente. Ese transcurrir parsimonioso de subida a la zona montañosa y de mayor altitud de la isla, me relajaba para disfrutar del paisaje en transición del castaño–cenizo bosque seco tropical al verdor perlado de bosque vaporoso. Sobre la marcha se notaba la transición del calor seco equinoccial del llano a la frescura y humedad de las selvas a seiscientos metros sobre el nivel del mar. Intermitente garúa y nubosidad arribaron con el tramo curvo del descenso a la zona agrícola de la isla, a la izquierda asomó la ciclovia señalizada con marcas fosforescentes, por ella bajaba una caminante de porte sobrio, melena dorada y zancadas de vikinga... digamos que portando sombrero de ala ancha de fieltro y enfundada en pantalones cortos, camiseta extra larga, cargando pequeña mochila de fotógrafo protegida con una capucha gris impermeable.

Más abajo, superando el trayecto de curvas medio venenosas, apareció el letrero que a la derecha de la carretera principal señalaba el desvío, a tantos metros adelante, para entrar al pueblito de Santa Rosa, me acordé al instante que CCC menciona a esta

aldea como el centro de partida de caminatas a distintos puntos de la isla dignos de ser visitados para hacerlos memorables en su cuerpo–mente. CCC, en aras de que el lector de Crónicas de Islas Encantadas transfiera imágenes a sus lecturas, nos brinda la memoria de apoyo visual que son los álbumes fotográficos que ha colgado en el ciberespacio.

Gracias al pasajero, que asumo se trataba de un parroquiano de Santa Rosa, el autobús se orilló al costado del triángulo que además de servir de cruce de vías para salir y entrar a la aldea, contenía en su interior una escultura de la tortuga terrestre gigante endémica de Isla Santa Cruz, *Chelonoidis porteri*, con un letrero que decía algo similar a esto: bienvenido a la tierra del galápagos migratorio y la agricultura sustentable. Una carretera menor asfaltada, gris y húmeda por la persistente garúa, se adentraba hasta donde daba la vista por medio de la silenciosa y dispersa aldea con casas comunes que hablan del inexistente gusto arquitectónico popular ecuatoriano, en todo caso redimidas por jardines y huertas familiares. En el lapso que demoró el chofer, en entregar el equipaje al pasajero y volver a conducir el autobús que a pesar de estar descendiendo a la línea costanera seguía rodando lento por precaución con el asfalto mojado y por los anuncios de cruce de tortugas gigantes. Esto último me dispuso a vigilar el bordillo del costado derecho por si acaso se mostraban en movimiento salvaje esos asombrosos animales longevos, a la par que me prometía a futuro sendas excursiones partiendo de Santa Rosa, esto a mi manera pero motivado por las crónicas de CCC. Alerta al máximo torné a mirar en el camino de campo abandonado que había sido invadido por el pasto y la maleza, y cual rayo iluminador pero visto y no visto un grupo de quelonios –no sé si fueron seis, nueve o doce caparazones gigantes y lustrosos, ¿qué sé yo?, era una manada incontable– avanzaba en perspectiva a la carretera principal que según la información que tengo constituye un muro que divide en dos a la isla y, por añadidura, no faltan atropellos mortales de individuos que se atreven a sortear a mala hora el obstáculo vial. El chofer amable, sensible e inteligente –como pocos son incluidos la masa de conductores particulares de automóviles ciudadanos–, se percató de la perplejidad del espectador afuereño por el hallazgo,

y envió su mensaje de confirmación de que no había sido una alucinación de mi parte: “Sí, caballero, por esta época acá arriba se las topa en cualquier lado”. Vaya aliciente para el monólogo, la población de *Chelonoidis porteri* se recuperaba en la isla que lo vio nacer y casi extinguirse desde que el Homo sapiens se fijó en su utilidad comestible, y hace poco le concedió un valor intangible benéfico para la humanidad que requiere de reservas biológicas marinas, islas salvajes remotas, manchas prístinas continentales, para librar las postreras batallas contra la guadaña inmisericorde del progreso para la entropía máxima.

Me dije, es menester que por mí mismo, de primera mano respire del silencio característico de la parroquia de Santa Rosa, y que sea el abreboza del banquete de sensaciones que sería andar por rojizos caminos de campo aromáticos y floridos, aunque sean reducidos por alambrados y vallas vegetales que delimitan las fincas agrícolas y ganaderas, cercos que no son rotundo detente para las tortugas gigantes que se dan modos con su enormes cuerpos acorazados para entrar a cosechar de los frutos que caen de maduros: naranjos, ciruelos, guineos, guayabas, etcétera. Cómo no voy a querer viajar por los caminos de campo de Santa Rosa, e ir al encuentro del Parque Nacional Galápagos de mis ambiciones de mudar; “mudarse es aventura”, dictó Don Quijote hace cinco siglos. Mudarme bajando entre pequeños charcos de carretera de grava y tierra ferruginosa volcánica, donde se bañan y juegan los pinzones de Darwin y atentos papamoscas, y de improviso tropezar con el tránsito de quelonios y aullar desde adentro “hasta aquí he contado veinte a la vera del camino... y ahí van tres más uno tras otro... y este enorme macho tragándose tras el alambrado el cogollo de penco”. Y de tanto ver galápagos en los potreros pastando entreverados con el ganado y de rebasarlos por el solitario camino rural, dejar por fin de numerarlos para que ocupen su verdadero lugar en la conciencia memorable del existente–vividor. Y si llegó a la laguna verde de la reserva del Chato, entonces cotejaré mis instantes con las instantáneas de CCC, esas fotografías que van más allá de caparzones sobresaliendo cómo islas y de cuellos de cabezas de anaconda luciendo como periscopios en aguas verdes fangosas.

Si tomo el camino de campo correcto desde el parque central de Santa Rosa, no veré rodar taxis–camionetas contratadas por libre en Puerto Ayora y/o minibuses de turismo convencional trasladando a pasajeros a las bonitas instalaciones de las fincas que ofrecen servicios adicionales en sus observatorios particulares de tortugas gigantes, como cafetería y botas de caucho para los recorridos lodosos auto guiados. Si voy por el camino correcto no necesitaré un guía especializado del Parque Nacional Galápagos, pero he de toparme al fondo del mismo con la advertencia del corroído letrero en memoria–homenaje del joven israelita desaparecido hace más de dos lustros por la zona del Chato, que aconseja por interno al caminante: “detente a tiempo, cuando aún puedes regresar, recuerda que esta aventura es de ida y vuelta”. Recibido y aceptado el consejo del joven que no regresó, darás un giro de noventa grados a la derecha siguiendo la última recta imperdible del camino de campo agostado y con una franja de maleza prosperando en el centro por la ausencia de tránsito motorizado. A la izquierda se levanta el bosque primario con manchas intermitentes de la impenetrable de zarzamora, una plaga vegetal introducida que crea –junto al pasto elefante– serios problemas de movilidad a las migraciones naturales de la tortuga gigante. Y el mensaje por interno que me envió el percutido pero entero letrero en memoria del joven israelita, me acompañará por el Camino de la Tortuga una vez que entre al bosque vaporoso de transición entre los pisos biológicos de vegetación exuberante creciente mientras sube a la zona montañosa y de vegetación que va tornándose ceniza conforme desciende a la costa rocosa gris adornada por tramos verdes de manglares. Si arribo al condomio de El Chato, con el asombro de estar inmerso en la vida salvaje de tortugas más gigantes que nunca y en acción pasiva y activa que estremece al espectador, entonces habrá regias guarniciones del plato fuerte darwiniano que es el *Chelonoidis porteri*: vendrán patillos y gallinetas, fragatas magníficas venidas de la orilla oceánica para quitarse la sal en la charca verde de CCC.

Qué ensueño tuve despierto de lo que sería ser espectador de los paisajes, flora y fauna de la reserva de tortugas gigantes El Chato, entretanto el autobús dejó atrás la garúa de tierras al-

tas con su máxima elevación –el volcán Crocket de 864 msnm–, que para un serrano que reside en la primavera/otoño de valle interandino a 2800 msnm., esto es fruta fresca tropical servido en una mesa de apacible tibieza ambiental. Superando el pueblito de Bellavista, tuve ante mí el balcón panorámico de Puerto Ayora y Bahía Academia bañados de océano y cielo enfiestando la tardecita con calmosos verdes y azules. Rodaba los cinco últimos kilómetros de los cuarenta y dos que al cabo fueron una delicia isleña de aproximadamente una hora de duración en tiempo astronómico, pero que en tiempo mágico a cosechar a futuro vendría a ser mucho más de aquello que marca el reloj del viajero con itinerario.

Descendí del autobús en el parqueadero del muelle de pasajeros de Puerto Ayora, ubicado en el corazón de la urbe mayor de Galápagos, de aproximadamente 13.000 habitantes permanentes, algo así como la mitad de la población oficial de la provincia isleña. Moviéndome por la arteria vial principal que va paralela a la orilla rocosa de Bahía Academia, aumentó la sensación de pisar una ciudad más grande por la población flotante, estaba inmerso en la ola de turistas paseando con la brisa tibia de la tarde declinando. Caminé hasta el muelle de carga donde concluía el parque del malecón en una laguna que servía de atracadero a las lanchas de línea y particulares. Al fondo de la quieta laguna había un bosque espeso de manglares, encerrado por el paredón a pique de roca volcánica abrazada por líquenes, musgos y plantas aéreas. La pared gris se extendía adentrándose en el mar sereno de Bahía Academia, di media vuelta y el breve reconocimiento del puerto me condujo al quiosco de helados de frutas frescas “Vitaminas y más golosinas naturales”, devino en imperativo festejar mi arribo a Puerto Ayora con regias cucharadas del helado doble de kiwi y coco que pedí, además de ser una golosina con sabor a gloria fue el pretexto justo para gastar la calderilla sobrante del día primero de mi viaje a Isla Santa María.

Continúe andando por la avenida repleta de establecimientos hoteleros, sitios de comidas y bebidas y negocios de artículos para el recuerdo de turistas que llevan la etiqueta “yo estuve aquí”, a precios y calidades para distintos bolsillos nacionales y

extranjeros. La avenida Charles Darwin únicamente sirve al tránsito vehicular en una dirección, dejando la mayoría del espacio para las calzadas peatonales de los costados y la ciclo vía. Al paso por la calzada Charles Darwin se notaba su cosmopolitismo (no sé aún por mí mismo cómo es el ambiente de Puerto Ayora adentro, tengo información de que es otro mundo, que no brilla a imagen de la concentración de lujo desarrollista del malecón), era insoslayable la presencia de voces, fisonomías y anatomías de turistas extranjeros procedentes del orbe entero.

Entiendo que la ubicación central de Isla Santa Cruz en el archipiélago la hace un campamento base obligado del turismo terrestre entre islas, además de la parada de los pasajeros de cruceros de distinto aforo y categoría que empiezan y culminan sus circuitos en Bahía Academia. Según Clara, esta afluencia de visitantes en Puerto Ayora sumados a los locales motiva a que residentes de la apacible Isla Santa María, lo llamen “Guayaquil chiquito”. Isla Santa María, con sus aproximadamente 150 habitantes fijos, es la menos habitada de las cuatro islas con población humana de la actualidad, paradójicamente fue la primera en contar con presencia regular de colonos y del gobierno nacional en la provincia de Galápagos. Clara me dijo que después de mis largas vacaciones en Isla Santa María, voy a experimentar por mí mismo el auténtico significado del apelativo de “Guayaquil chiquito”, me agrada suponer que es porque voy a descubrir la tierra prometida siendo huésped de la isla que sugiere ser una fortaleza espiritual.

Estaba bajo el influjo de los incendios del ocaso en el malecón de Puerto Ayora, cuando ingresé a un paseo de manglares y orilla rocosa donde medraban iguanas grises recogidas para el reposo en racimos. De la luminosidad y estridencia callejera pasé a un ambiente de sombras que se me ocurrieron antediluvianas, dos garzas nocturnas de fiero aspecto primitivo disputaban trayéndome la imagen de sus temibles antepasados, los velociraptors. En medio de este cuadro silvestre que me quitó del alarido nocturno de la avenida cosmopolita, surgió el edificio de dos pisos que no distorsionaba con los mangles y la melódica orilla rocosa acariciada por el oleaje de pleamar, me impresionó la construcción que

me vino familiar porque así era, se trataba de una de las obras arquitectónicas de Clara. De memoria sabía el número y nombre del edificio de dos pisos con suites con vista al mar que me aguardaba para presentarme como invitado de Clara, a ocupar por una noche su lugar en Puerto Ayora.

Me topé sin proponérmelo con mi alojamiento ahorrándome así su búsqueda, había pospuesto ese detalle puesto que andaba en pos de encontrar primero el cajero automático que me libre de la aterradora alternativa de verme desposeído en el patrimonio biológico planetario donde el visitante es un privilegiado, como dice CCC: "Galápagos es para pocos o ninguno y así debe ser para contener a las masas de bípedos depredadores". Personalmente fui reembolsado con creces por el costo de mi viaje a las islas, de entrada cubrí mis expectativas con el hecho de haber caminado al Canal de Itabaca, bajo el sol de justicia seco y equinoccial de la árida Isla Baltra, que trajo contacto cercano con las iguanas terrestres que no imaginé vendrían a mis ojos tan pronto, apenas descendiendo del avión y alejándome a buen tranco de los molinos de viento del Aeropuerto Seymour. Y los descubrimientos no van a cejar, este viaje comenzó con asombros de piqueros de patas azules y concluirá asombrado, ese es mi pronóstico de bitácora galapagueña. Había dado con la edificación que acusaba la firma irrepitable del estilo arquitectónico de Clara, pero no entré al edificio sino que me animé a terminar mis dos tareas callejeras pendientes antes de instalarme en la suite y no moverme de ella hasta que temprano a la mañana siguiente tome la lancha de línea a Isla Santa María.

Seguí andando para dar con el espectáculo del pintoresco muelle de pescadores artesanales. Allí, además de la gente embebida en el regateo de productos del mar, se encontraban expectantes pelicanos de cuello café, gaviotas de lava y lobos marinos ansiosos por capturar los desperdicios de la faena que arrojaban las placeras al piso de baldosas color ladrillo, esto en medio de la algarabía de turistas transeúntes que se detenían en pos de fotografías que retraten su paso por el mercadillo que también ofrecía, en un patio de comidas contiguo, la oportunidad de que uno escoja lo que le apetecería servirse del mostrador de la reciente pesca. El plato estrella

de temporada eran las todavía relucientes langostas vivas que se revolían de tanto en tanto en su estrecha cárcel de cajones de plástico, no iba a ser yo el que ayude a una de ellas a salir de su lenta agonía con la muerte instantánea en una olla de agua hirviendo.

El sufrimiento de los crustáceos me proyectó a algo de la trama de la película “Langosta”, del director griego Lanthimos, que trata de una sociedad distópica que penaliza la soltería dada por cualquier motivo existencial incluida la viudez, la persona que es pillada en la metrópolis de los “nunca solos” sin pareja es enviada a un lujoso hospedaje tipo club deportivo marítimo en el cual, bajo un tiempo estipulado previamente, tendrá la oportunidad de hallar pareja merced a una serie de eventos concertados para ello, y conseguir la pareja ideal no es otra cosa que engancharse a alguien con nuestros mismos defectos y virtudes, si funges de sádico contraerás nupcias con una sádica, si eres violinista con un violinista, etcétera. El matrimonio es la única opción para retornar triunfante a la metrópoli de las parejas literalmente “siempre juntas” que expulsa de sí al disidente voluntario o involuntario; caso contrario, si el individuo falla en el intento de reintegrarse será condenado a desaparecer en su forma humana, pasa a ser sujeto del dispositivo que materializará la alternativa de vida que escogió para reencarnarse al firmar el contrato de ingreso al reformatorio de solteros, que es convertirlo en el animal que le agradaría ser de la gama de especies zoológicas y aquí viene el porqué de esta digresión, el protagonista de la película escogió la langosta. Me dije que podía aprovechar merendando con los ingredientes vegetarianos del menú de los pescadores, en una mesa a la intemperie fuera de la vista de las langostas, entregándome a la noche que vino fresca y melodiosa al borde del mar. No tuve que preguntar por un cajero automático, en la misma avenida y diagonal al mercadillo divisé al proveedor del efectivo que requería para merendar con el apetito de un galápagos que migró a tierras altas con la gana de engullir guayabas en su punto. Devoré una montaña de patacones, garbanzos en salsa de tomate de la casa, gajos de rábano y aguacate macerados en limón, esto rociando el gazzate con cerveza roja artesanal.

Dormí arrullado por el cancionero marino nocturnal de Bahía Academia y desperté con el aroma del tiempo de las Islas

Encantadas, las ventanas panorámicas policromadas ocupaban la mitad del vuelo de la suite de segundo y último piso. Salí con el sol naciente al balcón enfundado en la bata de baño crema que tomé prestado tras la ducha que fue un masaje de abundante agua mixta, había agua caliente gracias a la energía solar de los paneles de la azotea que ayer con el crepúsculo parecía una buhardilla techada de vidrio oscuro reflejando los incendios del poniente. Antes de exponerme a la intemperie fue un placer dar la vuelta de rigor a la suite pisando descalzo la tibieza de la baldosa que en la penumbra del amanecer daba la impresión de ser una sola capa de suelo de arcilla color ladrillo con leves protuberancias y desniveles propios del compactar y alisar la tierra en el sitio. Este calentamiento del cuerpo—mente a través de los pies desnudos, fue imaginar el contacto con la tierra arcillosa de bosque seco, previo a que el suelo sea una plancha quemante y reflejo vaporoso de la canícula isleña. El íntimo escrudiñar con el sol naciente en la lejanía oceánica brumosa, me devolvió a la claridad azul y turquesa creciente de las aguas mansas de la bahía, a esa hora temprana se me antojaron pintorescos los blancos cruceros anclados con su carga humana adormilada.

Arrimado al filo del balcón bajé la vista para fijarme en las rocas que fueron parte instrumental del concierto acuático que desembocó en un sueño reparador, pegada a la pared externa inferior estaba la tira corrediza de hilo plástico transparente para colgar ropa, contenía el calzoncillo negro que azogaba cual diminuta bandera pirata, y que antes de acostarme lavé a tuestas en el fregadero; no así las sandalias y el resto de prendas sudadas que las puse a que reciban un baño seco de brisa y medioambiente de Bahía Academia. Al cabo, la ropa vieja que traje conmigo quedó limpia y perfumada con sales marinas, lista para el trajín de mi viaje a Isla Santa María. Anoche hubo luna suficiente para desistir de encender la luz y disfrutar del acogedor minimalismo de la suite de Clara, no hurgué en los estantes ni en otros dispositivos incorporados a las paredes para hacer más amplia la circulación. La cama ergonómica, el diseño de aireación natural aprovechando la brisa hacía que brille por innecesaria la ausencia de una máquina de aire acondicionado, y la temperatura ambiente era la propia

para dormir sin nada encima más que la tibieza del sitio. Las circunstancias jugaron para hacer con el sol naciente eso que no quise realizar anoche: bañarme, husmear rápido y a fondo en la suite de Clara. Encontré que había útiles para una larga estadía allí, desde las prendas de vestir unisex marca “intrépido expedicionario” y repuestos de afeitadoras y cepillos de dientes, hasta frutos secos y tarros de bebida hidratante multisabor. La apuesta que acepté a Clara de venir acá ultraligero estuvo bien hecha, y calzaba con el dicho medio venenoso de CCC: “Si no sientes qué te hace falta ha de ser porque no te hace falta”.

Dejé pasadas las siete horas el edificio Piedra Volcánica, levantado sobre una plataforma de lava gris petrificada al pie de la orilla rocosa de Bahía Academia, augurando que si así de acogedora era la suite de paso a Isla Santa María que Clara tenía en Puerto Ayora, cuán fabulosa sería la mansión que construyó para residir en la Tierra, de la que me separaban tan solo 33 millas náuticas. El desayuno cortesía de Piedra Volcánica, fue a propósito liviano: medio litro de café Chaguarpamba acompañado de cien gramos de almendras ahumadas y una pastilla para contrarrestar a tiempo el mal de mar. Caminé liviano por la casi desierta avenida que mostraba señas de celebración nocturna por los restos de embaces no retornables de cerveza que salpicaban en los portales de locales de diversión lunar; mientras otros bípedos implumes dormían la borrachera yo respiraba a pleno pulmón de la fresca mañanera que me condujo al parque del muelle de pasajeros con sus coloridas esculturas de especies endémicas de Galápagos. Me llamó la atención la de la iguana terrestre que ayer recién bajado del autobús no tuvo eco en mí, pero emergiendo de la lucidez matinal me fue dado comparar ese trabajo artesanal con el rey lagarto de las ruinas USA, la réplica gigante impactaba no por sí misma sino por la imagen que capturé con los ojos de la memoria del caminante Aeropuerto Seymour – Canal Itabaca, lucía soberbia aunque no era la pintura impresionista de la magnífica iguana de Isla Baltra.

No demoré en pillar la portátil mesa con la gigantografía de faldón que tenía estampada la imagen de la lancha de línea a Isla Santa María, la encontré sin desviarme de la acera en un quiosco

público diagonal al quiosco durmiente de la heladería “Vitaminas y más golosinas naturales”. La jovial dueña de la Queen Astrid, me atendió al identificarme para pagar la reservación y recibir las instrucciones pertinentes al traslado entre islas, dijo: “Usted, caballero, es el pasajero de Clara, qué gusto tenerlo por acá... no se preocupe todo está arreglado”. Creí que era el primer pasajero en presentarme pero en realidad fui el último, la dueña me mandó a unirme al resto de viajeros a los que había entregado la credencial de cuello de abordaje a la lancha Queen Astrid. Pasé de largo sin detenerme en la caseta de control de plagas, y alcanzando a mis compañeros de viaje esperé el llamado de la dueña para bajar por la rampla colgante al muelle flotante, no sin antes que dos operarios desalojen a la familia de lobos marinos reposando en el sitio de embarque, aplausos y ruidos metálicos con platillos de hojalata consiguieron que remolonamente éstos se lancen al agua. Fotos y risas por la gracia lobuna de la mañana. Un taxi acuático nos recogió para hacer el trasbordo a la lancha anclada en aguas hondas.

La Queen Astrid zarpó entre la algarabía del grupo de jóvenes estadounidenses, que incluido su guía del Parque Nacional Galápagos copaban medio aforo de la lancha para 30 pasajeros. En total éramos 16 pasajeros y dos miembros de tripulación, el piloto y su ayudante. Hubo espacio de sobra para escoger un asiento cómodo apoyado en el espaldar de la división de la parte anterior techada a proa y de cara a la popa que venía cubierta por una carpa de plástico. Dos jóvenes optaron por subir a la banca panorámica a popa, tres o cuatro metros detrás de la butaca del piloto, en un principio los envidié por la vista privilegiada que suponía tendrían allá arriba. Fue una suerte estar donde estaba, esto lo comprobé apenas la lancha salió de la impasible mansedumbre de Bahía Academia y surcó las olas en alta mar. Hubo fuerte oleaje sin que atravesemos tormenta ni tempestad, que en principio provocó el festejo de los viajeros. La Queen Astrid iba saltando como si hubiésemos comprado pasaje en una montaña rusa acuática, y sus jóvenes ocupantes celebraban aullando cada retorcijón de sus estómagos; la algarabía se acabó cuando el zarandeo se fue de largo y se tornó en inclemente castigo. A mitad de viaje los pasajeros que no eran lobos de mar y no fueron precavidos tomando su pastilla contra el

mareo, cambiaron sus semblantes de rozagantes y alegres a pálidos y tristes. Apenas la lancha entró en aguas tranquilas, se frenó un instante para permitir que los dos intrépidos viajeros que ocupaban la privilegiada banca de arriba retornen al redil demudados por el mareo y tiritando por el baño de mar obligado que tomaron. La pareja, asustada y ojerosa, retornó al redil, como si viniesen del parque de diversiones montado para conmemorar el Día de los Muertos, donde fueron engañados por crueles bromistas para que suban a la Máquina Feliz que en verdad era la Máquina Infernal. Esto último acordándome del Día de los Muertos del ex cónsul británico Geoffrey Firmin, allá en la novela *Bajo el Volcán*, de cuando unos muchachos traviosos aprovechándose de su eufórica beodez lo metieron en la Máquina Infernal, que para él resultó además la máquina de su desgracia porque ahí perdió el pasaporte británico, el que hubiese probado en el burdel El Farolito que no era un espía judío y evitar así ser vilmente ejecutado por una secta desquiciada de mexicanos antisemitas. Firmin, al borde de la barranca y con la postrera imagen de la silueta del Popocatepetl, agonizando se reclamó a sí mismo “¡qué manera de morir!”. Me dije en contrapunto con el lapidario final no solo de *Bajo el Volcán* sino de su genial autor, Malcom Lowry: “Qué sería de mi si no hubiese leído novelas de la estatura filosófica ficcional que contengan personajes como el Cónsul Firmin o Don Quijote”. Esto cursando los veinte minutos postreros del trayecto que fueron un bálsamo para mí y creo que para el resto de los pasajeros de la *Queen Astrid*, pues, muchos recobraron la euforia inicial del viaje con la certeza de que iba a tener un final deslumbrante, merced a los formidables paisajes que brotaron del filo costanero de la isla que, de estar escondida en el piélago hasta la hora y cuarenta del traslado, pasó a mostrar su magia recorriendo el velo brumoso, dejando a la vista el misterio que la caracteriza.

Tras dos horas de viaje en alta mar, luego del respectivo transbordo al taxi acuático, pisamos tierra firme en el diminuto y acogedor muelle de Puerto Velasco Ibarra, la bienvenida nos la dieron multitud de cangrejos matizados con lobos marinos e iguanas variopintas, muy vistosas, que hizo que el grupo de jóvenes estadounidenses que llegó a Isla Santa María para hacer turismo

comunitario se estrenen con sus cámaras fotográficas, mientras un vivaz guía galapagueño explicaba en inglés coloquial, no afectado, que podría traducir así: "Son de la misma especie de iguanas marinas cenizas de las otras islas pero aquí se dan enormes y con esos colores que alucinas muchacho, alucinas...". Con semanas por delante para alucinar con las iguanas no moví músculo alguno en pos de la cámara fotográfica porque no porto una de ellas, especializada o vulgar incorporada a teléfono móvil que tampoco poseo. Por ello no me he estremecido de placer cada vez que se consigue una imagen de ficción por las tantas que se arrojan al basurero electrónico; para descargarme de esa fatiga depuradora está la fotografía de Claudio Cordero Crispin, los álbumes que comparte con el mundo a través del ciberespacio tienen la virtud de eximirme de cualesquier intento de consagración como fotógrafo.

De repente estuve inmerso en disperso caserío de ciento cincuenta habitantes con la canícula de las diez de la mañana que anunciaba un mediodía ardiente similar al de ayer, pero con la diferencia que el viaje en lancha y la pastilla contra el mal de mar que tomé, me tenían en un estado de pasividad que no admitía ni de lejos emprender en una caminata de reconocimiento del pueblito, es más, me parecía un sueño lo que anduve en Isla Baltra. Por eso el arribo de Sara cuando los del grupo subieron a la chiva que los transportó a sus respectivos alojamientos, fue un alegrón despertador siendo que ansiaba ir directo a por una siesta en la primera hamaca a la mano de la mansión de Clara. La donosa figura de Sara se me antojó la enviada de la diosa Afrodita a recogerme en el Lada-Niva más bonito que he visto a la fecha, el clásico todoterreno ruso venía equipado para un rally de montaña. Sara me despertó del todo, no tuvo que bajarse del robusto Rocinante vino tinto porque fui disparado a sentarme a su lado ni bien alzó la mano para presentarse en nombre de Clara.

Rodábamos despacio por la calle principal de grava como el resto de calles de la aldea. Partiendo del muelle de pasajeros, la avenida 12 de Febrero, lucía extensa y vacía, era una recta que se salía de la aldea para convertirse en la única vía carrozable a la zona agrícola de tierras altas, hasta el tope en Asilo de la Paz. A

unas cuatro o cinco cuadras del muelle, cuando creí que íbamos a salir del pueblo donde la vía había recibido recién una capa de asfalto, el Lada-Niva viró a la derecha en ausencia total de tráfico motorizado y luciendo fantasmagórico tras la multitud que fuimos en el muelle los pasajeros de la Queen Astrid. Minutos antes me negaba a mover un dedo para hacer el primer reconocimiento de la aldea, pero no dude en responder “sí gracias, encantado...” cuando ella me invitó a dar la vuelta de rigor a Puerto Velasco Ibarra “antes de subirlo a la mansión futurista de Clara, ingeniero...”. Sara me iba diciendo por allá se va a tal lado, este es el restaurante del señor X, y este es el hotel de la legendaria familia Y, etcétera, mas ella y su voz eran el atractivo principal de la vuelta. El momento que nos cruzamos con la chiva del grupo de turismo comunitario, bromeó “vaya tráfico pesado que tenemos hoy”. “Isla Santa María se da el lujo de tener fincas que buscan la autonomía alimentaria de los parroquianos”, continuó informándome al subir la ligera cuesta del bosque seco al pie del cerro Pajas, que con sus 640 metros de altitud es el más alto y dominante de la isla.

Habiendo salido del pueblo, pasando el cementerio y el básico helipuerto que según Sara todavía no ha servido con vuelos de emergencia que es para lo que fue construido, me fui metiendo en la isla de Clara, me imaginaba caminando en senderitos quemantes de bosque seco, de bosque vaporoso, de orilla negra rocosa. Sara me auxilió con el oxígeno que necesitaba para meterme sin tapujos en la apacible intimidad de Puerto Velasco Ibarra, por eso es una inolvidable flor local que Clara tuvo la amabilidad de enviar a recogerme en el muelle, perla canela de tercera generación en Isla Santa María. Alcé a ver al ceñudo Pajas y supe que era inminente un contacto directo con su seseante cumbre de abismos verdes. Apenas Sara habló de la caldera ahíta de sudorosos bosques de árboles lechosos, me vi inmerso en su tupida vegetación de piso nublado. Con antelación obtuve datos de la isla, me niego a salir desinformado lejos de mi lar al amparo del volcán Ilaló, el luminoso (aunque igual amanece oscuro, mojado y de mal genio). Dándose tiempo se puede hacer minuciosa revisión en el ciberespacio del lugar al que uno va a instalarse cual extraterrestre ávido de experiencias terrenales.

No voy a ningún lado en plan vacacional, pues, hago más las palabras del filósofo CCC, vivo en vacaciones. Mi estilo maduro de viajar es radicarme al menos tres semanas en un punto que me sirva de campo base, y de ahí salir a caminar por los cuatro costados silvestres del parque natural que escogí para conocer y no pasar de largo a la manera del turista aturdido. Si uno se queda la pisca suficiente en una megalópolis, una metrópoli, una aldea isleña costanera o un caserío del planeta Tierra puede proclamar con justicia, conocí algo de Roma o conocí bastante de Puerto Villamil. Pero si va de paso haciendo y deshaciendo maletas, sometido a paquetes turísticos que visitan sinfín de atracciones en treinta jornadas, la cosa se parece más a un paseo extenuante de hipermercado repleto de curiosidades que a higiénica aventura en lo ignoto. Por instinto de distancia no he sido carne de paquete turístico promocional tipo “haga Europa y Tierra Santa en 32 días”, si por castigo divino sufriera un enlatado de esos, a mi regreso tendría que contar algo así. Sudé macho la vieja Europa y Tierra Santa: atravesé raudo Praga, Sevilla, Venecia, Jerusalén, etcétera.

En la primera curva larga nos topamos con pintoresca chiva, bajaba con variopinto grupo de turistas que habían ido a visitar la única fuente natural de montaña que abastece un hilo de agua dulce a los parroquianos de la isla, allá donde yacen las cuevas de los primeros colonos europeos y se levanta la esperanza de recuperar a la extinta *Chelonoidis nigra*, la especie endémica de Isla Santa María, en el corral de preservación de tortugas gigantes de Cerro Asilo de la Paz. “Agua deliciosa que brota de las entrañas de la montaña para revivir a la *Chelonoidis nigra*, tiene que probarla cuando suba allá”, dijo Sara y enseguida me entero que los turistas eran del Japón y que estaban alojados en la pintoresca fragata que vi anclada en Bahía Playa Negra, me dijo el nombre de la fragata y fue fácil guardarlo en la memoria, *Beagle*. Dicho eso por Sara y tuve un enfoque nítido del *Beagle* de mis ojos, fue una imagen transferida de la miniatura de velero que no únicamente tiene el mismo nombre darwiniano sino que es una réplica del original *HMS Beagle* y que reposa en mi estudio de Villa Juárez. “Ahora sí que estamos con tráfico pesado”, bromeó Sara que al momento del cruce con la chiva automáticamente intercambió saludos con el

otro conductor, ella halando dos veces del cable colgante de la bocina del Rocinante vino tinto, creí que iba a escuchar un estridente pitido de camión–mula pero más bien resultó ser una suerte de jovial aullido de lobo marino.

A poco de retomar la recta que se iba empinando conforme ascendíamos, el todoterreno giró para tomar a la derecha angosto sendero de graba que se hallaba en el medio enmontado pero con las huellas visibles de ruedas a los costados. El camino de campo se niveló hundiéndose transversal en perfumes del bosque de palosanto. Sara estaba enterada de mi pretensión de hospedarme “una eternidad” en Isla Santa María, sacudió perpleja su melena azabache y habló cantarina, en voz alta como lo impone el ruido característico del Rocinante vino tinto que es más notorio –cual relincho gozoso– cuando enciende el ventilador de motor. Sara no desentonaba, su humor insular y latente perspicacia se hacía sentir: “Oiga ingeniero... aquí es mucho si se queda una semana el turista común y corriente, ahora no sé si donde vive la ingeniera las cosas brillan más, no sé de las maravillas que hay adentro, es una especie de bastión de otro mundo, no le miento si le digo que ha pasado a ser el mayor misterio actual de la isla. ¡Sí señor!, la vigencia de Fortaleza Negra (así la nombramos nosotros), al menos en aquello que a mi persona concierne, ha hecho que pierda interés la leyenda de la baronesa y las otras historias trágico–heroicas de los primeros colonos europeos y nacionales, pasando por la extinción de las tortugas endémicas en las fauces de los malditos piratas”. Bastaron esas palabras de Sara para que tenga la certeza de que si no promediaba algo de fuerza mayor, mi voluntad de permanecer una eternidad y más allá aún en Isla Santa María se iba a cumplir.

Mucho tiempo había desestimado las invitaciones de Clara a visitar esto que yo también desde ahora llamaré Fortaleza Negra, o mejor solo usando sus siglas FN. Vivía poniendo excusas aparentemente irrelevantes, en realidad era porque tengo la necesidad de madurar en el microcosmos del sujeto de la experiencia los viajes futuros, es decir, que un viaje no sea el acto compulsivo de vamos a tal lado apenas porque la coyuntura me es favorable. Algo tiene que explotar para que se haga ineludible la gana de mandarme a

mudar a una isla remota, pues, no es suficiente que porte la etiqueta de “más que misteriosa” y poseer paisajes del edén-infierno, y de la flora y fauna antediluviana; no es que la teoría de la evolución darwiniana me precipite a coger el macuto y volar al Archipiélago de Galápagos con la consiga de dar testimonio de sus encantos. Tenía que reventar la cosa por sí misma, y que me mueva por mí mismo a los perfumes millonarios de Isla Santa María. El detonante vino con las respuestas de CCC a mis grandes inquietudes al respecto de las dos versiones de su obra monstruo, *Crónicas de Islas Encantadas*. Esto disparó en mí la urgencia por conocer al menos una de las islas que Claudio Cordero Crispin reinventa en sus crónicas, él se mezcla con la realidad normal del turista *palo-selfie* sin que pierda el norte de la realidad anormal del aventurero. Tras el intempestivo re-encuentro con el escritor morlaco en los regios cuartos de Café Vía Tarot, y la resolución en un santiamén del problema que me había tenido ocupado durante meses con las poderosas cuestiones que provocó *Crónicas de Islas Encantadas*, sobrevino el desenlace de aquello que se estaba fraguando en el microcosmos del sujeto de la experiencia que encarno, entregarme manso al usufructo de FN. Cuarenta horas después de la segunda develación en Café Vía Tarot del lienzo *La Noche*, surgió la última invitación de Clara para que haga lo que tenía que hacer, no fue una invitación a que la visite a ella sino a que “te quedes cuidando mi casita volcánica el tiempo que voy a ausentarme de la isla, no vaya a ser que en la aldea donde no hay ladrones surja un mago que rapte mis secretos”. No hubo los evasivos voy a ver si puedo, te aviso cuando esté listo, sin vacilar de mis labios brotó rotundo sí y ahora.

Heme aquí de capitán de la nave astral FN apenas puse pies en ella, y no de ocupante muelle de la *casita volcánica*. Esta nave levantada en apariencia con roca eónica haciendo un claro oscuro en el espeso bosque de palosanto que la circunda, se complementa con la naturaleza estancada en el tiempo mágico de Isla Santa María. La nave está asentada en la plataforma del barranco que la esconde de cualquier mirada impertinente, dueña de amplio frente al océano azul, escarlata, turquesa lamiendo la costa brava. Digamos que se trata de una mansión futurista que ha pues-

to distancia con la vulgaridad arquitectónica *Homo sapiens*, y en lo fundamental está diseñada para el bípedo contemplativo, está hecha para el reposo del caminante y con provisiones vegetarianas tipo astronauta rumbo a los confines de la Vía Láctea. No exagero si digo que esto supera mi capacidad de asombro sobre la genialidad minimalista de Clara, fue ella la que inventó esta instalación de otro mundo como sugirió Sara de chiste, aunque sea una realidad concreta de otro mundo. Por ahora no se me ocurre nada más al respecto, sólo sé que me siento predispuesto a que la morada que Clara me transfirió en Isla Santa María sea el campo base del descubrir.

Sara me dejó con la melodía de los pinzones de Darwin y se devolvió al pueblo en su formidable todoterreno, sin aceptar mi invitación a que pase conmigo al edificio que me estremeció de pies a cabeza con su imponente atractivo pétreo. Sabía que ella no iba dejarme instalado adentro y hacer una especie de ridículo tour de cortesía presentándome las bondades de FN. "Para eso lo subí ingeniero, para que de aquí en adelante ocupe su sitio en esta isla andando, mudándose cada jornada... mi lugar está a la vuelta nomás, no se preocupe, es un honor ayudar al amigo muy recomendado de nuestra Clara. Cuando necesite de mis servicios turísticos, traslados en carro o lancha, información secreta de los senderos escondidos de la isla, allá abajo nos vemos para atenderlo personalmente; búsqueme en Devil's Crown, bar-restaurante". Entré a FN por el portal que vi apenas di la vuelta, estaba abierto antes que me pregunte ¿y la puerta, no veo una puerta?, y si hubiese habido alguna con cerradura electrónica o manual, no traía conmigo llave ni dispositivo de acceso.